UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01446497 8

N° 557
PN 477

JOYAS

DE LA

LITERATURA ESPAÑOLA

publicadas

POR M. C.

II

Miguel de cervantes
Saavedra

NOVELAS

DE

MIGUEL CERVANTES

RINCONETE Y CORTADILLO. — EL CELOSO EXTREMEÑO. — EL CASAMIENTO ENGAÑOSO Y EL COLOQUIO DE LOS PERROS.

SEGUNDA EDICIÓN.

MADRID
IMPRENTA DE A. P. DUBRULL
Flor Baja, 22

1854

APR
11
1984

PQ
6324
A2
1884

RINCONETE Y CORTADILLO

RINCONETE Y CORTADILLO

En la venta del Molinillo, que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcudia, como vamos de Castilla á la Andalucía, un día de los calurosos del verano se hallaron en ella acaso dos muchachos de hasta edad de catorce á quin-

ce años el uno, y el otro no pasaba de diez y siete: ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados. Capa no la tenían; los calzones eran de lienzo y las medias de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargates tan traídos como llevados, y los del otro picados y sin suelas, de manera que más le servían de cormas que de zapatos. Traía el uno montera verde, el otro un sombrero sin toquilla, bajo de copa y ancho de falda; á la espalda, y ceñida por los pechos, traía uno una camisa de color de camuza, encerrada y recogida toda en una manga; el otro venía escueto y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecía un gran bulto, que, á lo que después pareció, era un cuello de los que llaman valonas, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecía hilachas. Venían en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos se les habían gastado las puntas, y porque durasen más, se las cercenaron y los dejaron de aquel talle. Estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas y las

manos no muy limpias; el uno tenía una media espada, y el otro un cuchillo de cachas amarillas, que los suelen llamar vaqueros.

Saliéronse los dos á sestear en un portal ó cobertizo que delante de la venta se hace, y sentándose frontero el uno del otro, el que parecía de más edad dijo al más pequeño:

—¿De qué tierra es vuesa merced, señor gentilhombre, y para dónde bueno camina?

—Mi tierra, señor caballero (respondió el preguntado), no la sé, ni para dónde camino, tampoco.

—Pues en verdad (dijo el mayor), que no parece vuesa merced del cielo, y que éste no es lugar para hacer su asiento en él, que por fuerza se ha de pasar adelante.

—Así es (respondió el mediano); pero yo he dicho verdad en lo que he dicho, porque mi tierra no es mía, pues no tengo en ella más de un padre que no me tiene por hijo, y una madrastra que me trata como alnado; el camino que llevo es á la ventura, y allí le daría fin donde hallase quien me diese lo necesario para pasar esta miserable vida.

—Y ¿sabe vuesa merced algún oficio? —preguntó el grande: y el menor respondió:

—No sé otro, sino que corro como una liebre y salto como un gamo, y corto de tijera muy delicadamente.

—Todo eso es muy bueno, útil y provechoso (dijo el grande); porque habrá sacristán que le dé á vuesa merced la ofrenda de Todos Santos porque para el Jueves Santo le corte florones de papel para el monumento.

—No es mi corte desa manera (respondió el menor), sino que mi padre, por la misericordia del cielo, es sastre y calcetero, y me enseñó á cortar antiparas, que, como vuesa merced bien sabe, son medias calzas con avampiés, que por su propio nombre se suelen llamar polainas; y córtolas tan bien, que en verdad que me podría examinar de maestro, sino que la corta suerte me tiene arrinconado.

—Todo eso y más acontece por los buenos (respondió el grande), y siempre he oído decir que las buenas habilidades son las más perdidas; pero aún edad tiene vuesa merced para enmendar su

ventura. Mas si yo no me engaño y el ojo no me miente, otras gracias tiene vuesa merced secretas, y no las quiere manifestar.

—Sí tengo (respondió el pequeño); pero no son para en público, como vuesa merced ha muy bien apuntado.

A lo cual replicó el grande:

—Pues yo le sé decir que soy uno de los más secretos mozos que en grande parte se pueden hallar; y para obligar á vuesa merced que descubra su pecho y descanse conmigo, le quiero obligar con descubrirle el mío primero, porque imagino que no sin misterio nos ha juntado aquí la suerte, y pienso que habemos de ser, deste hasta el último día de nuestra vida, verdaderos amigos. Yo, señor hidalgo, soy natural de la Fuenfrida, lugar conocido y famoso por los ilustres pasajeros que por él de contino pasan; mi nombre es Pedro del Rincón; mi padre es persona de calidad, porque es ministro de la Santa Cruzada; quiero decir, que es bulero ó buldero, como los llama el vulgo. Algunos días le acompañé en el oficio, y le aprendí de manera, que no daría ventaja en echar las bulas al que

más presumiese en ello; pero habiéndome un dia aficionado más al dinero de las bulas que á las mismas bulas, me abracé con un talego y di conmigo y con él en Madrid, donde, con las comodidades que allí de ordinario se ofrecen, en pocos dias saqué las entrañas al talego, y le dejé con más dobleces que pañizuelo de desposado. Vino el que tenía á cargo el dinero tras mí; prendiéronme, tuve poco favor, aunque viendo aquellos señores mi poca edad, se contentaron con que me arrimasen al aldabilla y me mosqueasen las espaldas por un rato, y con que saliese desterrado por cuatro años de la corte. Tuve paciencia, encogí los hombros, sufrí la tanda y mosqueo, y salí á cumplir mi destierro con tanta priesa, que no tuve lugar de buscar cabalgaduras. Tomé de mis alhajas las que pude y las que me parecieron más necesarias, y entre ellas saqué estos naipes (y á este tiempo descubrió los que se ha dicho que en el cuello traía), con los cuales he ganado mi vida por los mesones y ventas que hay desde Madrid aquí, jugando á la veintiuna, y aunque vuesa merced los ve tan astrosos y maltratados, usan de

una maravillosa virtud con quien los entiende, que no alzará que no quede un as debajo; y si vuesa merced es versado en este juego, verá cuánta ventaja lleva el que sabe que tiene cierto un as á la primera carta, que le puede servir de un punto y de once; que con esta ventaja, siendo la veintiuna envidada, el dinero se queda en casa. Fuera desto, aprendí de un cocinero de un embajador ciertas tretas de quínolas y del parar, á quien también llaman el andabola; que así como vuesa merced se puede examinar en el corte de sus antiparas, así puedo yo ser maestro en la ciencia villanesca. Con esto voy seguro de no morir de hambre, porque aunque llegue á un cortijo, hay quien quiera pasar tiempo jugando un rato, y desto hemos de hacer luego la experiencia los dos: armemos la red, y veamos si cae algún pájaro destos arrieros que aquí hay; quiero decir, que juguemos los dos á la veintiuna como si fuese de veras, que si alguno quisiere ser tercero, él será el primero que deje la pecunia.

—Sea en buen hora (dijo el otro), y en merced muy grande tengo la que

vuesa merced me ha hecho en darme cuenta de su vida, con que me ha obligado á que yo no le encubra la mía, que diciéndola más breve, es esta: Yo nací en el Pedroso, lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo; mi padre es sastre; enseñóme su oficio, y de corte de tisera, con mi buen ingenio, salté á cortar bolsas. Enfadóme la vida estrecha de la aldea y el desamorado trato de mi madrastra; dejé mi pueblo, vine á Toledo á ejercitar mi oficio, y en él he hecho maravillas; porque no pende relicario de toca, ni hay faltriquera tan escondida, que mis dedos no visiten ni mis tiseras no corten, aunque le estén guardando con los ojos de Argos; y en cuatro meses que estuve en aquella ciudad, nunca fui cogido entre puertas, ni sobresaltado ni corrido de corchetes, ni soplado de ningún cañuto; bien es verdad que habrá ocho dias que una espía doble dió noticia de mi habilidad al Corregidor, el cual, aficionado á mis buenas partes, quisiera verme; mas yo, que, por ser humilde, no quiero tratar con personas tan graves, procuré de no verme con él, y así salí de la ciudad con tanta priesa.

que no tuve lugar de acomodarme de cabalgaduras ni blancas, ni de algún coche de retorno, ó por lo menos de un carro.

—Eso se borre (dijo Rincón), y pues ya nos conocemos, no hay para qué aquesas grandezas ni altiveces; confesemos llanamente que no tenemos blanca, ni aun zapatos.

—Sea así (respondió Diego Cortado. que así dijo el menor que se llamaba); y pues nuestra amistad, como vuesa merced, señor Rincón, ha dicho, ha de ser perpetua, comencémosla con santas y loables ceremonias.

Y levantándose Diego Cortado, abrazó á Rincón, y Rincón á él, tierna y estrechamente; y luego se pusieron los dos á jugar á la veintiuna con los ya referidos naipes, limpios de polvo y de paja. mas no de grasa y malicia; y á pocas manos alzaba tan bien por el as Cortado, como Rincón su maestro.

Salió en esto un arriero á refrescarse al portal, y pidió que quería hacer tercio; acogiéronle de buena gana, y en menos de media hora le ganaron doce reales y veintidos maravedises, que fué darle doce

lanzadas y veintidos mil pesadumbres. Y creyendo el arriero que por ser muchachos no se lo defenderian, quiso quitarles el dinero; mas ellos, poniendo el uno mano á su media espada y el otro al de las cachas amarillas, le dieron tanto que hacer, que á no salir sus compañeros, sin duda lo pasara harto mal.

A esta sazón pasaron acaso por el camino una tropa de caminantes á caballo, que iban á sestear á la venta del Alcalde, que está media legua más adelante; los cuales, viendo la pendencia del arriero con los dos muchachos, los apaciguaron, y les dijeron que si acaso iban á Sevilla, que se viniesen con ellos.

—Allá vamos (dijo Rincón), y serviremos á vuesas mercedes en todo cuanto nos mandaren.

Y sin más detenerse, saltaron delante de las mulas y se fueron con ellos, dejando al arriero agraviado y enojado, y á la ventera admirada de la buena crianza de los pícaros, que les había estado oyendo su plática, sin que ellos advirtiesen en ello; y cuando dijo al arriero que les habia oído decir que los naipes que traían eran falsos, se pelaba las bar-

bas, y quería ir á la venta tras ellos á cobrar su hacienda, porque decía que era grandísima afrenta y caso de menos valer que dos muchachos hubiesen engañado á un hombrazo tan grande como él; sus compañeros le detuvieron y aconsejaron que no fuese, siquiera por no publicar su inhabilidad y simpleza. En fin, tales razones le dijeron, que, aunque no le consolaron, le obligaron á quedarse.

En esto, Cortado y Rincón se dieron tan buena maña en servir á los caminantes, que lo más del camino los llevaban á las ancas; y aunque se les ofrecían algunas ocasiones de tentar las balijas de sus medios amos, no las admitieron, por no perder la ocasión tan buena del viaje de Sevilla, donde ellos tenían grande deseo de verse. Con todo esto, á la entrada de la ciudad, que fué á la oración, y por la puerta de la Aduana, á causa del registro y almojarifazgo que se paga, no se pudo contener Cortado de no cortar la balija ó maleta que á las ancas traía un francés de la camarada; y así, con el de sus cachas, le dió tan larga y profunda herida, que se parecían patentemente las entrañas, y sutilmente le sacó

dos camisas buenas, un reloj de sol y un libro de memoria, cosas que cuando las vieron, no les dieron mucho gusto. Y pensando que pues el francés llevaba á las ancas aquella maleta, no la había de haber ocupado con tan poco peso como era el que tenían aquellas preseas, quisieran volver á darle otro tiento, pero no lo hicieron, imaginando que ya lo habrían echado menos, y puesto en recaudo lo que quedaba.

Habíanse despedido, antes que el salto hiciesen, de los que hasta allí los habían sustentado, y otro día vendieron las camisas en el malbaratillo que se hace fuera de la puerta del Arenal, y dellas hicieron veinte reales. Hecho esto, se fueron á ver la ciudad, y admiróles la grandeza y suntuosidad de su mayor iglesia, el gran concurso de gente del río, porque era en tiempo de cargazón de flota, y había en el seis galeras, cuya vista les hizo suspirar, y aun temer el día que sus culpas les habían de traer á morar en ellas de por vida. Echaron de ver los muchos muchachos de la esportilla que por allí andaban: informáronse de uno de ellos qué oficio era aquel, y

si era de mucho trabajo y de qué ganancia. Un muchacho asturiano, que fué á quien hicieron la pregunta, respondió que el oficio era descansado y de que no se pagaba alcabala ninguna, y que algunos días salia con cinco y con seis reales de ganancia, con que comía y bebía, y triunfaba como cuerpo de rey, libre de buscar amo á quien dar fianzas, y seguro de comer á la hora que quisiese, pues á todas lo hallaba en el más mínimo bodegón de toda la ciudad, en la cual había tantos y tan buenos.

No les pareció mal á los dos amigos la relación del asturianillo, ni les descontentó el oficio, por parecerles que venía como de molde para poder usar el suyo con cubierta y seguridad, por la comodidad que ofrecía de entrar en todas las casas; y luego determinaron de comprar los instrumentos necesarios para usarle, pues lo podían usar sin examen. Y preguntándole al asturiano qué habían de comprar, les respondió que sendos costales pequeños, limpios ó nuevos, y cada uno tres espuertas de palma, dos grandes y una pequeña, en las cuales se repartía la carne, pescado y fruta, y en

el costal el pan; y él les guió donde lo vendian; y ellos, del dinero de la galima del francés, lo compraron todo, y dentro de dos horas pudieran estar graduados en el nuevo oficio, según les ensayaban las esportillas y asentaban los costales. Avisóles su adalid de los puestos donde habían de acudir: por las mañanas a la carnicería y á la plaza de San Salvador, los días de pescado á la pescadería y á la costanilla, todas las tardes al río, los jueves á la feria.

Toda esta lección tomaron bien de memoria, y otro día bien de mañana se plantaron en la plaza de San Salvador, y apenas hubieron llegado, cuando los rodearon otros mozos del oficio, que por lo flamante de los costales y espuertas, vieron ser nuevos en la plaza; hiciéronles mil preguntas, y á todas respondían con discreción y mesura. En esto llegaron un medio estudiante y un soldado, y convidados de la limpieza de las espuertas de los dos novatos, el que parecía estudiante llamó á Cortado, y el soldado á Rincón.

—En nombre sea de Dios,—dijeron ambos.

—Para bien se comience el oficio (dijo Rincón); que vuesa merced me estrena, señor mío. A lo cual respondió el soldado :

—La estrena no será mala, porque estoy de ganancia y soy enamorado, y tengo de hacer hoy banquete á unas amigas de mi señora.

—Pues cargue vuesa merced á su gusto; que ánimo tengo y fuerzas para llevarme toda esta plaza, y aun si fuere menester que ayude á guisallo, lo haré de muy buena voluntad.

Contentóse el soldado de la buena gracia del mozo, y díjole que si quería servir, que él le sacaría de aquel abatido oficio; á lo cual respondió Rincón que por ser aquel el día primero que le usaba, no le quería dejar tan presto, hasta ver, á lo menos, lo que tenía de malo ó bueno; y cuando no le contentase, él daba su palabra de servirle á él antes que á un canónigo. Rióse el soldado, cargóle muy bien, mostróle la casa de su dama para que la supiese de allí adelante, y él no tuviese necesidad, cuando otra vez le enviase, de acompañarle. Rincón prometió fidelidad y buen trato;

dióle el soldado tres cuartos, y en un vuelo volvió á la plaza, por no perder coyuntura: porque también desta diligencia les advirtió el asturiano, y de que cuando llevasen pescado menudo, conviene á saber, albures, ó sardinas, ó acedías, bien podían tomar algunas y hacerles la salva, siquiera para el gasto de aquel día; pero que esto había de ser con toda sagacidad y advertimiento, porque no se perdiese el crédito, que era lo que más importaba en aquel ejercicio.

Por presto que volvió Rincón, ya halló en el mismo puesto á Cortado. Llegóse Cortado á Rincón, y preguntóle que cómo le había ido. Rincón abrió la mano, y mostróle los tres cuartos. Cortado entró la suya en el seno, y sacó una bolsilla que mostraba haber sido de ámbar en los pasados tiempos; venía algo hinchada, y dijo:

—Con esta me pagó su reverencia del estudiante y con dos cuartos más; tomadla vos, Rincón, por lo que puede suceder.

Y habiéndosela ya dado secretamente, veis aquí do vuelve el estudiante trasudando y turbado de muerte, y vien-

do á Cortado, le dijo si acaso había visto una bolsa de tales y tales señas, que con quince escudos de oro en oro, y con tres reales de á dos, y tantos maravedís en cuartos y en ochavos, le faltaba, y que le dijese si la había tomado en el entre tanto que con él había andado comprando. A lo cual, con extraño disimulo, sin alterarse ni mudarse en nada, respondió Cortado:

—Lo que yo sabré decir desa bolsa es, que no debe de estar perdida, si ya no es que vuesa merced la puso á mal recaudo.

—Eso es ello, pecador de mí (respondió el estudiante); que la debí de poner á mal recaudo, pues me la hurtaron.

—Lo mismo digo yo (dijo Cortado); pero para todo hay remedio, si no es para la muerte, y el que vuesa merced podrá tomar es, lo primero y principal tener paciencia, que de menos nos hizo Dios, y un día viene tras otro día, y donde las dan las toman, y podría ser que con el tiempo el que llevó la bolsa se viniese á arrepentir, y se la volviese á vuesa merced sahumada.

—El sahumerio le perdonaríamos,—

respondió el estudiante; y Cortado prosiguió diciendo:

—Cuanto más que cartas de descomunión hay paulinas, y buena diligencia, que es madre de la buenaventura, aunque, á la verdad, no quisiera yo ser el llevador de la bolsa, porque si es que vuesa merced tiene alguna orden sacra, parecermeía á mí que había cometido algún grande incesto ó sacrilegio.

—Y ¡como que ha cometido ese sacrilegio! (dijo á esto adolorido el estudiante.) Que puesto caso que yo no soy sacerdote, sino sacristán de unas monjas, el dinero de la bolsa era del tercio de una capellanía que me dió á cobrar un sacerdote amigo mío, y es dinero sagrado y bendito.

—Con su pan se lo coma (dijo Rincón á este punto); no le arriendo la ganancia; día de juicio hay, donde todo saldrá, como dicen, en la colada, y entonces se verá quién fué Callejas, y el atrevido que se atrevió á tomar, hurtar y menoscabar el tercio de la capellanía. Y ¿cuánto renta cada año, dígame, señor sacristán, por su vida?

—Renta la puta que me parió, y ¡es-

toy yo agora para decir lo que renta! (respondió el sacristán, con algún tanto de demasiada cólera.) Decidme, hermano, si sabéis algo; si no, quedad con Dios, que yo la quiero hacer pregonar.

—No me parece mal medio ese (dijo Cortado); pero advierta vuesa merced no se le olviden las señas de la bolsa, ni la cantidad puntualmente del dinero que va en ella; que si yerra en un ardite, no parecerá en días del mundo, y esto le doy por hado.

—No hay que temer deso (respondió el sacristán); que lo tengo más en la memoria que el tocar de las campanas; no me erraré en un átomo.

Sacó en esto de la faltriquera un pañuelo randado para limpiarse el sudor, que llovía de su rostro como de alquitara; y apenas le hubo visto Cortado, cuando le marcó por suyo; y habiéndose ido el sacristán, Cortado le siguió, y le alcanzó en las gradas, donde le llamó y le retiró á una parte, y allí le comenzó á decir tantos disparates, al modo de lo que llaman Bernardinas, cerca del hurto y hallazgo de su bolsa, dándole buenas es-

peranzas, sin concluir jamás razón que comenzase, que el pobre sacristán estaba embelesado escuchándole; y como no acababa de entender lo que le decía, hacía que le repitiese la razón dos y tres veces. Estábale mirando Cortado á la cara atentamente, y no quitaba los ojos de sus ojos; el sacristán le miraba de la misma manera, estando colgado de sus palabras. Este tan grande embelesamiento dió lugar á Cortado que concluyese su obra, y sutilmente le sacó el pañuelo de la faltriquera, y despidiéndose dél, le dijo que á la tarde procurase de verle en aquel mismo lugar, porque él traía entre ojos que un muchacho de su mismo oficio y de su mismo tamaño, que era algo ladroncillo, le había tomado la bolsa, y que él se obligaba á saberlo dentro de pocos ó de muchos días.

Con esto se consoló algo el sacristán, y se despidió de Cortado, el cual se vino donde estaba Rincón, que todo lo había visto, un poco apartado dél; y más abajo estaba otro mozo de la esportilla, que vió todo lo que había pasado, y cómo Cortado daba el pañuelo á Rincón; y llegándose á ellos, les dijo:

—Díganme, señores galanes: ¿voacedes son de mala entrada, ó no?

—No entendemos esa razón, señor galán,—respondió Rincón.

—¡Qué! ¿no entrevan, señores murcios? —respondió el otro.

—No somos de Teba ni de Murcia (dijo Cortado); si otra cosa quiere, dígala; si no, váyase con Dios.

—¿No lo entienden? (dijo el mozo); pues yo se lo daré á entender y á beber con una cuchara de plata: quiero decir, señores, si son vuesas mercedes ladrones. Mas no sé para qué les pregunto esto, pues sé ya que lo son; mas díganme: ¿cómo no han ido á la aduana del señor Monipodio?

—¿Págase en esta tierra almojarifazgo de ladrones, señor galán?—dijo Rincón.

—Si no se paga (respondió el mozo), á lo menos regístranse ante el señor Monipodio, que es su padre, su maestro y su amparo; y así les aconsejo que vengan conmigo á darle la obediencia, ó si no, no se atrevan á hurtar sin su señal, que les costará caro.

—Yo pensé (dijo Cortado) que el hurtar era oficio libre, horro de pecho y

alcabala, y que si se paga es por junto, dando por fiadores á la garganta y á las espaldas; pero, pues así es, y en cada tierra hay su uso, guardemos nosotros el desta, que por ser la mas principal del mundo, será el más acertado de todo él; y así puede vuesa merced guiarnos donde está ese caballero que dice, que ya yo tengo barruntos, según lo que he oido decir, que es muy calificado y generoso, y además hábil en el oficio.

—Y ¡cómo que es calificado, hábil y suficiente! (respondió el mozo.) Eslo tanto, que en cuatro años que ha que tiene el cargo de nuestro mayor y padre, no han padecido sino cuatro en el finisbusterre, y obra de treinta embesados, y de sesenta y dos en gurapas.

—En verdad, señor (dijo Rincón), que así entendemos esos nombres como volar.

—Comencemos á andar, que yo los iré declarando por el camino (respondió el mozo), con otros algunos, que así les conviene saberlos como el pan de la boca; —y así les fué diciendo y declarando otros nombres, de los que ellos llaman germanescos ó de la germanía, en el discurso de su plática, que no fué corta,

porque el camino era largo; en el cual dijo Rincón á su guía:

—¿Es vuesa merced por ventura ladrón?

—Sí (respondió él), para servir á Dios y á la buena gente, aunque no de los muy cursados, que todavía estoy en el año del noviciado.

A lo cual respondió Cortado:

—Cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir á Dios y á la buena gente.

A lo cual respondió el mozo:

—Señor, yo no me meto en teologías; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar á Dios, y más con la orden que tiene dada Monipodio á todos sus ahijados.

—Sin duda (dijo Rincón), debe de ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan á Dios.

—Es tan santa y buena (replicó el mozo), que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. El tiene ordenado que de lo que hurtáremos demos alguna cosa ó limosna para el aceite de la lámpara de una imagen muy devota que está en esta ciudad, y en verdad que hemos

visto grandes cosas por esta buena obra; porque los días pasados dieron tres ansias á un cuatrero que había murciado dos roznos, y con estar flaco y cuartanario, así los sufrió sin cantar, como si fueran nada, y esto atribuímos los del arte á su buena devoción, porque sus fuerzas no eran bastantes para sufrir el primer desconcierto del verdugo. Y porque sé que me han de preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud y decírselo antes que me lo pregunten. Sepan voacedes que *cuatrero* es ladrón de bestias; *ansia* es el tormento; *roznos* los asnos, hablando con perdón; primer *desconcierto* es las primeras vueltas de cordel que da el verdugo. Tenemos más: que rezamos nuestro rosario repartido en toda la semana, y algunos de nosotros no hurtamos el día del viernes, ni tenemos conversación con mujer que se llame María el día del sábado.

—De perlas me parece todo eso (dijo Cortado), pero dígame vuesa merced, ¿hácese otra restitución ú otra penitencia más de la dicha?

En eso de restituir no hay que hablar

(respondió el mozo), porque es cosa imposible, por las muchas partes en que se divide lo hurtado, llevando cada uno de los ministros y contrayentes la suya, y así el primer hurtador no puede restituir nada; cuanto más, que no hay quien nos mande hacer esta diligencia, á causa que nunca nos confesamos, y si sacan cartas de descomunión, jamás llegan á nuestra noticia, porque jamás vamos á la iglesia al tiempo que se leen, sino es los días de jubileo, por la ganancia que nos ofrece el concurso de la mucha gente.

—¿Y con sólo eso que hacen, dicen esos señores (dijo Cortado) que su vida es santa y buena?

—Pues ¿qué tiene de mala? (replicó el mozo); ¿no es peor ser hereje, ó renegado, ó matar á su padre y madre, ó ser solomico?

—Sodomita, querrá decir vuesa merced,—respondió Rincón.

—Eso digo,—dijo el mozo.

—Todo es malo (replicó Cortado); pero, pues nuestra suerte ha querido que entremos en esta cofradía, vuesa merced alargue el paso; que muero por

verme con el señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan.

—Presto se les cumplirá su deseo (dijo el mozo), que ya desde aquí se descubre su casa. Vuesas mercedes se queden á la puerta, que yo entraré á ver si está desocupado, porque estas son las horas cuando él suele dar su audiencia.

—En buena hora sea (dijo Rincón);—y adelantándose un poco el mozo, entró en una casa, no muy buena, sino de muy mala apariencia, y los dos se quedaron esperando á la puerta. El salió luego y los llamó, y ellos entraron, y su guía les mandó esperar en un pequeño patio ladrillado, que de puro limpio y aljofifado parecía que vertía carmín de lo más fino. Al un lado estaba un banco de tres pies, y al otro un cántaro desbocado, con un jarrillo encima, no menos falto que el cántaro; á otra parte estaba una estera de enea, y en el medio un tiesto, que en Sevilla llaman maceta de albahaca.

Miraban los mozos atentamente las alhajas de la casa, en tanto que bajaba el señor Monipodio; y viendo que tarda-

ba, se atrevió Rincón á entrar en una sala baja, de dos pequeñas que en el patio estaban, y vió en ella dos espadas de esgrima y dos broqueles de corcho, pendientes de cuatro clavos, y una arca grande sin tapa ni cosa que la cubriese, y otras tres esteras de enea tendidas por el suelo. En la pared frontera estaba pegada á la pared una imagen de Nuestra Señora, destas de mala estampa, y más abajo pendía una esportilla de palma, y encajada en la pared una almofía blanca, por do coligió Rincón que la esportilla servía de cepo para limosna, y la almofía de tener agua bendita; y así era la verdad.

Estando en esto, entraron en la casa dos mozos de hasta veinte años cada uno, vestidos de estudiantes, y de allí á poco dos de la esportilla y un ciego, y sin hablar palabra ninguna, se comenzaron á pasear por el patio. No tardó mucho, cuando entraron dos viejos de bayeta con anteojos, que los hacían graves y dignos de ser respetados, con sendos rosarios de sonadoras cuentas en las manos; tras ellos entró una vieja halduda, y sin decir nada se fué á la sala, y

habiendo tomado agua bendita, con grandísima devoción se puso de rodillas ante la imagen, y al cabo de una buena pieza, habiendo primero besado tres veces el suelo, y levantado los brazos y los ojos al cielo otras tantas, se levantó y echó su limosna en la esportilla, y se salió con los demás al patio. En resolución, en poco espacio se juntaron en el patio hasta catorce personas de diferentes trajes y oficios; llegaron también de los postreros dos bravos y bizarros mozos, de bigotes largos, sombreros de grande falda, cuellos á la valona, medias de color, ligas de gran balumba, espadas de más de marca, sendos pistoletes cada uno en lugar de dagas, y sus broqueles pendientes de la pretina; los cuales, así como entraron, pusieron los ojos al través en Rincón y Cortado, á modo de que los extrañaban y no conocían, y llegándose á ellos, les preguntaron si eran de la cofradía. Rincón respondió que sí, y muy servidores de sus mercedes.

Llegóse en esto la sazón y punto en que bajó el señor Monipodio, tan esperado como bien visto de toda aquella virtuosa compañía. Parecía de edad de

cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso, los ojos hundidos; venía en camisa, y por la abertura de delante descubría un bosque: tanto era el vello que tenía en el pecho. Traía cubierta una capa de bayeta casi hasta los pies, en los cuales traía unos zapatos enchancletados; cubríanle las piernas unos zaragüelles de lienzo, anchos, y largos hasta los tobillos; el sombrero era de los de la ampa, campanudo de cópa y tendido de falda. Atravesábale un tahalí por espalda y pechos, á do colgaba una espada ancha y corta, á modo de las del perrillo; las manos eran cortas y pelosas, los dedos gordos, y las uñas hembras y remachadas; las piernas no se le parecían, pero los pies eran descomunales, de anchos y juanetudos. En efecto: él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo. Bajó con él la guía de los dos, y trabándoles de las manos, los presentó ante Monipodio, diciendo:

—Estos son los dos buenos mancebos que á vuesa merced dije, mi señor Monipodio; vuesa merced los desamine, y

verá cómo son dignos de entrar en nuestra congregación.

—Eso haré yo de muy buena gana, —respondió Monipodio.

Olvidábaseme de decir que así como Monipodio bajó, al punto todos los que aguardándole estaban le hicieron una profunda y larga reverencia, excepto los dos bravos, que á medio mogate, como entre ellos se dice, le quitaron los capelos, y luego volvieron á su paseo por una parte del patio, y por la otra se paseaba Monipodio, el cual preguntó á los nuevos el ejercicio, la patria y padres. A lo cual Rincón respondió:

—El ejercicio ya está dicho, pues venimos ante vuesa merced, la patria no me parece de mucha importancia decirla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer información para recibir algún hábito honroso. A lo cual respondió Monipodio:

—Vos, hijo mío, estáis en lo cierto, y es cosa muy acertada encubrir eso que decís, porque si la suerte no corriere como debe, no es bien que quede asentado debajo de signo de escribano ni en el libro de las entradas: «Fulano, hijo de

Fulano, vecino de tal parte, tal día le ahorcaron ó le azotaron,» ó otra cosa semejante, que por lo menos suena mal á los buenos oídos; y así torno á decir que es provechoso documento callar la patria, encubrir los padres y mudar los propios nombres, aunque para entre nosotros no ha de haber nada encubierto, y sólo ahora quiero saber los nombres de los dos.

Rincón dijo el suyo y Cortado también.

—Pues de aquí adelante (respondió Monipodio), quiero y es mi voluntad que vos, Rincón, os llaméis *Rinconete*, y vos, Cortado, *Cortadillo*, que son nombres que asientan como de molde á vuestra edad y á nuestras ordenanzas, debajo de las cuales cae tener necesidad de saber el nombre de los padres de nuestros cofrades, porque tenemos de costumbre de hacer decir cada año ciertas misas por las ánimas de nuestros difuntos y bienhechores, sacando el estupendo para la limosna de quien las dice, de alguna parte de lo que se garbea; y estas tales misas, así dichas como pagadas, dicen que aprovechan á las tales ánimas por vía de naufragio; y caen debajo de nues-

tros bienhechores el procurador que nos defiende, el guro que nos avisa, el verdugo que nos tiene lástima, el que, cuando alguno de nosotros va huyendo por la calle, y detrás le van dando voces *al ladrón, al ladrón, detenganle, deténganle,* se pone en medio, y se opone al raudal de los que le siguen, diciendo «Déjenle al cuitado, que harta malaventura lleva; allá se lo haya; castiguele su pecado.» Son tambien bienhechoras nuestras las socorridas que de su sudor nos socorren, así en la trena como en las guras; y también lo son nuestros padres y madres, que nos echan al mundo, y el escribano, que si anda de buena, no hay delito que sea culpa, ni culpa á quien se dé mucha pena; y por todos estos que he dicho, hace nuestra hermandad cada año su adversario con la mayor popa y soledad que podemos.

—Por cierto (dijo Rinconete, ya confirmado con este nombre), que es obra digna del altísimo y profundísimo ingenio que hemos oido decir que vuesa merced, señor Monipodio, tiene; pero nuestros padres aún gozan de la vida; si en ella les alcanzáremos, daremos luego noticia á

esta felicísima y abonada confraternidad, para que por sus almas se les haga ese naufragio ó tormenta, ó ese adversario que vuesa merced dice, con la solenidad y pompa acostumbrada; si ya no es que se hace con popa y soledad, como también apuntó vuesa merced en sus razones.

—Así se hará, ó no quedará de mí pedazo (replicó Monipodio; y llamando á la guía, le dijo): Ven acá, Ganchuelo; ¿están puestas las postas?

—Sí (dijo la guía, que Ganchuelo era su nombre); tres centinelas quedan avizorando, y no hay que temer que nos cojan de sobresalto.

—Volviendo, pues, á nuestro propósito (dijo Monipodio); querría saber, hijos, lo que sabéis, para daros el oficio y ejercicio conforme á vuestra inclinación y habilidad.

—Yo (respondió Rinconete) sé un poquito de floreo de villano: entiéndeseme el retén; tengo buena vista para el humillo; juego bien de la sola, de las cuatro y de las ocho; no se me va por pies el raspadillo, berrugueta y el colmillo; éntrome por la boca de lobo como por

mi casa, y atreveríame á hacer un tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles, y á dar un astillazo al más pintado mejor que dos reales prestados.

—Principios son (dijo Monipodio); pero todas esas son flores de cantueso viejas, y tan usadas, que no hay principiante que no las sepa, y sólo sirven para alguno que sea tan blanco, que se deje matar de media noche abajo, pero andará el tiempo, y vernos hemos; que asentando sobre ese fundamento media docena de liciones, yo espero en Dios que habéis de salir oficial famoso, y aun quizá maestro.

—Todo se hará para servir á vuesa merced y a los señores cofrades,—respondió Rinconete.

—Y vos, Cortadillo, ¿que sabéis?—preguntó Monipodio.

—Yo (respondió Cortadillo) sé la treta que dicen mete dos y saca cinco, y sé dar tiento á una faldriquera con mucha puntualidad y destreza.

—¿Sabes más?—dijo Monipodio.

—No, por mis grandes pecados,—respondió Cortadillo.

—No os aflijais, hijo (replicó Mo-

nipodio), que á puerto y á escuela habéis llegado, donde ni os anegaréis, ni dejaréis de salir muy bien aprovechado en todo aquello que más os conviniere. Y en esto del ánimo, ¿cómo os va, hijos?

—¿Cómo nos ha de ir (respondió Rinconete), sino muy bien? Animo tenemos para acometer cualquiera empresa de las que tocaren á nuestro arte y ejercicio.

—Está bien (replicó Monipodio); pero querría yo también que le tuviésedes para sufrir, si fuese menester, media docena de ansias sin desplegar los labios y sin decir esta boca es mía.

—Ya sabemos aquí (dijo Cortadillo), señor Monipodio, qué quiere decir ansias, y para todo tenemos ánimo, porque no somos tan ignorantes, que no se nos alcance que lo que dice la lengua paga la gorja, y harta merced le hace el cielo al hombre atrevido, por no darle otro titulo, que le deja en su lengua su vida ó su muerte, como si tuviese más letras un no que un sí.

—Alto, no es menester más (dijo á esta sazón Monipodio); digo que sola esa razón me convence, me obliga,

me persuade y me fuerza á que desde luego asentéis por cofrades mayores, y que se os sobrelleve el año del noviciado.

—Yo soy dese parecer,—dijo uno de los bravos, y á una voz lo confirmaron todos los presentes, que toda la plática habian estado escuchando, y pidieron á Monipodio que desde luego les concediese y permitiese gozar de las inmunidades de su cofradía, porque su presencia agradable y su buena plática lo merecia todo. El respondió que por darles contento á todos, desde aquel punto se las concedía, advirtiéndoles que las estimasen en mucho, porque era no pagar media anata del primer hurto que hiciesen, no hacer oficios menores en todo aquel año, conviene á saber: no llevar recaudo de ningún hermano mayor á la cárcel ni á la casa, de parte de sus contribuyentes; piar el turco puro; hacer banquete, cuándo, cómo y adonde quisieren, sin pedir licencia á su mayoral; entrar á la parte desde luego con lo que entrujasen los hermanos mayores, como uno dellos, y otras cosas, que ellos tuvieron por merced señaladísima, y las demás con

palabras muy comedidas y corteses las agradecieron y tuvieron en mucho.

Estando en esto, entró un muchacho corriendo y desalentado, y dijo:

—El alguacil de los vagamundos viene encaminado á esta casa, pero no trae consigo gurullada.

—Nadie se alborote ni inquiete (dijo á esta sazón Monipodio), que es amigo y nunca viene por nuestro daño. Sosiéguense, que yo le saldré á hablar.

Todos se sosegaron, que ya estaban algo sobresaltados, y Monipodio salió á la puerta, donde halló al alguacil, con el cual estuvo hablando un rato, y luego volvió á entrar Monipodio, y preguntó:

—¿A quién le cupo hoy la plaza de San Salvador?

—A mí,—dijo el de la guía.

—Pues ¿cómo (dijo Monipodio) no se me ha manifestado una bolsilla de ámbar, que esta mañana en aquel mismo paraje dió al traste con quince escudos de oro y dos reales de á dos, y no sé cuántos cuartos?

—Verdad es (dijo la guía) que hoy faltó esa bolsa; pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quién la tomase.

—No hay levas conmigo (replicó Monipodio); la bolsa ha de parecer, porque la pide el alguacil, que es amigo, y nos hace mil placeres al año.

Tornó á jurar el mozo que no sabia della; comenzóse á encolerizar Monipodio, de manera que parecía que fuego vivo lanzaba por los ojos, diciendo:

—Nadie se burle con quebrantar la más minima cosa de nuestra orden, que le costará la vida, manifiéstese la cica, y si se encubre por no pagar los derechos, yo le daré enteramente lo que le toca, y pondré lo demás de mi casa, porque en todas maneras ha de ir contento el alguacil.

Tornó de nuevo á jurar el mozo y á maldecirse, diciendo que él no habia tomado tal bolsa ni vistola de sus ojos; todo lo cual fué poner más fuego á la cólera de Monipodio, y dar ocasión á que toda la junta se alborotase, viendo que se rompian sus estatutos y buenas ordenanzas.

Viendo Rinconete, pues, tanta disension y alboroto, pareciole que seria bien sosegarle y dar contento á su mayor, que reventaba de rabia, y aconsejandose con su amigo Cortadillo, con

parecer de entrambos, sacó la bolsa del sacristán, y dijo:

—Cese toda cuestión, mis señores; que esta es la bolsa, sin faltarle nada de lo que el alguacil manifiesta; que hoy mi camarada Cortadillo le dió alcance, con un pañuelo que al mismo dueño se le quitó por añadidura.

Luego sacó Cortadillo el pañizuelo, y lo puso de manifiesto. Viendo lo cual Monipodio, dijo:

—Cortadillo el Bueno (que con este título y renombre ha de quedar de aquí adelante) se quede con el pañuelo, y á mi cuenta se queda la satisfación deste servicio; y la bolsa se ha de llevar el alguacil, que es de un sacristán pariente suyo, y conviene que se cumpla aquel refrán que dice: «*No es mucho que á quien te da la gallina entera, le des tú una pierna della.*» Más disimula este buen alguacil en un día, que nosotros le podemos ni solemos dar en ciento.

De común consentimiento aprobaron todos la hidalguía de los dos modernos, y la sentencia y parecer de su mayoral, el cual salió á dar la bolsa al alguacil, y Cortadillo se quedó confirmado con el

renombre de Bueno, bien como si fuera D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, que arrojó el cuchillo por los muros de Tarifa para degollar á su unico hijo.

Al volver, que volvió Monipodio, entraron con el dos mozas, afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado y desvergüenza, señales claras por donde, en viéndolas Rinconete y Cortadillo, conocieron que eran de la casa llana, y no se engañaron en nada; y así como entraron, se fueron con los brazos abiertos, la una á Chiquiznaque y la otra á Maniferro, que estos eran los nombres de los dos bravos; y el de Maniferro era porque traia una mano de hierro en lugar de otra que le habian cortado por justicia. Ellos las abrazaron con grande regocijo, y les preguntaron si traian algo con que mojar la canal maestra.

—Pues ¿había de faltar, diestro mío? (respondió la una, que se llamaba la Ganancíosa.) No tardará mucho á venir Silbatillo, tu trainel, con la canasta de colar, atestada de lo que Dios ha sido servido.

Y así fué de verdad, porque al instante entró un muchacho con una canasta de colar, cubierta con una sábana.

Alegráronse todos con la entrada de Silbato, y al momento mandó sacar Monipodio una de las esteras de enea que estaban en el aposento, y tenderla en medio del patio, y ordenó asimismo que todos se sentasen á la redonda; porque en cortando la cólera se trataría de lo que más conviniese. A esto dijo la vieja que había rezado á la imagen:

—Hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un vaguido de cabeza, dos días ha, que me trae loca, y más, que antes que sea mediodía tengo de ir á cumplir mis devociones y poner mis candelicas á Nuestra Señora de las Aguas y al santo Crucifijo de Santo Agustín, que no lo dejaría de hacer si nevase y ventiscase. A lo que he venido es, que anoche el Renegado y Centopiés llevaron á mi casa una canasta de colar, algo mayor que la presente, llena de ropa blanca, y en Dios y en mi ánima que venía con su cernada y todo, que los pobretes no debieron de tener lugar de quitarla, y venían sudando la gota

tan gorda, que era una compasión verlos entrar ijadeando y corriendo agua de sus rostros, que parecian unos angelicos: dijéronme que iban en seguimiento de un ganadero que habia pesado ciertos carneros en la carniceria, por ver si le podian dar un tiento en un grandísimo gato de reales que llevaba. No desembanastaron ni contaron la ropa, fiados en la entereza de mi conciencia; y así me cumpla Dios mis buenos deseos, y nos libre á todos de poder de justicia, que no he tocado la canasta, y que se está tan entera como cuando nació.

—Todo se le cree, señora madre (respondió Monipodio), y estése así la canasta, que yo iré allá á boca de sorna, y haré cala y cata de lo que tiene, y daré á cada uno lo que le tocare, bien y fielmente, como tengo de costumbre.

—Sea como vos lo ordenáredes, hijo (respondió la vieja); y porque se me hace tarde, dadme un traguillo, si tenéis, para consolar este estómago.

—Y ¡qué tal lo beberéis, madre mia! —dijo á esta sazón la Escalanta, que así se llamaba la compañera de la Ganancíosa; y descubriendo la canasta, se ma-

nifestó una bota, á modo de cuero, con hasta dos arrobas de vino, y un corcho, que podría caber sosegadamente y sin apremio hasta un azumbre, y llevándole la Escalanta, se le puso en las manos á la devotísima vieja, la cual tomándole con ambas manos, y habiéndole soplado un poco de espuma, dijo:

—Mucho echaste, hija Escalanta; pero Dios dará fuerzas para todo; y aplicándosele á los labios, de un tirón, y sin tomar aliento, lo trasegó del corcho al estómago, y acabó diciendo:

—De Guadalcanal es, y aun tiene un es no es de yeso el señorico. Dios te consuele, hija, que así me has consolado, sino que temo que me ha de hacer mal, porque no me he desayunado.

—No hará, madre (respondió Monipodio); porque es trasañejo.

—Así lo espero yo en aquella bendita Virgen (respondió la vieja, y añadió): Mirad, niñas, si tenéis acaso algún cuarto para comprar las candelicas de mi devoción; porque con la priesa y gana que tenía de venir á traer las nuevas de la canasta, se me olvidó en casa la escarcela.

—Yo sí tengo, señora Pipota (que éste era el nombre de la buena vieja, respondió la Gananciosa); tome, ahí le doy dos cuartos: del uno le ruego que compre una para mí, y se la ponga al señor San Miguel, y si puede comprar dos, ponga la otra al señor San Blas, que son mis abogados; quisiera que pusiera otra á la señora Santa Lucía (que por lo de los ojos también la tengo devoción), pero no tengo trocado, mas otro día habrá donde se cumpla con todos.

—Muy bien harás, hija, y mira no seas miserable; que es de mucha importancia llevar la persona las candelas delante de sí antes que se muera, y no aguardar á que las pongan los herederos ó albaceas.

—Bien dice la madre Pipota,—dijo la Escalanta; y echando mano á la bolsa, le dió otro cuarto, y le encargó que pusiese otras dos candelicas á los santos que á ella le pareciese que eran de los más aprovechados y agradecidos. Con esto se fué la Pipota, diciéndoles:

—Holgaos, hijos, ahora que tenéis tiempo; que vendrá la vejez, y lloraréis en ella los ratos que perdisteis en la

mocedad, como yo los lloro, y encomendadme á Dios en vuestras oraciones; que yo voy á hacer lo mismo por mí y por vosotros, porque él nos libre y conserve en nuestro trato peligroso sin sobresaltos de justicia.—Y con esto se fué.

Ida la vieja, se sentaron todos alrededor de la estera, y la Gananciosa tendió la sábana por manteles; y lo primero que sacó de la cesta fué un gran haz de rábanos y hasta dos docenas de naranjas y limones, y luego una cazuela grande, llena de tajadas de bacallao frito; manifestó luego medio queso de Flandes y una olla de famosas aceitunas, y un plato de camarones, y gran cantidad de cangrejos, con su llamativo de alcaparrones ahogados en pimientos, y tres hogazas blanquísimas de Gandul. Serían los del almuerzo hasta catorce, y ninguno dellos dejó de sacar su cuchillo de cachas amarillas, si no fué Rinconete, que sacó su media espada. A los dos viejos de bayeta y á la guía tocó el escanciar con el corcho de colmena. Mas apenas habían comenzado á dar asalto á las naranjas, cuando les dió á todos gran so-

bresalto los golpes que dieron á la puerta, mandóles Monipodio que se sosegasen, y entrando en la sala baja y descolgando un broquel, puesto mano á la espada, llegó á la puerta, y con voz hueca y espantosa preguntó:

—¿Quién llama?

Respondieron de fuera:

—Yo soy; que no es nadie, señor Monipodio; Tagarete soy, centinela desta mañana, y vengo á decir que viene aquí Juliana la Cariharta, toda desgreñada y llorosa, que parece haberle sucedido algún desastre.

En esto llegó la que decia, sollozando, y sintiéndola Monipodio, abrió la puerta, y mandó á Tagarete que se volviese á su posta, y que de allí adelante avisase lo que viese, con menos estruendo y ruido: él dijo que así lo haria. Entró la Cariharta, que era una moza del jaez de las otras y del mismo oficio; venia descabellada, y la cara llena de tolondrones, y así como entró en el patio, se cayó en el suelo desmayada. Acudieron á socorrerla la Gananciosa y la Escalanta, y desabrochándola el pecho, la hallaron toda denegrida y como magullada. Echa-

ronle agua en el rostro, y ella volvió en sí, diciendo á voces:

—La justicia de Dios y del Rey venga sobre aquel ladrón desuellacaras, sobre aquel cobarde bajamanero, sobre aquel pícaro lendroso, que le he quitado más veces de la horca que tiene pelos en las barbas. Desdichada de mí: mirad por quién he perdido y gastado mi mocedad y la flor de mis años, sino por un bellaco desalmado, facineroso é incorregible.

—Sosiégate, Cariharta (dijo á esta sazón Monipodio); que aquí estoy yo, que te haré justicia. Cuéntanos tu agravio; que más estarás tú en contarle que yo en hacerte vengada; dime si has habido algo con tu respeto; que si así es, y quieres venganza, no has menester más que boquear.

—¿Qué respeto? (respondió Juliana); respetada me vea yo en los infiernos, si más lo fuere de aquel león con las ovejas y cordero con los hombres; ¿con aquél había yo de comer más pan á manteles, ni yacer en uno?: primero me vea yo comida de adivas estas carnes, que me ha parado de la manera que ahora veréis; y alzándose al instante las faldas

hasta la rodilla, y aun un poco más, las descubrió llenas de cardenales. Desta manera (prosiguió) me ha parado aquel ingrato del Repolido, debiéndome más que á la madre que le parió; y ¿por qué pensáis que lo ha hecho? ¿Montas que le di yo ocasión para ello? No, por cierto; no lo hizo más sino porque estando jugando y perdiendo, me envió á pedir con Cabrillas, su trainel, treinta reales, y no le envié más de veinticuatro, que el trabajo y afán con que yo los habia ganado, ruego yo á los cielos que vaya en descuento de mis pecados y en pago de esta cortesía y buena obra, creyendo él que yo le sisaba algo de la cuenta que él allá en su imaginación había hecho de lo que yo podia tener, esta mañana me sacó al campo, detrás de la huerta del Rey, y allí, entre unos olivares, me desnudó, y con la pretina, sin excusar ni recoger los hierros, que en malos grillos y hierros le vea yo, me dió tantos azotes, que me dejó por muerta; de la cual verdadera historia son buenos testigos estos cardenales que miráis.

Aquí tornó á levantar las voces, aquí volvió á pedir justicia, y aquí se la pro-

metió de nuevo Monipodio y todos los bravos que allí estaban. La Gananciosa tomó la mano á consolalla, diciéndole que ella diera de muy buena gana una de las mejores preseas que tenía porque le hubiera pasado otro tanto con su querido.

—Porque quiero (dijo) que sepas, hermana Cariharta, si no lo sabes, que á lo que se quiere bien se castiga; y cuando estos bellacones nos dan, y azotan, y acocean, entonces nos adoran; si no, confiésame una verdad, por tu vida: después que te hubo Repolido castigado y brumado, ¿no te hizo alguna caricia?

—¿Cómo una? (respondió la llorosa); cien mil me hizo, y diera él un dedo de la mano porque me fuera con él á su posada, y aun me parece que casi se le saltaron las lágrimas de los ojos después de haberme molido.

—No hay dudar en eso (replicó la Gananciosa); y lloraría él de pena de ver cuál te había puesto; que en estos tales hombres y en tales casos, no han cometido la culpa, cuando les viene el arrepentimiento; y tú verás, hermana, si no viene á buscarte antes que de aquí

nos vamos, y á pedirte perdón de todo lo pasado, rindiéndosete como un cordero.

—En verdad (respondió Monipodio), que no ha de entrar por estas puertas el cobarde embesado, si primero no hace una manifiesta penitencia del cometido delito. ¿Las manos había él de ser osado poner en el rostro de la Cariharta ni en sus carnes, siendo persona que puede competir en limpieza y ganancia con la misma Gananciosa, que esta delante, que no lo puedo más encarecer?

—¡Ay! (dijo á esta sazón la Juliana); no diga vuesa merced, señor Monipodio, mal de aquel maldito, que con cuan malo es, le quiero más que á las telas de mi corazón, y hanme vuelto el alma al cuerpo las razones que en su abono ha dicho mi amiga la Gananciosa, y en verdad que estoy por ir á buscarle.

—Eso no harás tu por mi consejo (replicó la Gananciosa), porque se extenderá y ensanchará, y hará tretas en ti como en un cuerpo muerto. Sosiégate, hermana: que antes de mucho le verás venir tan arrepentido como he dicho, y si no viniere, escribirémosle un papel en coplas que le amargue.

—Eso sí (dijo la Cariharta); que tengo mil cosas que escribirle.

—Yo seré el secretario cuando sea menester (dijo Monipodio); y aunque no soy nada poeta, todavía, si el hombre se arremanga, se atreverá á hacer dos millares de coplas en daca las pajas. y cuando no salieren como deben, yo tengo un barbero amigo, gran poeta, que nos henchirá las medidas á todas horas, y en la de agora acabemos lo que teníamos comenzado del almuerzo, que después todo se andará.

Fué contenta la Juliana de obedecer á su mayor; y así todos volvieron á su *gaudeamus*, y en poco espacio vieron el fondo á la canasta y las heces del cuero; los viejos bebieron *sine fine*, los mozos *adunia*, las señoras los *quiries*. Los viejos pidieron licencia para irse; diósela luego Monipodio, encargándoles viniesen á dar noticia con toda puntualidad de todo aquello que viesen ser útil y conveniente á la comunidad y al resguardo y acrecentamiento de aquella cofradía; respondieron que ellos lo tenían bien en cuidado, y fuéronse. Rinconete, que de suyo era por extremo curioso, pidiendo

primero perdón y licencia, preguntó á Monipodio que de qué servian en la cofradía dos personajes tan canos, tan graves y apersonados. A lo cual respondió Monipodio que aquellos, en su germanía y manera de hablar, se llamaban avispones, y que servian de andar de dia por toda la ciudad, avispando en qué casa se podía dar tiento de noche, y en seguir los que sacaban dinero de la Contratación ó casa de la moneda, para ver dónde lo llevaban, y aun dónde lo ponían: y en sabiéndolo, tanteaban la groseza del muro de la tal casa, y deseñaban el lugar más conveniente para hacer los guzpataros (que son agujeros) para facilitar la entrada: en resolución, dijo que era la gente de más ó de tanto provecho que habia en su hermandad, y que de todo aquello que por su industria se hurtaba llevaban el quinto, como S. M. de los tesoros; y que con todo esto, eran hombres de mucha verdad y muy honrados, y de buena vida y fama, temerosos de Dios y de sus conciencias, que cada dia oían Misa con extraña devoción; y hay dellos tan comedidos, especialmente estos dos que de aquí se van ago-

ra, que se contentan con mucho menos de lo que por nuestros aranceles les toca. Otros dos que hay son palanquines, los cuales, como por momentos mudan casas, saben las entradas y salidas de todas las de la ciudad, y cuáles pueden ser de provecho, y cuáles no.

—Todo me parece de perlas (dijo Rinconete); y querría ser de algún provecho á tan famosa cofradía.

—Siempre favorece el cielo á los buenos deseos,—dijo Monipodio.

Estando en esta plática, llamaron á la puerta; salió Monipodio á ver quién era, y preguntándolo, respondieron:

—Abra voacé, sor Monipodio, que el Repolido soy.

Oyó esta voz Cariharta, y alzando al cielo la suya, dijo:

—No le abra vuesa merced, señor Monipodio; no le abra á ese marinero de Tarpeya, á ese tigre de Ocaña.

No dejó por esto Monipodio de abrir á Repolido, pero viendo la Cariharta que le abria, se levantó corriendo y se entró en la sala de los broqueles, y cerrando tras sí la puerta, desde dentro á grandes voces decía:

—Quitenmelo de delante á ese gesto de por demás, á ese verdugo de inocentes, asombrador de palomas duendas.

Maniferro y Chiquiznaque tenian á Repolido, que en todas maneras queria entrar donde la Cariharta estaba, pero como no le dejaban, decia desde afuera:

—No haya más, enojada mia; por tu vida que te sosiegues, así te veas casada.

—¡Casada yo, malino! (respondió la Cariharta): mira en qué tecla toca; ya quisieras tú que lo fuera contigo, y antes lo seria yo con una notomia de muerte que contigo.

—Ea, boba (replicó Repolido), acabemos ya, que es tarde, y mire no se ensanche por verme hablar tan manso y venir tan rendido; porque, vive el dador, si se me sube la cólera al campanario, que sea peor la recaida que la caida: humillese, y humillemonos todos, y no demos de comer al diablo.

—Y aun de cenar le daria yo (dijo la Cariharta) porque te llevase donde nunca más mis ojos te viesen.

—¿No os digo yo? (dijo Repolido); por Dios, que voy oliendo, señora trin-

quete, que lo tengo de echar todo á doce, aunque nunca se venda.

A esto dijo Monipodio:

—En mi presencia no ha de haber demasías; la Cariharta saldrá, no por amenazas, sino por amor mío, y todo se hará bien; que las riñas entre los que bien se quieren son causa de mayor gusto cuando se hacen las paces. ¡Ah Juliana, ah niña, ah Cariharta mía! Sal acá fuera, por mi amor; que yo haré que el Repolido te pida perdón de rodillas.

—Como él eso haga (dijo la Escalanta), todas seremos en su favor y en rogar á Juliana salga acá fuera.

—Si esto ha de ir por vía de rendimiento que güela á menoscabo de la persona (dijo el Repolido), no me rendiré á un ejército formado de esguízaros; mas si es por vía de que la Cariharta gusta dello, no digo yo hincarme de rodillas; pero un clavo me hincaré por la frente en su servicio.

Riyéronse desto Chiquiznaque y Maniferro; de lo cual se enojó tanto el Repolido, pensando que hacían burla dél, que dijo con muestras de infinita cólera:

—Cualquiera que se riere ó se pensare reir de lo que la Cariharta contra mí, ó yo contra ella, hemos dicho ó dijéremos, digo que miente y mentirá todas las veces que se riere ó lo pensare, como ya he dicho.

Miráronse Chiquiznaque y Maniferro de tan mal garbo y talle, que advirtió Monipodio que pararía en un gran mal, si no lo remediaba; y así, poniéndose luego en medio dellos, dijo:

—No pasen más adelante, caballeros; cesen aquí palabras mayores, y deshánganse entre los dientes; y pues las que se han dicho no llegan á la cintura, nadie las tome por sí.

—Bien seguros estamos (respondió Chiquiznaque) que no se dijeron ni se dirán semejantes monitorios por nosotros; que si se hubiera imaginado que se decían, en manos estaba el pandero, que lo supieran bien tañer.

—También tenemos aca pandero, seor Chiquiznaque (replicó el Repolido), y también, si fuere menester, sabremos tocar los cascabeles, y ya he dicho que el que se huelga, miente; y quien otra cosa pensare, sígame, que con un palmo

de espada menos hará el hombre que sea lo dicho dicho.

Y diciendo esto, se iba á salir por la puerta fuera.

Estábalo escuchando la Cariharta . y cuando sintió que se iba enojado, salió diciendo:

—Téngale, no se vaya, que hará de las suyas; ¿no ven que va enojado, y es un Judas Macarelo en esto de la valentía? Vuelve acá, valentón del mundo y de mis ojos. Y cerrando con él, le asió fuertemente de la capa, y acudiendo también Monipodio, le detuvieron.

Chiquiznaque y Maniferro no sabían si enojarse ó si no, y estuviéronse quedos, esperando lo que Repolido haría; el cual, viéndose rogar de la Cariharta y de Monipodio, volvió diciendo:

—Nunca los amigos han de dar enojo á los amigos ni hacer burla de los amigos, y más cuando ven que se enojan los amigos.

—No hay aquí amigo (respondió Maniferro) que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo; y pues todos somos amigos, dense las manos los amigos.

A esto dijo Monipodio:

—Todos voacedes han hablado como buenos amigos, y como tales amigos se den las manos de amigos.

Dieronselas luego; y la Escalanta, quitándose un chapín, comenzó á tañer en él como en un pandero; la Gananciosa tomó una escoba de palma, nueva, que allí se halló acaso, y rasgándola, hizo un son que, aunque ronco y áspero, se concertaba con el del chapín. Monipodio rompió un plato y hizo dos tejoletas, que, puestas entre dos dedos y repicadas con gran ligereza, llevaban el contrapunto al chapín y á la escoba.

Espantáronse Rinconete y Cortadillo de la nueva invención de la escoba, porque hasta entonces nunca la habían visto. Conociólo Maniferro, y díjoles:

—¿Admíranse de la escoba? Pues bien hacen; pues música más presta y más sin pesadumbre ni más barata no se ha inventado en el mundo; y en verdad que oí decir el otro día á un estudiante que ni el Negrofeo que sacó á la Arauz del infierno, ni el Marión que subió sobre el delfín, y salió del mar como si viniera á caballo sobre una mula de alquiler, ni el otro gran músico que hizo una ciudad

que tenía cien puertas y otros tantos postigos, nunca inventaron mejor género de música, tan fácil de deprender, tan mañera de tocar, tan sin trastes, clavijas ni cuerdas, y tan sin necesidad de templarse; y aun voto á tal, que dice que la inventó un galán desta ciudad, que se pica de ser un Héctor en la música.

—Eso creo yo muy bien (respondió Rinconete); pero escuchemos lo que quieren cantar nuestros músicos, que parece que la Gananciosa ha escupido, señal de que quiere cantar.

Y así era la verdad, porque Monipodio le había rogado que cantase algunas seguidillas de las que se usaban; mas la que comenzó primero fué la Escalanta, y con voz sutil y quebradiza cantó lo siguiente:

Por un sevillano, rufo á lo valón,
Tengo socarrado todo el corazón.

Siguió la Gananciosa cantando:

Por un morenico de color verde,
¿Cuál es la fogosa que no se pierde?

Y luego Monipodio, dándose gran priesa al meneo de sus tejoletas, dijo:

Riñen dos amantes, hacese la paz,
Si el enojo es grande, es el gusto más.

No quiso la Cariharta pasar su gusto en silencio, porque tomando otro chapin, se metió en danza, y acompañó á las demás, diciendo:

Detente, enojado, no me azotes más;
Que si bien lo miras, a tus carnes das.

—Cántese á lo llano (dijo á esta sazón Repolido), y no se toquen hestorias pasadas, que no hay para qué; lo pasado sea pasado, y tómese otra vereda, y basta.

Talle llevaban de no acabar tan presto el comenzado cantico, si no sintieran que llamaban á la puerta apriesa, y con ella salió Monipodio á ver quién era, y la centinela le dijo cómo al cabo de la calle había asomado el alcalde de la justicia, y que delante dél venian el Tordillo y el Cernícalo, corchetes neutrales. Oyéronlo los de dentro, y alborotáronse

todos, de manera que la Cariharta y la Escalanta se calzaron sus chapines al revés, dejó la escoba la Gananciosa, Monipodio sus tejoletas, y quedó en turbado silencio toda la música; enmudeció Chiquiznaque, pasmóse el Repolido, y suspendióse Maniferro, y todos, cuál por una y cuál por otra parte, desaparecieron, subiéndose á las azoteas y tejados, para escaparse y pasar por ellos á otra calle.

Nunca disparado arcabuz á deshora ni trueno repentino espantó así á banda de descuidadas palomas, como puso en alboroto y espanto á toda aquella recogida compañía y buena gente la nueva de la venida del alcalde de la justicia; los dos novicios, Rinconete y Cortadillo, no sabían qué hacerse, y estuviéronse quedos, esperando ver en qué paraba aquella repentina borrasca, que no paró en más de volver la centinela á decir que el alcalde se había pasado de largo, sin dar muestras ni resabio de mala sospecha alguna. Y estando diciendo esto á Monipodio, llegó un caballero mozo á la puerta, vestido, como se suele decir, de barrio; Monipodio le entró con-

sigo, y mandó llamar á Chiquiznaque, á Maniferro y al Repolido, y que de los demás no bajase alguno. Como se habían quedado en el patio Rinconete y Cortadillo, pudieron oir toda la plática que pasó Monipodio con el caballero recién venido, el cual dijo á Monipodio que por qué se había hecho tan mal lo que le había encomendado. Monipodio respondió que aún no sabía lo que se había hecho, pero que allí estaba el oficial á cuyo cargo estaba su negocio, y que él daría muy buena cuenta de sí. Bajó en esto Chiquiznaque, y preguntóle Monipodio si había cumplido con la obra que se le encomendó de la cuchillada de á catorce.

—¿Cuál? (respondió Chiquiznaque.) ¿Es la de aquel mercader de la encrucijada?

—Esa es,—dijo el caballero.

—Pues, lo que en eso pasa (respondió Chiquiznaque), es que yo le aguardé anoche á la puerta de su casa, y él vino antes de la oración; lleguéme cerca dél, marquéle el rostro con la vista, y vi que le tenía tan pequeño, que era imposible de toda imposibilidad caber en é

cuchillada de catorce puntos, y hallándome imposibilitado de poder cumplir lo prometido, y de hacer lo que llevaba en mi destruición....

—Instrucción, querrá vuesa merced decir (dijo el caballero), que no destruición.

—Eso quise decir (respondió Chiquiznaque); digo que viendo que en la estrecheza y poca cantidad de aquel rostro no cabían los puntos propuestos, porque no fuese mi ida en balde, di la cuchillada á un lacayo suyo, que á buen seguro que lá pueden poner por mayor de marca.

—Más quisiera (dijo el caballero) que se le hubiera dado al amo una de á siete que al criado lá de catorce. En efecto: conmigo no se ha cumplido como era razón; pero no importa: poca mella me harán los treinta ducados que dejé en señal: beso á vuesas mercedes las manos.

Y diciendo esto se quitó el sombrero y volvió las espaldas para irse; pero Monipodio le asió de la capa de mezcla que traía puesta, diciéndole:

—Voacé se detenga, y cumpla su palabra, pues nosotros hemos cumplido la

nuestra con mucha honra y con mucha ventaja; veinte ducados faltan, y no ha de salir de aquí voacé sin darlos, ó prendas que lo valgan.

—Pues ¿esto llama vuesa merced cumplimiento de palabra (respondió el caballero), dar la cuchillada al mozo, habiéndose de dar al amo?

—¡Qué bien está en la cuenta el señor! (dijo Chiquiznaque.) Bien parece que no se acuerda de aquel refrán que dice: «*Quien bien quiere á Beltrán, bien quiere á su can.*»

—Pues ¿en qué modo puede venir aquí á propósito ese refrán?—replicó el caballero.

—¿Pues no es lo mismo (prosiguió Chiquiznaque) decir: «*Quien mal quiere á Beltrán, mal quiere á su can?*» Y así, Beltrán es el mercader, voacé le quiere mal, su lacayo es su can, y dando al can, se da á Beltrán, y la deuda queda líquida, y trae aparejada ejecución; por eso no hay más sino pagar luego, sin apercibimiento de remate.

—Eso juro yo bien (añadió Monipodio), y de la boca me quitaste, Chiquiznaque amigo, todo cuanto aquí has di-

cho; y así voacé, señor galán, no se meta en puntillos con sus servidores y amigos, sino tome mi consejo y pague luego lo trabajado, y si fuere servido que se le dé otra al amo, de la cantidad que pueda llevar su rostro, haga cuenta que ya se la están curando.

—Como eso sea (respondió el galán), de muy entera voluntad y gana pagaré la una y la otra por entero.

—No dude en esto (dijo Monipodio), más que en ser cristiano; que Chiquiznaque se la dará pintiparada, de manera que parezca que allí se le nació.

—Pues con esa seguridad y promesa (respondió el caballero), recíbase esta cadena en prenda de los veinte ducados atrasados y de cuarenta que ofrezco por la venidera cuchillada; pesa mil reales, y podría ser que se quedase rematada, porque traigo entre ojos que serán menester otros catorce puntos antes de mucho.

Quitóse en esto una cadena de vueltas menudas del cuello, y diósela á Monipodio, que al tocar y al peso bien vió que no era de alquimia. Monipodio la recibió con mucho contento y corte-

sia, porque era en extremo bien criado, la ejecución quedó á cargo de Chiquiznaque, que sólo tomó término de aquella noche. Fuése muy satisfecho el caballero, y luego Monipodio llamó á todos los ausentes y azorados: bajaron todos, y poniéndose Monipodio en medio dellos, sacó un libro de memoria que traia en la capilla de la capa, y diósele á Rinconete que leyese, porque él no sabía leer. Abrióle Rinconete, y en la primera hoja vió que decia:

MEMORIAL DE LAS CUCHILLADAS QUE SE HAN DE DAR ESTA SEMANA.

La primera al mercader de la Encrucijada; vale cincuenta escudos; están recebidos treinta á buena cuenta. Secutor, Chiquiznaque.

—No creo que hay otra, hijo (dijo Monipodio); pasa adelante, y mira donde dice: *Memorial de palos.*

Volvió la hoja Rinconete, y vió que en otra estaba escrito: *Memorial de palos.* Y más abajo decia:

Al bodegonero de la Alfalfa doce palos de mayor cuantia, á escudo cada uno; es-

tán dados á buena cuenta ocho; el término seis días. Secutor, Maniferro.

—Bien podía borrarse esa partida (dijo Maniferro), porque esta noche traeré finiquito della.

—¿Hay más, hijo?—dijo Monipodio.

—Sí, otra (respondió Rinconete), que dice así:

Al sastre corcovado, que por mal nombre se llama el Silguero, seis palos de mayor cuantía, á pedimiento de la dama que dejó la gargantilla. Secutor, el Desmochado.

—Maravillado estoy (dijo Monipodio), cómo todavía está esa partida en ser; sin duda alguna debe de estar mal dispuesto el Desmochado, pues son dos días pasados del término, y no ha dado puntada en esta obra.

—Yo le topé ayer (dijo Maniferro), y me dijo que por haber estado retirado por enfermo el Corcovado, no había cumplido con su débito.

—Eso creo yo bien (dijo Monipodio), porque tengo por tan buen oficial al Desmochado, que si no fuera por tan justo impedimento, ya él hubiera dado cabo con mayores empresas. ¿Hay más, mocito?

—No, señor,—respondió Rinconete.

—Pues pasad adelante (dijo Monipodio), y mirad donde dice : *Memorial de agravios comunes.*

Pasó adelante Rinconete, y en otra hoja halló escrito :

Memorial de agravios comunes ; conviene á saber : redomazos, untos de miera, clavazón de sambenitos y cuernos, matracas, espantos, alborotos y cuchilladas fingidas, publicación de nibelos, etc.

—¿Qué dice más abajo?—dijo Monipodio.

—Dice (dijo Rinconete), *unto de miera en la casa....*

—No se lea la casa, que ya yo sé dónde es (respondió Monipodio), y yo soy el *tuautem* y esecutor de esa niñería, y están dados á buena cuenta cuatro escudos, y el principal es ocho.

—Así es la verdad (dijo Rinconete), que todo eso está aquí escrito ; y aún más abajo dice : *clavazón de cuernos.*

—Tampoco se lea (dijo Monipodio) la casa, ni á dónde ; que basta que se les haga el agravio sin que se diga en público, que es gran cargo de conciencia; á lo menos más querría yo clavar cien cuernos y otros tantos sambenitos, como

se me pagase mi trabajo, que decillo sola una vez, aunque fuese á la madre que me parió.

—El esecutor desto es (dijo Rinconete) el Narigueta.

—Ya está eso hecho y pagado (dijo Monipodio); mirad si hay más, que, si mal no me acuerdo, ha de haber ahí un espanto de veinte escudos; está dada la mitad, y el esecutor es la comunidad toda, y el término es todo el mes en que estamos, y cumpliráse al pie de la letra, sin que falte una tilde, y será una de las mejores cosas que hayan sucedido en esta ciudad de muchos tiempos á esta parte. Dadme el libro, mancebo, que yo sé que no hay más, y sé también que anda muy flaco el oficio; pero tras este tiempo vendrá otro, y habrá que hacer más de lo que quisiéremos, que no se mueve la hoja sin la voluntad de Dios, y no hemos de hacer nosotros que se vengue nadie por fuerza; cuanto más, que cada uno en su causa suele ser valiente, y no quiere pagar las hechuras de la obra que él se puede hacer por sus manos.

—Así es (dijo á esto el Repolido); pero

mire vuesa merced, señor Monipodio, lo que nos ordena y manda; que se va haciendo tarde, y va entrando el calor más que de paso.

—Lo que se ha de hacer (respondió Monipodio), es que todos se vayan á sus puestos, y nadie se mude hasta el domingo, que nos juntaremos en este mismo lugar, y se repartirá todo lo que hubiere caído sin agraviar á nadie. A Rinconete el bueno y á Cortadillo se les da por distrito, hasta el domingo, desde la torre del Oro, por de fuera de la ciudad, hasta el postigo del Alcázar, donde se puede trabajar á sentadillas con sus flores; que yo he visto a otros de menos habilidad que ellos salir cada día con más de veinte reales en menudos, amén de la plata, con una baraja sola, y esa con cuatro naipes menos. Este distrito os enseñará Ganchoso; y aunque os extendáis hasta San Sebastián y Santelmo, importa poco, puesto que es justicia mera mista que nadie se entre en pertenencia de nadie.

Besáronle la mano los dos por la merced, y ofrecieronse a hacer su oficio con toda diligencia y recato.

Sacó en esto Monipodio un papel doblado de la capilla de la capa, donde estaba la lista de los cofrades, y dijo á Rinconete que pusiese allí su nombre y el de Cortadillo; mas porque no habia tintero le dió el papel para que lo llevase, y en el primer boticario los escribiese, poniendo: «Rinconete y Cortadillo, cofrades; noviciado, ninguno: Rinconete, floreo; Cortadillo, bajón;» y el día, mes y año, callando padres y patria.—Estando en esto, entró uno de los viejos avispones, y dijo:

—Vengo á decir á vuesas mercedes cómo agora topé en Gradas á Lobillo el de Málaga, y díceme que viene mejorado en su arte de tal manera, que con naipe limpio quitará el dinero al mismo Satanás, y que por venir maltratado no viene luego á registrarse y á dar la solita obediencia; pero que el domingo será aquí sin falta.

—Siempre se me asentó á mí (dijo Monipodio) que este Lobillo había de ser único en su arte, porque tiene las mejores y más acomodadas manos para ello, que se pueden desear; que para ser uno buen oficial en su oficio, tanto ha

menester los buenos instrumentos con que le ejercita, como el ingenio con que le aprende.

—También topé (dijo el viejo) en una casa de posadas en la calle de Tintores al judío, en hábito de clérigo, que se ha ido á posar allí por tener noticia que dos peruleros viven en la misma casa, y querría ver si pudiese trabar juego con ellos, aunque fuese de poca cantidad, que de allí podría venir á mucha; dice también que el domingo no faltará de la junta, y dará cuenta de su persona.

—Ese judío también (dijo Monipodio) es gran sacre y tiene gran conocimiento: días ha que no le he visto, y no lo hace bien; pues á fe que si no se enmienda, que yo le deshaga la corona, que no tiene más órdenes el ladrón que las que tiene el turco, ni sabe más latín que mi madre. ¿Hay más de nuevo?

—No (dijo el viejo), á lo menos que yo sepa.

—Pues sea en buena hora (dijo Monipodio); voacedes tomen esta miseria (y repartió entre todos hasta cuarenta reales), y el domingo no falte nadie, que no faltará nada de lo corrido.

Todos le volvieron las gracias; tornáronse á abrazar Repolido y Cariharta, la Escalanta con Maniferro, y la Gananciosa con Chiquiznaque, concertando que aquella noche, después de haber alzado de obra en la casa, se viesen en la de la Pipota, donde también dijo que iría Monipodio al registro de la canasta de colar, y que luego había de ir á cumplir y borrar la partida de la miera. Abrazó á Rinconete y á Cortadillo, y echándoles su bendición los despidió encargándoles que no tuviesen jamás posada cierta, ni de asiento, porque así convenía á la salud de todos. Acompañólos Ganchoso hasta enseñarles sus puestos, acordándoles que no faltasen el domingo, porque, á lo que creía y pensaba, Monipodio había de leer una lición de oposición cerca de las cosas concernientes á su arte. Con esto, se fué, dejando á los dos compañeros, admirados de lo que habían visto.

Era Rinconete, aunque muchacho, de muy buen entendimiento, y tenía un buen natural, y como había andado con su padre en el ejercicio de las bulas, sabía algo de buen lenguaje, y dábale gran

risa pensar en los vocablos que habia oido á Monipodio y á los demás de su compañía y bendita comunidad: y más cuando, por decir *per modum suffragii*, habia dicho por modo de naufragio: y que *sacaban el estupendo*, por decir estipendio, de lo que se garbeaba: y cuando la Cariharta dijo que era Repolido como un marinero de *Tarpeya* y un tigre de *Ocaña*, por decir Hircania, con otras mil impertinencias; especialmente le cayó en gracia cuando dijo que el trabajo que habia pasado en ganar los veinticuatro reales, lo recibiese el cielo en descuento de sus pecados; y sobre todo le admiraba la seguridad que tenian y la confianza de irse al cielo con no faltar á sus devociones, estando tan llenos de hurtos y de homicidios y ofensas de Dios: y reiase de la otra buena vieja de la Pipota, que dejaba la canasta de colar hurtada, guardada en su casa, y se iba á poner las candelillas de cera á las imágenes, y con ello pensaba irse al cielo calzada y vestida. No menos le suspendía la obediencia y respeto que todos tenian a Monipodio, siendo un hombre barbaro, rustico y desalmado; consideraba lo que

había leído en su libro de memoria . y los ejercicios en que todos se ocupaban; finalmente, exageraba cuán descuidada justicia había en aquella tan famosa ciudad de Sevilla, pues casi al descubierto vivía en ella gente tan perniciosa y tan contraria á la misma naturaleza; y propuso en sí de aconsejar á su compañero no durase mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta y tan libre y disoluta; pero, con todo esto, llevado de sus pocos años y de su poca experiencia, pasó con ella adelante algunos meses, en los cuales le sucedieron cosas que piden más luenga escritura, y así se deja para otra ocasión contar su vida y milagros, con los de su maestro Monipodio, y otros sucesos de aquellos de la infame academia, que todos serán de grande consideración, y que podrán servir de ejemplo y aviso á los que los leyeren.

EL CELOSO EXTREMEÑO

EL CELOSO EXTREMEÑO

No ha muchos años que de un lugar de Extremadura salió un hidalgo, nacido de padres nobles, el cual, como un otro pródigo, por diversas partes de España, Italia y Flandes anduvo gastando, así los años como la hacienda; y al fin de muchas peregrinaciones (muertos ya sus

padres y gastado su patrimonio), vino á parar á la gran ciudad de Sevilla, donde halló ocasión muy bastante para acabar de consumir lo poco que le quedaba. Viéndose, pues, tan falto de dineros, y aun no con muchos amigos, se acogió al remedio á que otros muchos perdidos en aquella ciudad se acogen, que es el pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvo-conducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores (á quien llaman ciertos los peritos en el arte), añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos. En fin: llegado el tiempo en que una flota partía para Tierrafirme, acomodándose con el almirante della, aderezó su matalotaje y su mortaja de esparto, y embarcándose en Cádiz, echando la bendición á España, zarpó la flota, y con general alegría dieron las velas al viento, que blando y próspero soplaba, el cual en pocas horas les encubrió la tierra, y les descubrió las anchas y espaciosas llanuras del gran padre de las aguas, el mar Océano.

Iba nuestro pasajero pensativo, revol-

viendo en su memoria los muchos y diversos peligros que en los años de su peregrinación había pasado, y el mal gobierno que en todo el discurso de su vida había tenido; y sacaba de la cuenta que á sí mismo se iba tomando, una firme resolución de mudar manera de vida, y de tener otro estilo en guardar la hacienda que Dios fuese servido de darle, y de proceder con más recato que hasta allí con las mujeres. La flota estaba como en calma cuando pasaba consigo esta tormenta Felipe de Carrizales, que este es el nombre del que ha dado materia á nuestra novela. Tornó á soplar el viento, impeliendo con tanta fuerza los navíos, que no dejó á nadie en sus asientos; y así le fué forzoso á Carrizales dejar sus imaginaciones, y dejarse llevar de solos los cuidados que el viaje le ofrecía, el cual fué tan próspero, que sin recibir algún revés ni contraste, llegaron al puerto de Cartagena. Y por concluir con todo lo que no hace á nuestro propósito, digo que la edad que tenía Felipe, cuando pasó á las Indias, sería de cuarenta y ocho años, y en veinte que en ellas estuvo, ayudado de su industria y dili-

gencia, alcanzó á tener mas de ciento y cincuenta mil pesos ensayados.

Viéndose pues rico y próspero, tocado del natural deseo que todos tienen de volver á su patria, pospuestos grandes intereses que se le ofrecian, dejando el Perú, donde habia granjeado tanta hacienda, trayéndola toda en barras de oro y plata, y registrada, por quitar inconvenientes, se volvió á España: desembarcó en Sanlúcar; llegó á Sevilla tan lleno de años como de riquezas, sacó sus partidas sin zozobras; buscó sus amigos; hallólos todos muertos, quiso partirse á su tierra, aunque ya habia tenido nuevas que ningún pariente le habia dejado la muerte, y si cuando iba á Indias pobre y menesteroso le iban combatiendo muchos pensamientos, sin dejarle sosegar un punto en mitad de las ondas del mar, no menos ahora en el sosiego de la tierra le combatian, aunque por diferente causa, que si entonces no dormia por pobre, ahora no podia sosegar de rico: que tan pesada carga es la riqueza al que no está usado á tenerla ni sabe usar della, como lo es la pobreza al que continuo la tiene. Cuidados

acarrea el oro, y cuidados la falta dél; pero los unos se remedian con alcanzar alguna mediana cantidad, y los otros se aumentan mientras más parte se alcanza.

Contemplaba Carrizales en sus barras, no por miserable, porque en algunos años que fué soldado aprendió á ser liberal, sino en lo que había de hacer dellas, á causa que tenerlas en ser era cosa infructuosa, y tenerlas en casa, cebo para los codiciosos y despertador para los ladrones. Habíase muerto en él la gana de volver al inquieto trato de las mercancías, y parecíale que, conforme á los años que tenía, le sobraban dineros para pasar la vida, y quisiera pasarla en su tierra, y dar en ella su hacienda á tributo, pasando en ella los años de su vejez en quietud y sosiego, dando á Dios lo que podía, pues había dado al mundo más de lo que debía. Por otra parte, consideraba que la estrecheza de su patria era mucha, y la gente muy pobre, y que al irse á vivir á ella era ponerse por blanco de todas las importunidades que los pobres suelen dar al rico que tienen por vecino, y más cuando no hay otro en el lugar á quien acudir con sus

miserias. Quisiera tener á quién dejar sus bienes después de sus días, y con este deseo tomaba el pulso á su fortaleza, y pareciale que aún podía llevar la carga del matrimonio, y en viniéndole este pensamiento, le sobresaltaba un tan gran miedo, que así se le desbarataba y deshacía, como hace á la niebla el viento, porque de su natural condición era el más celoso hombre del mundo, aun sin estar casado, pues con sólo la imaginación de serlo, le comenzaban á ofender los celos, á fatigar las sospechas y á sobresaltar las imaginaciones, y esto con tanta eficacia y vehemencia, que de todo en todo propuso de no casarse.

Y estando resuelto en esto, y no lo estando en lo que había de hacer de su vida, quiso su suerte que pasando un día por una calle, alzase los ojos y viese a una ventana puesta una doncella, al parecer de edad de trece á catorce años, de tan agradable rostro y de tanta hermosura, que sin ser poderoso para defenderse, el buen viejo Carrizales rindió la flaqueza de sus muchos años á los pocos de Leonora, que así era el nombre de la hermosa doncella; y luego, sin más

detenerse, comenzó á hacer un gran montón de discursos, y hablando consigo mismo decía:

—Esta muchacha es hermosa, y á lo que muestra la presencia desta casa, no debe de ser rica: ella es niña, sus pocos años pueden asegurar mis sospechas. Casarme he con ella; encerraréla, haréla á mis mañas, y con esto no tendrá otra condición que aquella que yo le enseñare: y no soy tan viejo, que pueda perder la esperanza de tener hijos que me hereden. De que tenga dote ó no, no hay para qué hacer caso, pues el cielo me dió para todo, y los ricos no han de buscar en sus matrimonios hacienda, sino gusto; que el gusto alarga la vida, y los disgustos entre los casados la acortan. Alto, pues; echada está la suerte, y ésta es la que el cielo quiere que yo tenga.

Y así, hecho este soliloquio, no una vez, sino ciento, al cabo de algunos días habló con los padres de Leonora, y supo cómo, aunque pobres, eran nobles, y dándoles cuenta de su intención y de la calidad de su persona y hacienda, les rogó muy encarecidamente le diesen por

mujer a su hija. Ellos le pidieron tiempo para informarse de lo que decía, y que él también le tendria para enterarse ser verdad lo que de su nobleza le habían dicho. Despidiéronse, informáronse las partes, y hallaron ser así lo que entrambos dijeron, y finalmente, Leonora quedó por esposa de Carrizales, habiéndola dotado primero en veinte mil ducados: tal estaba de abrasado el pecho del celoso viejo, el cual, apenas dió el sí de esposo, cuando de golpe le embistió un tropel de rabiosos celos, y comenzó, sin causa alguna, á temblar y á tener mayores cuidados que jamás había tenido. Y la primera muestra que dió de su condición celosa, fué no querer que sastre alguno tomase la medida á su esposa de los muchos vestidos que pensaba hacerle; y así, anduvo mirando cuál otra mujer tendría, poco más ó menos, el talle y cuerpo de Leonora, y halló una pobre, á cuya medida hizo hacer una ropa, y probándosela su esposa, halló que le venía bien, y por aquella medida hizo los demás vestidos, que fueron tantos y tan ricos, que los padres de la desposada se tuvieron por más que dichosos en ha-

ber acertado con tan buen yerno para remedio suyo y de su hija. La niña estaba asombrada de ver tantas galas, á causa que las que ella en su vida se había puesto no pasaban de una saya de raja y una ropilla de tafetán.

La segunda señal que dió Felipe, fué no querer juntarse con su esposa hasta tenerla puesta casa aparte, la cual aderezó en esta forma: compró una en doce mil ducados, en un barrio principal de la ciudad, que tenía agua de pie y jardín con muchos naranjos; cerró todas las ventanas que miraban á la calle, y dióles vista al cielo, y lo mismo hizo de todas las otras de casa; en el portal de la calle, que en Sevilla llaman casapuerta, hizo una caballeriza para una mula, y encima della un pajar y apartamiento, donde estuviese el que había de curar della, que fué un negro viejo y eunuco. Levantó las paredes de las azoteas de tal manera, que el que entraba en la casa había de mirar al cielo por línea recta, sin que pudiese ver otra cosa; hizo torno, que de la casapuerta respondía al patio; compró un rico menaje para adornar la casa, de modo que por tapicerías,

estrados y doseles ricos, mostraba ser de un gran señor; compró asimismo cuatro esclavas blancas, y herrólas en el rostro, y otras dos negras bozales; concertóse con un despensero que le trujese y comprase de comer, con condición que no durmiese en casa ni entrase en ella, sino hasta el torno, por el cual había de dar lo que trujese. Hecho esto, dió parte de su hacienda á censo, situada en diversas y buenas partes; otra puso en el Banco, y quedóse con alguna para lo que se le ofreciese; hizo asimismo llave maestra para toda la casa, y encerró en ella todo lo que suele comprarse en junto y en sus sazones para la provisión de todo el año; y teniéndolo todo así aderezado y compuesto, se fué á casa de sus suegros, y pidió á su mujer, que se la entregaron, no con pocas lágrimas, porque les pareció que la llevaban á la sepultura.

La tierna Leonora aún no sabía lo que le había acontecido, y así, llorando con sus padres, les pidió su bendición, y despidiéndose dellos, rodeada de sus esclavas y criadas, asida de la mano de su marido, se vino á su casa, y entrando

en ella, les hizo Carrizales un sermón á todas, encargándoles la guarda de Leonora, y que por ninguna vía ni ningún modo dejasen entrar á nadie de la segunda puerta adentro, aunque fuese el negro eunuco; y á quien más encargó la guarda y regalo de Leonora, fué á una dueña de mucha prudencia y gravedad, que recibió como para aya de Leonora y para que fuese superintendente de todo lo que en la casa se hiciese, y para que mandase á las esclavas y á otras dos doncellas de la misma edad de Leonora, que para que se entretuviese con las de sus mismos años asimismo había recibido. Prometióles que las trataría y regalaría á todas de manera que no sintiesen su encerramiento, y que los días de fiesta todos, sin faltar ninguno, irian á oir Misa, pero tan de mañana, que apenas tuviese la luz lugar de verlas. Prometiéronle las criadas y esclavas de hacer todo aquello que les mandaba, sin pesadumbre, con pronta voluntad y buen ánimo; y la nueva esposa, encogiendo los hombros, bajó la cabeza. y dijo que ella no tenía otra voluntad que la de su esposo y señor, á quien estaba siempre obediente.

Hecha esta prevención, y recogido el buen extremeño en su casa, comenzó á gozar como pudo los frutos del matrimonio, los cuales á Leonora, como no tenía experiencia de otros, ni eran gustosos ni desabridos; y así pasaba el tiempo con su dueña, doncellas y esclavas, y ellas, por pasarle mejor, dieron en ser golosas, y pocos días se pasaban sin hacer mil cosas, á quien la miel y el azúcar hacen sabrosas. Sobrábales para esto en grande abundancia lo que habían menester, y no menos sobraba en su amo la voluntad de dárselo, pareciéndole que con ello las tenía entretenidas y ocupadas, sin tener lugar donde ponerse á pensar en su encerramiento. Leonora andaba á lo igual con sus criadas, y se entretenía en lo mismo que ellas, y aun dió con su simplicidad en hacer muñecas y en otras niñerías, que mostraban la llaneza de su condición y la terneza de sus años; todo lo cual era de grandísima satisfacción para el celoso marido, pareciéndole que había acertado á escoger la vida mejor que se la supo imaginar, y que por ninguna vía la industria ni la malicia humana podía per-

turbar su sosiego; y así sólo se desvelaba en traer regalos á su esposa y en acordarle le pidiese todos cuantos le viniesen al pensamiento, que de todos sería servida.

Los días que iba á Misa, que, como está dicho, era entre dos luces, venían sus padres, y en la iglesia hablaban á su hija delante de su marido, el cual les daba tantas dádivas, que aunque tenían lástima de su hija por la estrechez en que vivía, la templaban con las muchas dádivas que Carrizales, su liberal yerno, les daba. Levantábase de mañana, y aguardaba á que el despensero viniese, á quien de la noche antes, por una cédula que ponían en el torno, le avisaban lo que había de traer otro día, y en viniendo el despensero, salía de casa Carrizales, las más veces á pie, dejando cerradas las dos puertas, la de la calle y la de en medio, y entre las dos quedaba el negro. Ibase á sus negocios, que eran pocos, y con brevedad daba la vuelta, y encerrándose, se entretenía en regalar á su esposa y acariciar á sus criadas, que todas le querían bien, por ser de condición llana y agradable, y, sobre todo

por mostrarse tan liberal con todas. Desta manera pasaron un año de noviciado, y hicieron profesión en aquella vida, determinándose de llevarla hasta el fin de las suyas; y así fuera, si el sagaz perturbador del género humano no lo estorbara, como ahora oiréis.

Dígame ahora el que se tuviere por más discreto y recatado, qué más prevenciones para su seguridad podía haber hecho el anciano Felipe, pues aun no consintió que dentro de su casa hubiese algún animal que fuese varón. A los ratones della jamás los persiguió gato, ni en ella se oyó ladrido de perro; de día pensaba y de noche no dormía; él era la ronda y centinela de su casa, y el Argos de lo que bien quería; jamás entró hombre de la puerta adentro del patio; con sus amigos negociaba en la calle; las figuras de los paños que sus salas y cuadros adornaban, todas eran hembras, flores y boscajes. Toda su casa olía á honestidad, recogimiento y recato; aun hasta en las consejas que en las largas nóches del invierno en la chimenea sus criadas contaban, por estar él presente, en ninguna ningún género de lascivia se

descubría. La plata de las canas del viejo á los ojos de la honesta y recatada Leonora parecían cabellos de oro puro, porque el amor primero que las doncellas tienen se les imprime en el alma, como el sello en la cera. Su demasiada guarda le parecía advertido recato; pensaba y creía que lo que ella pasaba, pasaban todas las recién casadas. No se desmandaban sus pensamientos á salir de las paredes de su casa, ni su voluntad deseaba otra cosa más de aquella que la de su marido quería; solo los días que iba á Misa veía las calles, y esto era tan de mañana, que si no era al volver de la iglesia, no había luz para mirallas. No se vió monasterio tan cerrado, ni monjas más recogidas, ni manzanas de oro tan guardadas; y con todo esto, no pudo en ninguna manera prevenir ni excusar de caer en lo que recelaba; á lo menos en pensar que había caído.

Hay en Sevilla un género de gente ociosa y holgazana, á quien comúnmente suelen llamar gente de barrio; éstos son los hijos de vecino de cada collación y de los más ricos della, gente baldía, atildada y meliflua, de la cual, y de su

traje y manera de vivir, de su condicion y de las leyes que guardan entre sí, habia mucho que decir, pero por buenos respetos se deja. Uno destos galanes, pues, que entre ellos es llamado virote, mozo soltero (que á los recién casados llaman mantones), acertó á mirar la casa del recatado Carrizales, y viéndola siempre cerrada, le tomó gana de saber quién vivia dentro, y con tanto ahinco y curiosidad hizo la diligencia, que de todo en todo vino á saber lo que deseaba Supo la condicion del viejo, la hermosura de su esposa, y el modo que tenia en guardarla; todo lo cual le encendió el deseo de ver si sería posible expugnar por fuerza ó por industria fortaleza tan guardada; y comunicándolo con dos virotes y un mantón, sus conocidos y particulares amigos, acordaron que se pusiese por obra, que nunca para tales obras faltan consejeros y ayudadores.

Dificultaban el modo que se tendria para intentar tan dificultosa hazaña, y habiendo entrado en bureo muchas veces, convinieron en esto: que fingiendo Loaysa, que así se llamaba el virote, que iba fuera de la ciudad por algunos dias,

se quitase de los ojos de sus amigos, como lo hizo; y hecho esto, se puso unos calzones de lienzo limpio y camisa limpia, pero encima se puso unos vestidos tan rotos y remendados, que ningún pobre en toda la ciudad los traía tan astrosos; quitóse un poco de barba que tenía, cubrióse un ojo con un parche, vendóse una pierna estrechamente, y arrimándose á dos muletas, se convirtió en un pobre tullido, tal, que el más verdadero estropeado no se le igualaba.

Con este talle se ponía cada noche, á la oración, á la puerta de la casa de Carrizales, que ya estaba cerrada, quedando el negro, que Luís se llamaba, cerrado entre las dos puertas. Puesto allí Loaysa, sacaba una guitarrilla algo grasienta y falta de algunas cuerdas, y como él era algo músico, comenzaba á tañer algunos sones alegres y regocijados, mudando la voz, por no ser conocido. Con esto se daba priesa á cantar romances de moros y moras á la loquesca, con tanta gracia, que cuantos pasaban por la calle se ponían á escucharle, y siempre, en tanto que cantaba, estaba rodeado de muchachos; y Luís el ne-

gro, poniendo los oídos por entre las dos puertas, estaba colgado de la música del virote, y diera un brazo por poder abrir la puerta y escucharle más á su placer tal es la inclinación que los negros tienen á ser músicos. Y cuando Loaysa quería que los que le escuchaban le dejasen, dejaba de cantar, y recogía su guitarra, y acogiéndose á sus muletas, se iba.

Cuatro ó cinco veces había dado música al negro (que por solo él la daba), pareciéndole que por donde se había de comenzar á desmoronar aquel edificio, había y debía ser por el negro; y no le salió vano su pensamiento, porque llegándose una noche, como solía, á la puerta, comenzó á templar su guitarra, y sintió que el negro estaba ya atento, y llegándose al quicio de la puerta, con voz baja dijo:

—¿Será posible, Luís, darme un poco de agua, que perezco de sed, y no puedo cantar?

—No (dijo el negro), porque no tengo la llave desta puerta, ni hay agujero por donde pueda dárosla.

—Pues ¿quién tiene la llave?—preguntó Loaysa.

—Mi amo (respondió el negro), que es el más celoso hombre del mundo; y si él supiese que yo estoy ahora aquí hablando con nadie, no sería más mi vida; pero ¿quién sois vos, que me pedís el agua?

—Yo (respondió Loaysa), soy un pobre estropeado de una pierna, que gano mi vida pidiendo por Dios á la buena gente, y juntamente con esto, enseño á tañer á algunos morenos y á otra gente pobre, y ya tengo tres negros, esclavos de tres veinticuatros, á quien he enseñado de modo, que puedan cantar y tañer en cualquier baile y en cualquier taberna, y me lo han pagado muy rebién.

—Harto mejor os lo pagara yo (dijo Luís), á tener lugar de tomar lición; pero no es posible, á causa que mi amo, en saliendo por la mañana, cierra la puerta de la calle, y cuando vuelve hace lo mismo, dejándome emparedado entre dos puertas.

—Por Dios, Luís (replicó Loaysa, quien ya sabía el nombre del negro), que si vos diésedes traza á que yo entrase algunas noches á daros lición, en menos de quince días os sacaría tan

diestro en la guitarra, que pudiésedes tañer sin vergüenza alguna en cualquiera esquina; porque os hago saber que tengo grandísima gracia en el enseñar, y más que he oído decir que vos tenéis muy buena habilidad, y á lo que siento y puedo juzgar por el órgano de la voz, que es atiplada, debéis de cantar muy bien.

—No canto mal (respondió el negro); pero ¿qué aprovecha? pues no sé tonada alguna, si no es la de la Estrella de Venus y la de

Por un verde prado,

Y aquella que ahora se usa, que dice:

A los hierros de una reja
La turbada mano asida.

—Todas esas son aire (dijo Loaysa) para las que yo os podría enseñar; porque sé todas las del moro Abindarraez, con las de su dama Jarifa, y todas las que se cantan de la historia del gran Sofi Tomunibeyo, con las de la zarabanda á lo divino, que son tales, que ha-

cen pasmar á los mismos portugueses; y esto enseño con tales modos y con tanta facilidad, que aunque no os déis priesa á aprender, apenas habréis comido tres ó cuatro moyos de sal, cuando ya os veáis músico corriente y moliente en todo género de guitarra.

A esto suspiró el negro, y dijo:

—¿Qué aprovecha todo eso, si no sé cómo meteros en casa?

—Buen remedio (dijo Loaysa); procurad vos tomar las llaves á vuestro amo, y yo os daré un pedazo de cera, donde las imprimiréis de manera que queden señaladas las guardas en la cera: que por la afición que os he tomado, yo haré que un cerrajero, amigo mio, haga las llaves, y así podré entrar dentro de noche, y enseñaros mejor que al Preste Juan de las Indias; porque veo ser gran lástima que se pierda una tal voz como la vuestra, faltándole el arrimo de la guitarra; que quiero que sepáis, hermano Luís, que la mejor voz del mundo pierde de sus quilates cuando no se acompaña con el instrumento, ora sea de guitarra ó clavicímbano, de órganos ó de arpa: pero el que más á vuestra

voz le conviene es el instrumento de la guitarra, por ser el más mañero y menos costoso de los instrumentos.

—Bien me parece eso (replicó el negro); pero no puede ser, pues jamás entran las llaves en mi poder, ni mi amo las suelta de la mano de día; y de noche duermen debajo de su almohada.

—Pues haced otra cosa, Luis (dijo Loaysa), si es que tenéis ganas de ser músico consumado; que si no la tenéis, no hay para qué cansarme en aconsejaros.

—Y ¿cómo si tengo gana? (replicó Luis); y tanta, que ninguna cosa dejaré de hacer, como sea posible salir con ella, á trueco de salir con ser músico.

—Pues ansí es (dijo el virote), yo os daré por entre estas puertas, haciendo vos lugar, quitando alguna tierra del quicio; digo que os daré unas tenazas y un martillo, con que podáis de noche quitar los clavos de la cerradura de loba con mucha facilidad, y con la misma volveremos á poner la chapa, de modo que no se eche de ver que ha sido desclavada, y estando yo dentro encerrado con vos en vuestro pajar, ó donde dormís, me daré tal priesa á lo que tengo

de hacer, que vos veáis aún más de lo que os he dicho, con aprovechamiento de mi persona y aumento de vuestra suficiencia; y de lo que hubiéremos de comer, no tengáis cuidado, que yo llevaré matalotaje para entrambos y para más de ocho días, que discípulos tengo yo y amigos que no me dejarán mal pasar.

—De la comida (replicó el negro), no habrá que temer; que con la ración que me da mi amo y con los relieves que me dan las esclavas, sobrará comida para otros dos. Venga ese martillo y tenazas que decís, que yo haré por junto á este quicio lugar por donde quepa, y le volveré á cubrir y tapar con barro; que puesto que dé algunos golpes en quitar la chapa, mi amo duerme tan lejos desta puerta, que será milagro ó gran desgracia nuestra si los oye.

—Pues á la mano de Dios (dijo Loaysa), que de aquí á dos días tendréis, Luís, todo lo necesario para poner en ejecución vuestro virtuoso propósito; y advertid en no comer cosas flemosas, porque no hacen ningún provecho, sino mucho daño á la voz.

—Ninguna cosa me enronquece tanto

(respondio el negro) como el vino; pero no me lo quitaré yo por todas cuantas voces tiene el suelo.

—No digo tal (dijo Loaysa), ni Dios tal permita: bebed, hijo Luis, bebed, y buen provecho os haga; que el vino que se bebe con medida jamás fué causa de daño alguno.

—Con medida lo bebo (replicó el negro): aquí tengo un jarro que cabe una azumbre justa y cabal; éste me llenan las esclavas, sin que mi amo lo sepa, y el despensero á solapo me trae una botilla, que también cabe justas dos azumbres, con que se suplen las faltas del jarro.

—Digo (dijo Loaysa) que tal sea mi vida como eso me parece, porque la seca garganta ni gruñe ni canta.

—Andad con Dios (dijo el negro); pero mirad que no dejéis de venir á cantar aquí las noches que tardaredes en traer lo que habéis de hacer para entrar acá dentro; que ya me como los dedos por verlos puestos en la guitarra.

—Y ¡cómo si vendré! (replicó Loaysa); y aun con tonadicas nuevas.

—Eso pido (dijo Luis), y ahora no me

dejéis de cantar algo, porque me vaya á acostar con gusto; y en lo de la paga, entienda el señor pobre que le he de pagar mejor que un rico.

—No reparo en eso (dijo Loaysa), que según yo os enseñare, así me pagaréis; y por ahora escuchad esta tonadilla; que cuando esté dentro veréis milagros.

—Sea en buen hora,—respondió el negro.

Y acabado este largo coloquio, cantó Loaysa un romancito agudo, con que dejó al negro tan contento y satisfecho, que ya no veía la hora de abrir la puerta.

Apenas se quitó Loaysa de la puerta, cuando con más ligereza que el traer de sus muletas prometía, se fué á dar cuenta á sus consejeros de su buen comienzo, adivino del buen fin que por él esperaba. Hallólos, y contó lo que con el negro dejaba concertado, y otro día hallaron los instrumentos, tales, que rompían cualquier clavo como si fuera de palo.

No se descuidó el virote de volver á dar música al negro, ni menos tuvo descuido el negro en hacer el agujero por donde cupiese lo que su maestro le die-

se, cubriéndolo de manera, que á no ser mirado con malicia y sospechosamente, no se podía caer en el agujero. La segunda noche le dió los instrumentos Loaysa, y Luis probó sus fuerzas, y casi sin poner alguna, se halló rompidos los clavos y con la chapa de la cerradura en las manos, abrió la puerta, y recogió dentro á su Orfeo y maestro, y cuando le vió con sus dos muletas y tan andrajoso, y tan fajada su pierna, quedó admirado. No llevaba Loaysa el parche en el ojo, por no ser necesario, y así como entró, abrazó á su buen discípulo, y le besó en el rostro, y luego le puso una gran bota de vino en las manos, y una caja de conserva y otras cosas dulces, de que llevaba unas alforjas bien proveídas; y dejando las muletas, como si no tuviera mal alguno, comenzó á hacer cabriolas, de lo cual se admiró más el negro, á quien Loaysa dijo:

—Sabed, hermano Luis, que mi cojera y estropeamiento no nace de enfermedad, sino de industria, con la cual gano de comer, pidiendo por amor de Dios, y ayudándome della y de mi música, paso la mejor vida del mundo, en el cual to-

dos aquellos que no fuesen industriosos y tracistas morirán de hambre, y esto lo veréis en el discurso de nuestra amistad.

—Ello dirá (respondió el negro); pero demos orden de volver esta chapa á su lugar, de modo que no se eche de ver su mudanza.

—En buen hora,—dijo Loaysa.

Y sacando clavos de sus alforjas, asentaron la cerradura de suerte, que estaba tan bién como de antes; de lo cual quedó contentísimo el negro; y subiéndose Loaysa al aposento que en el pajar tenía el negro, se acomodó lo mejor que pudo. Encendió luego Luís un torzal de cera, y sin más aguardar, sacó su guitarra Loaysa, y tocándola baja y suavemente, suspendió al pobre negro de manera, que estaba fuera de sí escuchándole. Habiendo tocado un poco, sacó de nuevo colación, y dióla á su discípulo, y aunque con dulce, bebió con tan buen talante de la bota, que le dejó más fuera de sentido que la música. Pasado esto, ordenó que luego tomase lición Luís, y como el pobre negro tenía cuatro dedos de vino sobre los sesos, no acertaba traste, y con todo eso, le hizo creer

Loaysa que ya sabia por lo menos dos tonadas, y era lo bueno que el negro se lo creia, y en toda la noche no hizo otra cosa que tañer con la guitarra destemplada y sin las cuerdas necesarias.

Durmieron lo poco que de la noche les quedaba, y á obra de las seis de la mañana bajó Carrizales y abrió la puerta de en medio, y también la de la calle, y estuvo esperando al despensero, el cual vino de allí á un poco, y dando por el torno la comida, se volvió á ir, y llamó al negro que bajase á tomar cebada para la mula y su ración; y en tomándola, se fué el viejo Carrizales, dejando cerradas ambas puertas, sin echar de ver lo que en la de la calle se habia hecho; de que no poco se alegraron maestro y discipulo.

Apenas salió el amo de la casa, cuando el negro arrebató la guitarra, y comenzó á tocar de tal manera, que todas las criadas le oyeron, y por el torno le preguntaron:

—¿Qué es esto, Luís? ¿De cuándo aca tienes tú guitarra, ó quién te la ha dado?

—¿Quién me la ha dado? (respondió Luís); el mejor músico que hay en el mundo y el que me ha de enseñar en

menos de seis días más de seis mil sones.

—Y ¿dónde está ese músico?—preguntó la dueña.

—No está muy lejos de aquí (respondió el negro); y si no fuera por vergüenza y por el temor que tengo á mi señor, quizás os le enseñara luego, y á fe que os holgásedes de verle.

—Y ¿á dónde puede él estar que nosotras le podamos ver (replicó la dueña), si en esta casa jamás entró otro hombre que nuestro dueño?

—Ahora bien (dijo el negro); no os quiero decir nada hasta que veais lo que yo sé y él me ha enseñado en el breve tiempo que he dicho.

—Por cierto (dijo la dueña) que si no es algún demonio el que te ha de enseñar, que yo no sé quién te pueda sacar músico con tanta brevedad.

—Andad (dijo el negro), que lo oiréis y lo veréis algún día.

—No puede ser eso (dijo otra doncella), porque no tenemos ventanas á la calle para poder ver ni oir á nadie.

—Bien está (dijo el negro); que para todo hay remedio, sino para excusar la

muerte; y más si vosotras sabéis ó queréis callar.

—Y ¡cómo que callaremos, hermano Luis! (dijo una de las esclavas), callaremos más que si fuésemos mudas, porque te prometo, amigo, que me muero por oir una buena voz, que después que aquí nos emparedaron, ni aun el canto de los pájaros habemos oido.

Todas estas pláticas estaba escuchando Loaysa con grandísimo contento, pareciéndole que todas se encaminaban á la consecución de su gusto, y que la buena suerte había tomado la mano en guiarlas á la medida de su voluntad. Despidiéronse las criadas con prometerles el negro que cuando menos se pensasen las llamaría á oir una muy buena voz; y con temor que su amo volviese y le hallase hablando con ellas, las dejó, y se recogió á su estancia y clausura. Quisiera tomar lición, pero no se atrevió á tocar de día, porque su amo no le oyese; el cual vino de allí á poco espacio, y cerrando las puertas, según su costumbre, se encerró en casa. Y al dar aquel día de comer por el torno al negro, dijo Luis á una negra que se lo daba, que

aquella noche, después de dormido su amo, bajasen todas al torno á oir la voz que les había prometido, sin falta alguna. Verdad es que antes que dijese esto había pedido con muchos ruegos á su maestro fuese contento de cantar y tañer aquella noche al torno, porque él pudiese cumplir la palabra que había dado de hacer oir á las criadas una voz extremada, asegurándole que sería en extremo regalado de todas ellas. Algo se hizo de rogar el maestro de hacer lo que él más deseaba; pero al fin dijo que haría lo que su buen discípulo pedía, sólo por darle gusto, sin otro interés alguno.

Abrazóle el negro, y dióle un beso en el carrillo en señal del contento que le había causado la merced prometida, y aquel día dió de comer á Loaysa tan bien como si comiera en su casa, y aun quizá mejor, pues pudiera ser que en su casa le faltara.

Llegóse la noche, y en la mitad della, ó poco menos, comenzaron á cecear en el torno, y luego entendió Luís que era la cáfila, que había llegado; y llamando á su maestro, bajaron del pajar con la guitarra bien encordada y mejor templa-

da. Pregunto Luis quien y cuántas eran las que escuchaban. Respondiéronle que todas, sino su señora, que quedaba durmiendo con su marido, de que le pesó a Loaysa; pero con todo eso quiso dar principio á su designio y contentar á su discipulo, y tocando mansamente la guitarra, tales sones hizo, que dejó admirado al negro y suspenso el rebaño de las mujeres que le escuchaba.

Pues ¿qué diré de lo que ellas sintieron cuando le oyeron tocar el *Pésame de ello*, y acabar con el endemoniado son de la zarabanda, nuevo entonces en España? No quedó vieja por bailar, ni moza que no se hiciese pedazos, todo á la sorda, con silencio extraño, poniendo centinelas y espias, que avisasen si el viejo despertaba. Cantó asimismo Loaysa coplillas de la *Seguida*, con que acabó de echar el sello al gusto de las escuchantes, que ahincadamente pidieron al negro les dijese quién era tan milagroso músico. El negro les dijo que era un pobre mendigante, el más galán y gentil hombre que había en toda la pobreria de Sevilla. Rogáronle que hiciese de suerte que ellas le viesen, y que no le dejase ir en quince

dias de casa, que ellas le regalarían muy bien y darían cuanto hubiese menester. Preguntáronle qué modo había tenido para meterle en casa. A esto no les respondió palabra; á lo demás dijo que para poderle ver hiciesen un agujero pequeño en el torno, que después lo taparían con cera, y que á lo de tenerle en casa, que él lo procuraría.

Hablólas también Loaysa, ofreciéndoseles á su servicio con tan buenas razones, que ellas echaron de ver que no salían de ingenio de pobre mendigante, rogáronle que otra noche viniese al mismo puesto; que ellas harían con su señora que bajase á escucharle, á pesar del ligero sueño de su señor, cuya ligereza no nacía de sus años, sino de sus muchos celos. A lo cual dijo Loaysa que si ellas gustaban de oirle sin sobresalto del viejo, que él les daría unos polvos que le echasen en el vino, que le harían dormir con pesado sueño mucho más tiempo del ordinario.

—¡Jesús, valme! (dijo una de las doncellas); y si eso fuese verdad, ¡qué buenaventura se nos había entrado por las puertas sin sentillo y sin merecello!

No serian ellos polvos de sueño para él, sino polvos de vida para todas nosotras y para la pobre de mi señora Leonora, su mujer, que no la deja á sol ni á sombra, ni la pierde de vista un solo momento. ¡Ay, señor mio de mi alma! Traiga esos polvos, así Dios le dé todo el bien que desea. Vaya, y no tarde; traígalos, señor mio; que yo me ofrezco á mezclarlos en el vino, y á ser la escanciadora; y pluguiese á Dios que durmiese el viejo tres dias con sus noches, que otros tantos tendriamos nosotras de gloria.

—Pues yo los traeré (dijo Loaysa); y son tales, que no hacen otro mal ni daño á quien los toma, sino es provocarle á sueño pesadísimo.

Todas le rogaron que los trujese con brevedad, y quedando de hacer otra noche con una barrena el agujero en el torno, y de traer á su señora para que le viese y oyese, se despidieron; y el negro, aunque era casi el alba, quiso tomar lición, la cual le dió Loaysa, y le hizo entender que no habia mejor oido que el suyo en cuantos discípulos tenia, y no sabia el pobre negro, ni lo supo jamás, hacer un cruzado.

Tenían los amigos de Loaysa cuidado de venir de noche á escuchar por entre las puertas de la calle, y ver si su amigo les decía algo ó si había menester alguna cosa; y haciendo una señal que dejaron concertada, conoció Loaysa que estaban á la puerta, y por el agujero del quicio les dió breve cuenta del buen término en que estaba su negocio, pidiéndoles encarecidamente buscasen alguna cosa que provocase á sueño, para dárselo á Carrizales; que él había oído decir que había unos polvos para este efeto. Dijéronle que tenían un médico amigo, que les daría el mejor remedio que supiese, si es que le había; y animándole á proseguir la empresa, y prometiéndole de volver la noche siguiente con todo recaudo, apriesa se despidieron.

Vino la noche, y la banda de las palomas acudió al reclamo de la guitarra. Con ellas vino la simple Leonora, temerosa y temblando de que no despertase su marido; que aunque ella, vencida deste temor, no había querido venir, tantas cosas le dijeron sus criadas, especialmente la dueña, de la suavidad de la música, y de la gallarda disposición del

músico pobre (que sin haberle visto, le alababa y le subia sobre Absalón y sobre Orfeo), que la pobre señora, convencida y persuadida dellas, hubo de hacer lo que no tenia ni tuviera jamás en voluntad. Lo primero que hicieron fué barrenar el torno para ver al músico, el cual no estaba ya en habitos de pobre, sino con unos calzones grandes de tafetán leonado, anchos á la marineresca, un jubón de lo mismo con trencillas de oro, y una montera de raso de la misma color, con cuello almidonado con grandes puntas y encaje; que de todo vino proveído en las alforjas, imaginando que se habia de ver en ocasión que le conviniese mudar de traje.

Era mozo y de gentil disposición y buen parecer, y como habia tanto tiempo que todas tenian hecha la vista á mirar al viejo de su amo, parecióles que miraban á un ángel. Poníase una al agujero para verle, y luego otra, y porque le pudiesen ver mejor, andaba el negro paseándole el cuerpo de arriba abajo con el torzal de cera encendido, y después que todas le hubieron visto, hasta las negras bozales, tomó Loaysa la guitarra.

y cantó aquella noche tan extremadamente, que las acabó de dejar suspensas y atónitas á todas, así á la vieja como á las mozas, y todas rogaron á Luís diese orden y traza cómo el señor su maestro entrase allá dentro, para oirle y verle de más cerca, y no tan por brújula como por el agujero, y sin el sobresalto de estar tan apartadas de su señor, que podía cogerlas de sobresalto y con el hurto en las manos, lo cual no sucedería ansí si le tuviesen escondido dentro.

A esto contradijo su señora con muchas veras, diciendo que no se hiciese la tal cosa ni la tal entrada, porque le pesaría en el alma, pues desde allí le podían ver y oir á su salvo y sin peligro de su honra.

—¿Qué honra? (dijo la dueña); el Rey tiene harta: estése vuesa merced encerrada con su Matusalén, y déjenos á nosotras holgar como pudiéremos; cuanto más, que parece este señor tan honrado, que no querrá otra cosa de nosotras más de lo que nosotras quisiéremos.

—Yo, señoras mías (dijo á esto Loaysa), no vine aquí sino con intención de servir á todas vuesas mercedes con el

alma y con la vida, condolido de su no vista clausura y de los ratos que en este estrecho género de vida se pierden. Hombre soy yo, por vida de mi padre, tan sencillo, tan manso y de tan buena condición y tan obediente, que no haré más de aquello que se me mandare; y si cualquiera de vuesas mercedes dijere: —Maestro, siéntese aquí; maestro, pásese allí, echaos acá, pasaos acullá;—así lo haré como el más doméstico y enseñado perro que salta por el rey de Francia.

—Si eso ha de ser así (dijo la ignorante Leonora), ¿qué medio se dará para entrar acá adentro el señor maese?

—Bueno (dijo Loaysa); vuesas mercedes pugnen por sacar en cera la llave desta puerta de en medio, que yo haré que mañana en la noche venga hecha otra, tal que nos pueda servir.

—En sacar esa llave (dijo una doncella), se sacan las de toda la casa, porque es llave maestra.

—No por eso será peor,—replicó Loaysa.

—Así es verdad (dijo Leonora); pero ha de jurar este señor, primero, que no ha de hacer otra cosa, cuando esté acá

dentro, sino cantar y tañer cuando se lo mandaren, y que ha de estar encerrado y quedito donde le pusiéremos.

—Sí juro,—dijo Loaysa.

—No vale nada ese juramento (respondió Leonora); que ha de jurar por vida de su padre, y ha de jurar la cruz y besarla, que lo veamos todas.

—Por vida de mi padre juro (dijo Loaysa), y por esta señal de cruz, que la beso con mi boca sucia.

Y haciendo la cruz con dos dedos, la besó tres veces.

Esto hecho, dijo otra de las doncellas:

—Mire, señor, que no se le olvide aquello de los polvos, que es el *tuautem* de todo.

Con esto cesó la plática de aquella noche, quedando todos muy contentos del concierto. Y la suerte, que de bien en mejor encaminaba los negocios de Loaysa, trujo á aquellas horas, que eran dos después de la media noche, por la calle á sus amigos, los cuales, haciendo la señal acostumbrada, que era tocar una trompa de París, Loaysa les habló, y les dió cuenta del término en que estaba su pretensión, y les pidió si traían los pol-

vos, ó otra cosa, como se la habia pedido, para que Carrizales durmiese; dijoles asimismo lo de la llave maestra. Ellos le dijeron que los polvos, ó un ungüento vendria la siguiente noche, de tal virtud, que untados los pulsos y las sienes con él, causaba un sueño profundo, sin que dél se pudiese despertar en dos dias, si no era lavándose con vinagre todas las partes que se habian untado; y que se les diese la llave en cera, que asimismo la harian hacer con facilidad. Con esto se despidieron, y Loaysa y su discípulo durmieron lo poco que de la noche les quedaba, esperando Loaysa con gran deseo la venidera, por ver si se le cumplia la palabra prometida de la llave. Y puesto que el tiempo parece tardío y perezoso á los que en él esperan, en fin corre á las parejas con el pensamiento, y llega el término que quiere, porque nunca para ni sosiega.

Vino, pues, la noche y la hora acostumbrada de acudir al torno, donde vinieron todas las criadas de casa, grandes y chicas, negras y blancas, porque todas estaban deseosas de ver dentro de su se-

rrallo al señor músico; pero no vino Leonora, y preguntando Loaysa por ella, le respondieron que estaba acostada con su velado, el cual tenía cerrada la puerta del aposento donde dormía, con llave, y después de haber cerrado, se la ponía debajo de la almohada, y que su señora les había dicho que, en durmiéndose el viejo, haría por tomarle la llave maestra y sacarla en cera, que ya llevaba preparada y blanda, y que de allí á un poco habían de ir á requerirla por una gatera.

Maravillado quedó Loaysa del recato del viejo; pero no por esto se le desmayó el deseo, y estando en esto, oyó la trompa de París. Acudió al puesto, halló á sus amigos, que le dieron un botecico de ungüento de la propiedad que le habían significado; tomólo Loaysa, y díjoles que esperasen un poco, que les daría la muestra de la llave. Volvióse al torno, y dijo á la dueña, que era la que con más ahinco mostraba desear su entrada, que se lo llevase á la señora Leonora, diciéndole la propiedad que tenía, y que procurase untar á su marido con tal tiento, que no lo sintiese, y que vería maravillas. Hízolo así la dueña, y lle-

gándose á la gatera, halló que estaba Leonora esperando, tendida en el suelo de largo á largo, puesto el rostro en la gatera. Llegó la dueña, y tendiéndose de la misma manera, puso la boca en el oido de su señora, y con voz baja le dijo que traia el ungüento, y de la manera que habia de probar su virtud. Ella tomó el ungüento, y respondió á la dueña cómo en ninguna manera podia tomar la llave á su marido, porque no la tenía debajo de la almohada, como solia, sino entre los dos colchones y casi debajo de la mitad de su cuerpo; pero que dijese al maese que si el ungüento obraba como él decia, con facilidad sacarian la llave todas las veces que quisiesen, y así no sería necesario sacarla en cera. Dijo que fuese á decirlo luego, y volviese á ver lo que el ungüento obraba, porque luego luego le pensaba untar á su velado.

Bajó la dueña á decirlo al maese Loaysa, y él despidió á sus amigos, que esperando la llave estaban. Temblando y pasito, y casi sin osar despedir el aliento de la boca, llegó Leonora á untar los pulsos del celoso marido, y asimismo le untó las ventanas de las narices, y cuan-

do á ellas le llegó, le parecía que se estremecía, y ella quedó mortal, pareciéndole que le había cogido en el hurto. En efeto: como mejor pudo le acabó de untar todos los lugares que le dijeron ser necesarios, que fué lo mismo que haberle embalsamado para la sepultura.

Poco espacio tardó el alopiado ungüento en dar manifiestas señales de su virtud, porque luego comenzó á dar el viejo tan grandes ronquidos, que se pudieran oir en la calle; música á los oídos de su esposa más acordada que la del maese de su negro; y aún mal segura de lo que veía, se llegó á él y le estremeció un poco, y luego más, y luego otro poquito más, por ver si despertaba, y á tanto se atrevió, que le volvió de una parte á otra sin que despertase. Como vió esto, se fué á la gatera de la puerta, y con voz tan baja como la primera llamó á la dueña, que allí la estaba esperando, y le dijo:

—Dame albricias, hermana; que Carrizales duerme más que un muerto.

—Pues ¿á qué aguardas á tomar la llave, señora? (dijo la dueña); mira que está el músico aguardándola más ha de una hora.

—Espera, hermana, que ya voy por ella (respondió Leonora); y volviendo á la cama, metió la mano por entre los colchones, y sacó la llave de en medio dellos, sin que el viejo lo sintiese; y tomándola en sus manos, comenzó á dar brincos de contento, y sin más esperar, abrió la puerta y la presentó á la dueña, que la recebió con la mayor alegría del mundo. Mandó Leonora que fuese á abrir al músico, y que le trujese á los corredores, porque ella no osaba quitarse de allí, por lo que podía suceder; pero que ante todas cosas hiciese que de nuevo ratificase el juramento que había hecho de no hacer más de lo que ellas le ordenasen, y que si no le quisiese confirmar y hacer de nuevo, en ninguna manera le abriese.

—Así será (dijo la dueña), y á fe que no ha de entrar si primero no jura y rejura, y besa la cruz seis veces.

—No le pongas tasa (dijo Leonora); bésela él, y sean las veces que quisiere; pero mira que jure por la vida de sus padres y por todo aquello que bien quiere, porque con esto estaremos seguras, y nos hartaremos de oirle cantar y tañer.

que en mi ánima que lo hace delicadamente; y anda, no te detengas más, porque no se nos pase la noche en pláticas.

Alzóse las faldas la buena dueña, y con no vista ligereza se puso en el torno, donde estaba toda la gente de casa esperándola, y habiéndoles mostrado la llave que traía, fué tanto el contento de todas, que la alzaron en peso como á catedrático, diciendo: ¡Viva, viva!; y más cuando les dijo que no había necesidad de contrahacer la llave, porque, según el untado viejo dormía, bien se podían aprovechar de la de casa todas las veces que la quisiesen.

—Ea, pues, amiga (dijo una de las doncellas); ábrase esa puerta y entre este señor, que ha mucho que aguarda, y démonos un verde de música, que no haya más que ver.

—Más ha de haber que ver (replicó la dueña); que le hemos de tomar juramento, como la otra noche.

—El es tan bueno (dijo una de las esclavas), que no reparará en juramentos.

Abrió en esto la dueña la puerta, y

teniéndola entreabierta, llamó á Loaysa, que todo lo habia estado escuchando por el agujero del torno, el cual, llegándose á la puerta, quiso entrarse de golpe; mas poniéndole la dueña la mano en el pecho, le dijo

—Sabrá vuesa merced, señor mio, que en Dios y en mi conciencia, todas las que estamos dentro de las puertas desta casa somos doncellas como las madres que nos parieron, excepto mi señora; y aunque yo debo de parecer de cuarenta años, no teniendo treinta cumplidos, porque les faltan dos meses y medio, también lo soy, mal pecado; y si acaso parezco vieja, corrimientos, trabajos y desabrimientos echan un cero á los años, y á veces dos, según se les antoja; y siendo esto ansí, como lo es, no seria razón que á trueco de oir dos ó tres ó cuatro cantares, nos pusiésemos á perder tanta virginidad como aquí se encierra; porque hasta esta negra, que se llama Guiomar, es doncella. Así que, señor de mi corazón, vuesa merced nos ha de hacer, primero que entre en nuestro rẽino, un muy solemne juramento de que no ha de hacer más de lo que

nosotras le ordenáremos; y si le parece que es mucho lo que se le pide, considere que es mucho más lo que se aventura; y si es que vuesa merced viene con buena intención, poco le ha de doler el jurar, que al buen pagador no le duelen prendas.

—Bien y rebién ha dicho la señora Marialonso (dijo una de las doncellas); en fin, como persona discreta y que está en las cosas como se debe; y si es que el señor no quiere jurar, no entre acá dentro.

A esto dijo Guiomar la negra, que no era muy ladina:

—Por mí, mas que nunca jura, entre con todo diablo; que aunque más jura, si acá estás, todo olvida.

Oyó con gran sosiego Loaysa la arenga de la señora Marialonso, y con grave reposo y autoridad respondió:

—Por cierto, señoras hermanas y compañeras mías, que nunca mi intento fué, es, ni será otro que daros gusto y contento en cuanto mis fuerzas alcanzaren, y así no se me hará cuesta arriba este juramento que me piden; pero quisiera yo que se fiara algo de mi palabra,

porque dada de tal persona como yo soy, era lo mismo que hacer una obligación cuarentigia, y quiero hacer saber á vuesa merced que debajo del sayal hay al, y que debajo de mala capa suele estar un buen bebedor; mas para que todas esten seguras de mi buen deseo, determino de jurar como católico y buen varón: y asi, juro por la intemerata eficacia, donde mas santa y largamente se contiene, y por las entradas y salidas del santo Líbano monte, y por todo aquello que en su proemio encierra la verdadera historia de Carlomagno, con la muerte del gigante Fierabrás, de no salir ni pasar del juramento hecho y del mandamiento de la más minima y desechada destas señoras, so pena que si otra cosa hiciere ó quisiere hacer, desde agora para entonces, y desde entonces para agora, lo doy por nulo y no hecho ni valedero.

Aqui llegaba con su juramento el buen Loaysa, cuando una de las doncellas, que con atención le habia estado escuchando, dió una gran voz, diciendo:

—Este sí que es juramento para enternecer las piedras; mal haya yo, si más quiero que jures, pues con sólo lo

jurado podías entrar en la misma sima de Cabra.

Y asiéndole de los gregüescos, le metió dentro, y luego todas las demás se le pusieron á la redonda. Luego fué una á dar las nuevas á su señora, la cual estaba haciendo centinela al sueño de su esposo; y cuando la mensajera le dijo que ya subía el músico, se alegró y se turbó en un punto, y preguntó si había jurado. Respondióle que sí, y con la más nueva forma de juramento que en su vida había visto.

—Pues si ha jurado (dijo Leonora). asido le tenemos. ¡Oh, qué avisada que anduve en hacelle que jurase!

En esto llegó toda la caterva junta, y el músico en medio, alumbrándolos el negro y Guiomar la negra. Y viendo Loaysa á Leonora, hizo muestras de arrojársele á los pies para besarle las manos. Ella, callando y por señas, le hizo levantar, y todas estaban como mudas, sin osar hablar, temerosas que su señor las oyese; lo cual considerado por Loaysa, les dijo que bien podían hablar alto, porque el ungüento con que estaba untado su señor tenía tal virtud, que

fuera de quitar la vida, ponia á un hombre como muerto.

—Así lo creo yo (dijo Leonora), que si así no fuera, ya él hubiera despertado veinte veces, segun le hacen de sueño ligero sus muchas indisposiciones; pero después que le unté, ronca como un animal.

—Pues eso es así (dijo la dueña), vámonos á aquella sala frontera, donde podremos oir cantar aquí al señor y regocijarnos un poco.

—Vamos (dijo Leonora): pero quedese aquí Guiomar por guarda, que nos avise si Carrizales despierta.

A lo cual respondió Guiomar

—Yo, negra, quedo; blancas van; Dios perdone á todas.

Quedóse la negra; fuéronse á la sala, donde habia un rico estrado, y cogiendo al señor en medio, se sentaron todas. Y tomando la buena Marialonso una vela, comenzó á mirar de arriba abajo al bueno del músico, y una decia:

—¡Ay, qué copete que tiene tan lindo y tan rizado!

Otra:

—¡Ay, qué blancura de dientes! ¡Mal

año para piñones mondados, que más blancos ni más lindos sean!

Otra:

—¡Ay, qué ojos tan grandes y tan rasgados; y por el siglo de mi madre, que son verdes, que no parecen sino que son de esmeraldas!

Esta alababa la boca, aquélla los pies, y todas juntas hicieron dél una menuda anatomía y pepitoria. Sola Leonora callaba y le miraba, y le iba pareciendo de mejor talle que su velado.

En esto la dueña tomó la guitarra que tenía el negro, y se la puso en las manos de Loaysa, rogándole que la tocase, y que cantase unas coplillas que entonces andaban muy validas en Sevilla, que decían:

Madre, la mi madre,
Guardas me poneis.

Cumplióle Loaysa su deseo. Levantáronse todas, y se comenzaron á hacer pedazos bailando. Sabía la dueña las coplas, y cantólas con más gusto que buena voz, y fueron estas:

Madre, la mi madre.
Guardas me poneis:
Que si yo no me guardo.
No me guardareis.

Dicen que esta escrito.
Y con gran razón,
Ser la privación
Causa de apetito:
Crece en infinito
Encerrado amor;
Por eso es mejor
Que no me encerreis.

Que si yo, etc.

Si la voluntad
Por si no se guarda,
No la haran la guarda
Miedo ó calidad:
Rompera en verdad
Por la misma muerte,
Hasta hallar la suerte
Que vos no entendeis;

Que si yo, etc.

Quien tiene costumbre
De ser amorosa,
Como mariposa
Se ira tras su lumbre,
Aunque muchedumbre
De guardas le pongan,
Y aunque mas propongan
De hacer lo que haceis;

Que si yo, etc.

Es de tal manera
La fuerza amorosa,
Que á la más hermosa
La vuelve en quimera,
El pecho de cera,
De fuego la gana,
Las manos de lana,
De fieltro los pies;

Que si yo no me guardo,
Mal me guardaréis.

Al fin llegaban de su canto y baile el corro de las mozas, guiado por la buena dueña, cuando llegó Guiomar la centinela, toda turbada, hiriendo de pie y de mano, como si tuviera alferecía, y con voz entre ronca y bajo, dijo:

—Despierto señor, señora; señora, despierto señor, y levantas y viene.

Quien ha visto banda de palomas estar comiendo en el campo sin miedo lo que ajenas manos sembraron, que al furioso estrépito de disparada escopeta se azora y levanta, y olvidada del pasto, confusa y atónita cruza por los aires; tal se imagine que quedó la banda y corro de las bailadoras, pasmadas y temerosas, oyendo la no esperada nueva que Guiomar había traído; y procurando cada una su disculpa, y todas juntas su remedio,

cual por una, y cual por otra parte, se fueron á esconder por los desvanes y rincones de la casa, dejando solo al músico, el cual, dejando la guitarra, y el canto, lleno de turbacion, no sabia qué hacerse. Torcia Leonora sus hermosas manos; abofeteábase el rostro, aunque blandamente, la señora Marialonso. En fin, todo era confusión, sobresalto y miedo; pero la dueña, como más astuta y reportada, dió orden que Loaysa se entrase en un aposento suyo, y que ella y su señora se quedarian en la sala; que no faltaria excusa que dar á su señor, si allí las hallase.

Escondióse luego Loaysa, y la dueña se puso atenta á escuchar si su amo venia, y no sintiendo rumor alguno, cobró ánimo, y poco á poco, paso ante paso, se fué llegando al aposento donde su señor dormia, y oyó que roncaba como primero, y asegurada de que dormia, alzó las faldas y volvió corriendo á pedir albricias á su señora del sueño de su amo, la cual se las mandó de muy entera voluntad.

No quiso la buena dueña perder la coyuntura que la suerte le ofrecia de gozar primero que todas las gracias que ella se imaginaba que debia tener el músico.

y así, diciéndole á Leonora que esperase en la sala en tanto que iba á llamarlo, la dejó, y se entró donde él estaba, no menos confuso que pensativo, esperando las nuevas de lo que hacía el viejo untado; maldecía la falsedad del ungüento, y quejábase de la credulidad de sus amigos y del poco advertimiento que había tenido en no hacer primero la experiencia en otro, antes de hacerla en Carrizales. En esto llegó la dueña, y le aseguró que el viejo dormía á más y mejor. Sosegó el pecho, y estuvo atento á muchas palabras amorosas que Marialonso le dijo, de las cuales coligió la mala intención suya, y propuso en sí de ponerla por anzuelo para pescar á su señora.

Y estando los dos en sus pláticas, las demás criadas, que estaban escondidas por diversas partes de la casa, una de aquí, otra de allí, volvieron á ver si era verdad que su amo había despertado, y viendo que todo estaba sepultado en silencio, llegaron á la sala donde habían dejado á su señora, de la cual supieron el sueño de su amo, y preguntándole por el músico y por la dueña, les dijo dónde estaban, y todas, con el mismo

silencio que habían traido, se llegaron á escuchar por entre las puertas lo que entrambos trataban.

No falto de la junta Guiomar la negra; el negro sí, porque así como oyó que su amo había despertado, se abrazó con su guitarra y se fué á esconder en su pajar, y cubierto con la manta de su pobre cama, sudaba y trasudaba de miedo; y con todo eso, no dejaba de tentar las cuerdas de la guitarra: tanta era (encomendado él sea á Satanás) la afición que tenía á la música. Entreoyeron las mozas los requiebros de la vieja, y cada una le dijo el nombre de las Pascuas: ninguna la llamó vieja, que no fuese con su epiteto y adjetivo de hechicera y de barbuda, de antojadiza, y de otros que por buen respeto se callan, pero lo que más risa causara á quien entonces las oyera, eran las razones de Guiomar la negra, que por ser portuguesa, y no muy ladina, era extraña la gracia con que la vituperaba. En efecto, la conclusión de la plática de los dos fué que él condescendería con la voluntad della, cuando ella primero le entregase á toda su voluntad á su señora.

Cuesta arriba se le hizo á la dueña ofrecer lo que el músico pedía; pero á trueco de cumplir el deseo que ya se le había apoderado del alma y de los huesos y médulas del cuerpo, le prometiera los imposibles que pudieran imaginarse. Dejóle, y salió á hablar á su señora; y como vió su puerta rodeada de todas las criadas, les dijo que se recogiesen á sus aposentos, que otra noche habría lugar para gozar con menos ó con ningún sobresalto del músico; que ya aquella noche el alboroto les había aguado el gusto.

Bien entendieron todas que la vieja se quería quedar sola; pero no pudieron dejar de obedecerla, porque las mandaba á todas. Fuéronse las criadas, y ella acudió á la sala á persuadir á Leonora acudiese á la voluntad de Loaysa, con una larga y tan concertada arenga, que pareció que de muchos días la tenía para este efeto estudiada. Encarecióle su gentileza, su valor, su donaire y sus muchas gracias; pintóle de cuánto más gusto le serían los abrazos del amante mozo que los del marido viejo, asegurándole el secreto y la duración del deleite, con otras

cosas semejantes á estas, que el demonio le puso en la lengua, llena de colores retóricos, tan demostrativos y eficaces, que movieran, no sólo el corazón tierno y poco advertido de la simple é incauta Leonora, sino el de un endurecido mármol. ¡Oh dueñas, nacidas y usadas en el mundo para perdición y total ruina de mil recatadas y buenas intenciones! ¡Oh luengas y repulgadas tocas, escogidas para autorizar las salas y los estrados de señoras principales, y cuán al revés de lo que debíades, usais de vuestro casi ya forzoso oficio! En fin: tanto dijo la dueña, tanto persuadió la dueña, que Leonora se rindió, Leonora se engañó, y Leonora se perdió, dando en tierra con todas las prevenciones del discreto Carrizales, que dormía el sueño de la muerte de su honra.

Tomó Marialonso por la mano á su señora, y casi por fuerza, preñados de lágrimas los ojos, la llevó donde Loaysa estaba, y echándoles la bendición con una risa falsa de demonio, cerrando tras sí la puerta, los dejó encerrados, y ella se puso á dormir en el estrado, ó por mejor decir, á esperar su contento de re-

cudida; pero como el desvelo de las pasadas noches la venciese, se quedó dormida en el estrado.

Bueno fuera en esta sazón preguntar á Carrizales, á no saber que dormía, que á dónde estaban sus advertidos recatos, sus celos, sus advertimientos, sus persuasiones, los altos muros de su casa, el no haber entrado en ella, ni aun en sombra, alguien que tuviese nombre de varón; el torno estrecho, las gruesas paredes, las ventanas sin luz, el encerramiento notable, la gran dote en que á Leonora había dotado, los regalos continuos que la hacía, el buen tratamiento de sus criadas y esclavas, el no faltar un punto á todo aquello que él imaginaba que habían menester y que podían desear. Pero ya queda dicho que no había para qué preguntárselo, porque dormía más de aquello que fuera menester; y si él lo oyera, y acaso respondiera, no podía dar mejor respuesta que encoger los hombros, enarcar las cejas y decir: «Todo aqueso derribó por los fundamentos la astucia, á lo que yo creo, de un mozo holgazán y vicioso, y la malicia de una falsa dueña, con la inadvertencia

de una muchacha rogada y persuadida.»

Libre Dios a cada uno de tales enemigos, contra los cuales no hay escudo de prudencia que defienda, ni espada de recato que corte.

Pero con todo esto, el valor de Leonora fué tal, que en el tiempo que mas le convenia, le mostro contra las fuerzas villanas de su astuto engañador; pues no fueron bastantes á vencerla, y el se cansó en balde, y ella quedo vencedora, y entrambos dormidos. Y en esto ordenó el cielo que, á pesar del ungüento, Carrizales despertase, y como tenia de costumbre, tentó la cama por todas partes, y no hallando en ella á su querida esposa, saltó de la cama despavorido y atónito, con mas ligereza y denuedo que sus muchos años prometian; y cuando en el aposento no halló á su esposa, y le vió abierto, y que le faltaba la llave de entre los colchones, pensó perder el juicio; pero reportandose un poco, salió al corredor, y de alli, andando pie ante pie por no ser sentido, llego a la sala donde la dueña dormia, y viéndola sola, sin Leonora, fué al aposento de la dueña, y abriendo la puerta muy quedo, vio lo

que nunca quisiera haber visto; vió lo que diera por bien empleado no tener ojos para verlo: vió á Leonora en brazos de Loaysa, durmiendo tan á sueño suelto como si en ellos obrara la virtud del ungüento, y no en el celoso anciano.

Sin pulsos quedó Carrizales con la amarga vista de lo que miraba; la voz se le pegó á la garganta, los brazos se le cayeron de desmayo, y quedó hecho una estatua de mármol frío; y aunque la cólera hizo su natural oficio, avivándole los casi muertos espíritus, pudo tanto el dolor, que no le dejó tomar aliento. Y con todo eso, tomara la venganza que aquella grande maldad requería, si se hallara con armas para poder tomarla: y así determinó volverse á su aposento á tomar una daga, y volver á sacar las manchas de su honra con sangre de sus dos enemigos, y aun con toda aquella de toda la gente de su casa.

Con esta determinación honrosa y necesaria volvió, con el mismo silencio y recato que había venido, á su estancia, donde le apretó el corazón tanto el dolor y la angustia, que, sin ser poderoso á otra cosa, se dejó caer desmayado sobre el lecho.

Llegóse en esto el día, y cogió á los nuevos adulteros enlazados en la red de sus brazos. Despertó Marialonso, y quiso acudir por lo que, á su parecer, le tocaba: pero viendo que era tarde, quiso dejarlo para la venidera noche. Alborotose Leonora viendo tan entrado el día, y maldijo su descuido y el de la maldita dueña, y las dos, con sobresaltados pasos, fueron donde estaba su esposo, rogando entre dientes al cielo que le hallasen todavía roncando, y cuando le vieron encima de la cama callando, creyeron que todavía obraba la untura, pues dormía, y con gran regocijo se abrazaron la una á la otra. Llegóse Leonora á su marido, y asiéndole de un brazo, le volvió de un lado á otro por ver si despertaba, sin ponerle en necesidad de lavarle con vinagre, como decían era menester para que en sí volviese. Pero con el movimiento volvió Carrizales de su desmayo, y dando un profundo suspiro, con una voz lamentable y desmayada, dijo:

—¡Desdichado de mí, y á qué tristes términos me ha traído mi fortuna!

No entendió bien Leonora lo que dijo

su esposo; mas como le vió despierto y que hablaba, admirada de ver que la virtud del ungüento no duraba tanto como habían significado, se llegó á él, y poniendo su rostro con el suyo, teniéndolo estrechamente abrazado, le dijo:

—¿Qué tenéis, señor mío, que me parece que os estáis quejando?

Oyó la voz de la dulce enemiga suya el desdichado viejo, y abriendo los ojos desencajadamente, como atónito y embelesado, los puso en ella, y con grande ahinco, sin mover pestaña, la estuvo mirando una gran pieza, al cabo de la cual le dijo:

—Hacedme placer, señora, que luego luego enviéis á llamar á vuestros padres de mi parte, porque siento no sé qué en el corazón, que me da grandísima fatiga, y temo que brevemente me ha de quitar la vida, y querríalos ver antes que me muriese.

Sin duda creyó Leonora ser verdad lo que su marido le decía, pensando antes que la fortaleza del ungüento, y no lo que había visto, le tenía en aquel trance; y respondiéndole que haría lo que la mandaba, mandó al negro que luego al

punto fuese á llamar á sus padres; y abrazándose con su esposo, le hacia las mayores caricias que jamás le habia hecho, preguntandole qué era lo que sentia con tan tiernas y amorosas palabras, como si fuera la cosa del mundo que más amaba. El la miraba con el embelesamiento que se ha dicho, siéndole cada palabra ó caricia que le hacia una lanzada que le atravesaba el alma.

Ya la dueña habia dicho á la gente de casa y á Loaysa la enfermedad de su amo, encareciéndoles que debia de ser de momento, pues se le habia olvidado de mandar cerrar las puertas de la calle cuando el negro salió á llamar á los padres de su señora: de la cual embajada asimismo se admiraron, por no haber entrado ninguno dellos en aquella casa después que casaron á su hija. En fin, todos andaban callados y suspensos, no dando en la verdad de la causa de la indisposición de su amo, el cual de rato en rato tan profunda y dolorosamente suspiraba, que con cada suspiro parecia arrancársele el alma.

Lloraba Leonora por verle de aquella suerte, y reíase él con una risa de per-

sona que estaba fuera de sí, considerando la falsedad de sus lágrimas.

En esto llegaron los padres de Leonora, y como hallaron la puerta de la calle y la del patio abiertas, y la casa sepultada en silencio y sola, quedaron admirados y con no pequeño sobresalto. Fueron al aposento de su yerno, y halláronle, como se ha dicho, siempre clavados los ojos en su esposa, á la cual tenía asida de las manos, derramando los dos muchas lágrimas: ella con no más ocasión de verlas derramar á su esposo; él por ver cuán fingidamente ella las derramaba.

Así como sus padres entraron, habló Carrizales, y dijo:

—Siéntense aquí vuesas mercedes, y todos los demás dejen desocupado el aposento, y sólo quede la señora Marialonso.

Hiciéronlo así, y quedando solos los cinco, sin esperar que otro hablase, con sosegada voz, limpiándose los ojos, desta manera dijo Carrizales:

—Bien seguro estoy, padres y señores míos, que no será menester traeros testigos para que me creáis una verdad que

quiero deciros: bien se os debe acordar (que no es posible se os haya caído de la memoria) con cuánto amor, con cuán buenas entrañas, hace hoy un año, un mes, cinco días y nueve horas, que me entregásteis á vuestra querida hija por legítima mujer mia: también sabéis con cuánta liberalidad la doté, pues fué tal la dote, que más de tres de su misma calidad pudieran casar con opinión de ricas: asimismo se os debe acordar la diligencia que puse en vestirla y adornarla de todo aquello que ella se acertó a desear y yo alcancé á saber que le convenia. Ni más ni menos habéis visto, señores, cómo, llevado de mi natural condición, y temeroso del mal de que sin duda he de morir, y experimentado, por mi mucha edad, en los extraños y varios acaecimientos del mundo, quise guardar esta joya, que yo escogí y vosotros me disteis, con el mayor recato que me fué posible. Alcé las murallas desta casa, quité la vista á las ventanas de la calle, doblé las cerraduras de las puertas, púsele torno como á monasterio de monjas, desterré perpetuamente della todo aquello que sombra ó nombre de

varón tuviese; dile criadas y esclavas que la sirviesen; ni les negué á ellas ni á ella cuanto quisieron pedirme; hícela mi igual, comuniquéle mis más secretos pensamientos y entreguéla toda mi hacienda. Todas estas eran obras para que, si bien lo considerara, yo viviera seguro de gozar sin sobresalto lo que tanto me había costado, y ella procurara no darme ocasión á que ningún género de temor celoso entrara en mi pensamiento; mas como no se puede prevenir con diligencia humana el castigo que la voluntad divina quiere dar á los que en ella no ponen del todo en todo sus deseos y esperanzas, no es mucho que yo quede defraudado en las mías, y que yo mismo haya sido el fabricador del veneno que me va quitando la vida. Pero, porque veo la suspensión en que todos estáis, colgados de las palabras de mi boca, quiero concluir los largos preámbulos desta plática con deciros en una palabra lo que no es posible decirse en millares dellas: digo, pues, señores, que todo lo que he dicho y hecho ha parado en que esta madrugada hallé á ésta, nacida en el mundo para perdición de mi sosiego y fin de mi vida (y esto se-

ñalando á su esposa), en los brazos de un gallardo mancebo que en la estancia desta pestífera dueña ahora está encerrado.

Apenas acabó estas últimas palabras Carrizales, cuando á Leonora se le cubrió el corazón, y en las mismas rodillas de su marido se cayó desmayada. Perdió la color Marialonso, y á las gargantas de los padres de Leonora se les atravesó un nudo, que no les dejaba hablar palabra.

Pero prosiguiendo adelante Carrizales, dijo:

—La venganza que pienso tomar desta afrenta no es ni ha de ser de las que ordinariamente suelen tomarse, pues quiero que así como yo fui extremado en lo que hice, así sea la venganza que tomare, tomándola de mí mismo como del más culpado en este delito, que debiera considerar que mal podían estar ni compadecerse en uno los quince años desta muchacha con los casi ochenta míos. Yo fui el que, como el gusano de seda, me fabriqué la casa donde muriese; y á ti no te culpo, ¡oh niña mal aconsejada! (y diciendo esto se inclinó y besó el

rostro de la desmayada Leonora); no te culpo, digo, porque persuasiones de viejas taimadas y requiebros de mozos enamorados fácilmente vencen y triunfan del poco ingenio que los pocos años encierran; mas, porque todo el mundo vea el valor de los quilates de la voluntad y fe con que te quise, en este último trance de mi vida quiero mostrarlo de modo, que quede en el mundo por ejemplo, si no de bondad, al menos de simplicidad jamás oída ni vista; y así, quiero que se traiga luego aquí un escribano para hacer de nuevo mi testamento, en el cual mandaré doblar la dote á Leonora, y le rogaré que después de mis días, que serán bien breves, disponga su voluntad, pues lo podrá hacer sin fuerza, á casarse con aquel mozo, á quien nunca ofendieron las canas deste lastimado viejo; y así verá que si viviendo jamás salí un punto de lo que pude pensar ser su gusto, en la muerte hago lo mismo, y quiero que le tenga con el que ella debe de querer tanto. La demás hacienda mandaré á otras obras pías, y á vosotros, señores míos, dejaré con que podáis vivir honradamente lo

que de la vida os queda. La venida del escribano sea luego, porque la pasión que tengo me aprieta de manera, que á más andar me va acortando los pasos de la vida.

Esto dicho, le sobrevino un terrible desmayo, y se dejó caer tan junto de Leonora, que se juntaron los rostros: ¡extraño y triste espectáculo para los padres, que á su querida hija y á su amado yerno miraban! No quiso la mala dueña esperar á las reprensiones que pensó le darían los padres de su señora; y así se salió del aposento, y fué á decir á Loaysa todo lo que pasaba, aconsejándole que luego al punto se fuese de aquella casa, que ella tendría cuidado de avisarle con el negro lo que sucediese, pues ya no había puertas ni llaves que lo impidiesen. Admiróse Loaysa con tales nuevas, y tomando el consejo, volvió á vestirse como pobre, y fuése á dar cuenta á sus amigos del extraño y nunca visto suceso de sus amores.

En tanto, pues, que los dos estaban transportados, el padre de Leonora envió á llamar á un escribano, amigo suyo, el cual vino á tiempo que ya habían vuel-

to hija y yerno en su acuerdo. Hizo Carrizales su testamento en la manera que había dicho, sin declarar el yerro de Leonora, más de que por buenos respetos le pedía y rogaba se casase, si acaso él muriese, con aquel mancebo que él la había dicho en secreto. Cuando esto oyó Leonora, se arrojó á los pies de su marido, y saltándole el corazón en el pecho, le dijo:

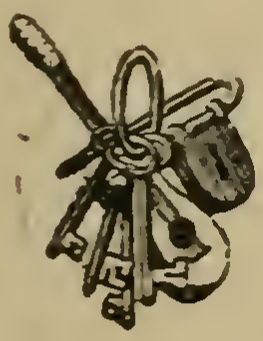
—Vivid vos muchos años, mi señor y mi bien todo; que, puesto caso que no estáis obligado á creerme ninguna cosa de la que os dijere, sabed que no os he ofendido sino con el pensamiento.

Y comenzando á disculparse y á contar por extenso la verdad del caso, no pudo mover la lengua, y volvió á desmayarse. Abrazóla así desmayada el lastimado viejo, abrazáronla sus padres, lloraron todos tan amargamente, que obligaron y aun forzaron á que en ellas les acompañase el escribano que hacía el testamento, en el cual dejó de comer á todas las criadas de casa, horras las esclavas y el negro, y á la falsa Marialonso no le mandó otra cosa que la paga de su salario; mas sea lo que fuere, el dolor

le apretó de manera, que al seteno dia le llevaron á la sepultura.

Quedó Leonora viuda, llorosa y rica; y cuando Loaysa esperaba que cumpliese lo que ya el sabia que su marido en su testamento dejaba mandado, vió que dentro de una semana se entró monja en uno de los más recogidos monasterios de la ciudad; él despechado y casi corrido, se pasó á las Indias. Quedaron los padres de Leonora tristísimos, aunque se consolaron con lo que su yerno les habia dejado y mandado por su testamento. Las criadas se consolaron con lo mismo, y las esclavas y esclavo con la libertad, y la malvada de la dueña, pobre y defraudada de todos sus malos pensamientos, y yo quedé con el deseo de llegar al fin deste suceso, ejemplo y espejo de lo poco que hay que fiar de llaves, tornos y paredes, cuando queda la voluntad libre; y de lo menos que hay que confiar de verdes y pocos años, si les andan al oido exhortaciones destas dueñas de monjil negro y tendido, y tocas blancas y luengas. Sólo no sé qué fué la causa que Leonora no puso mas ahinco en disculparse y dar á entender á su celoso

marido cuán limpia y sin ofensa había quedado en aquel suceso; pero la turbación le ató la lengua, y la priesa que se dió á morir su marido no dió lugar á su disculpa.



EL CASAMIENTO ENGAÑOSO

Y EL COLOQUIO DE LOS PERROS

EL

CASAMIENTO ENGAÑOSO

Y EL

COLOQUIO DE LOS PERROS.

SALIA del hospital de la Resurrección, que está en Valladolid, fuera de la puerta del Campo, un soldado, que por servirle su espada de báculo, y por la flaqueza de sus piernas y amarillez de su

rostro, mostraba bien claro que, aunque no era tiempo muy caluroso, debia de haber sudado en veinte dias todo el humor que quizá granjeó en una hora. Iba haciendo pinitos y dando traspiés, como convaleciente, y al entrar por la puerta de la ciudad, vió que hacia él venia un su amigo, á quien no habia visto en más de seis meses; el cual, santiguándose como si viera alguna mala visión, llegándose á él, le dijo:

—¿Qué es esto, señor alférez Campuzano? ¿Es posible que está vuesa merced en esta tierra? ¡Como quien soy que le hacia en Flandes, antes terciando allá la pica que arrastrando aquí la espada! ¿Qué color, qué flaqueza es esa?

A lo cual respondió Campuzano:

—A lo sí estoy en esta tierra ó no, señor licenciado Peralta, el verme en ella le responde; á las demás preguntas no tengo qué decir, sino que salgo de aquel hospital, de sudar catorce cargas de bubas que me echó á cuestas una mujer que escogí por mía, que no debiera.

—Luego ¿casóse vuesa merced?—replicó Peralta.

—Sí, señor,—respondió Campuzano.

—Sería por amores (dijo Peralta); y tales casamientos traen consigo aparejada la ejecución del arrepentimiento.

—No sabré decir si fué por amores (respondió el Alférez), aunque sabré afirmar que fué por dolores, pues de mi casamiento ó cansamiento saqué tantos en el cuerpo y en el alma, que los del cuerpo para entretenerlos me cuestan cuarenta sudores, y los del alma no hallo remedio para aliviarlos siquiera; pero, porque no estoy para tener largas pláticas en la calle, vuesa merced me perdone; que otro día con más comodidad le daré cuenta de mis sucesos, que son los más nuevos y peregrinos que vuesa merced habrá oído en todos los días de su vida.

—No ha de ser así (dijo el Licenciado), sino que quiero que venga conmigo á mi posada, y allí haremos penitencia juntos, que la olla es muy de enfermo, y aunque está tasada para dos, un pastel suplirá con mi criado, y si la convalecencia lo sufre, unas lonjas de jamón de Rute nos harán la salva, y sobre todo, la buena voluntad con que lo ofrezco, no sólo esta vez, sino todas las que vuesa merced quisiere.

Agradecióselo Campuzano, y acepto el convite y los ofrecimientos. Fueron á San Lorente, oyeron Misa, llevóle Peralta á su casa, diole lo prometido y ofrecióselé de nuevo, y pidióle, en acabando de comer, le contase los sucesos que tanto le habia encarecido. No se hizo de rogar Campuzano, antes comenzó á decir desta manera:

— Bien se acordará vuesa merced, señor licenciado Peralta, cómo yo hacía en esta ciudad camarada con el capitán Pedro de Herrera, que ahora está en Flandes.

—Bien me acuerdo,—respondió Peralta.

—Pues un dia (prosiguió Campuzano) que acababamos de comer en aquella posada de la Solana, donde viviamos, entraron dos mujeres de gentil parecer, con dos criadas: la una se puso á hablar con el Capitán, en pie, arrimados á una ventana; y la otra se sentó en una silla junto á mí, derribado el manto hasta la barba, sin dejar ver el rostro más de aquello que concedia la raridad del manto; y aunque le supliqué por cortesia me hiciese merced de descubrirse, no fué po-

sible acabarlo con ella; cosa que me encendió más el deseo de verla, y para acrecentarle más, ó ya fuese de industria ó acaso, sacó la señora una muy blanca mano con muy buenas sortijas. Estaba yo entonces bizarrísimo, con aquella gran cadena que vuesa merced debió de conocerme, el sombrero con plumas y cintillo, el vestido de colores, á fuer de soldado, y tan gallardo á los ojos de mi locura, que me daba á entender que las podia matar en el aire. Con todo esto, le rogué que se descubriese; á lo que ella me respondió:

—»No seáis importuno; casa tengo; haced á un paje que me siga, que aunque soy más honrada de lo que me promete esta respuesta, todavía, á trueco de ver si responde vuestra discreción á vuestra gallardía, holgaré de que me veáis más despacio.—

»Beséle las manos por la grande merced que me hacía, en pago de la cual le prometí montes de oro. Acabó el Capitán su plática. Ellas se fueron; siguiólas un criado mio. Díjome el Capitán que lo que la dama le quería era que le llevase unas cartas á Flandes á otro capitán,

que decía ser su primo, aunque él sabía que no era sino su galán. Yo quedé abrasado con las manos de nieve que había visto, y muerto por el rostro que deseaba ver; y así, otro día, guiándome mi criado, dióseme libre entrada.

»Hallé una casa muy bien aderezada, y una mujer de hasta treinta años, á quien conocí por las manos; no era hermosa en extremo, pero éralo de suerte, que podía enamorar comunicada, porque tenía un tono de habla tan suave, que se entraba por los oidos en el alma. Pasé con ella luengos y amorosos coloquios, blasoné, hendí, rajé, ofrecí, prometí y hice todas las demostraciones que me pareció ser necesarias para hacerme bienquisto con ella, pero como ella estaba hecha á oir semejantes ó mayores ofrecimientos y razones, parecía que les daba atento oído antes que crédito alguno. Finalmente, nuestra plática se pasó en flores cuatro días que continué en visitalla, sin que llegase á coger el fruto que deseaba.

»En el tiempo que la visité, siempre hallé la casa desembarazada, sin que viese visiones en ella de parientes fingidos ni de amigos verdaderos. Serviala

una moza más taimada que simple. Finalmente, tratando mis amores como soldado que está víspera de mudar, apuré á mi señora doña Estefanía de Caicedo (que este es el nombre de la que así me tiene), y respondióme:

—»Señor alférez Campuzano: simplicidad sería si yo quisiese venderme á vuesa merced por santa; pecadora he sido, y aun ahora lo soy; pero no de manera que los vecinos me murmuren ni los apartados me noten. Ni de mis padres ni de otro pariente heredé hacienda alguna, y con todo esto, vale el menaje de mi casa, bien validos, dos mil y quinientos ducados, y estos en cosas que, puestas en almoneda, lo que se tardare en ponerlas se tardará en convertirse en dineros. Con esta hacienda busco marido á quien entregarme y á quien tener obediencia; á quien, juntamente con la enmienda de mi vida, le entregaré una increíble solicitud de regalarle y servirle; porque no tiene príncipe cocinero más goloso ni que mejor sepa dar el punto á los guisados, que le sé dar yo cuando, mostrando ser casera, me quiero poner á ello. Sé ser mayordomo en casa, moza

en la cocina y señora en la sala, en efecto: sé mandar y sé hacer que me obedezcan; no desperdicio nada, y allego mucho; mi real no vale menos, sino mucho más, cuando se gasta por mi orden. La ropa blanca que tengo, que es mucha y muy buena, no se sacó de tiendas ni lenceros; estos pulgares y los de mis criadas la hilaron, y si pudiera tejerse en casa, se tejiera. Digo estas alabanzas mías, porque no acarrean vituperio cuando es forzosa la necesidad de decirlas; finalmente: quiero decir que yo busco marido que me ampare, me mande y me honre, y no galán que me sirva y me vitupere. Si vuesa merced gustare de aceptar la prenda que se le ofrece, aquí estoy moliente y corriente, sujeta á todo aquello que vuesa merced ordenare, sin andar en venta, que es lo mismo andar en lenguas de casamenteros, y no hay ninguno tan bueno para concertar el todo, como las mismas partes.—

»Yo, que tenía entonces el juicio, no en la cabeza, sino en los carcañales, haciéndoseme el deleite en aquel punto mayor de lo que en la imaginación le

pintaba, y ofreciéndoseme tan á la vista la cantidad de hacienda, que ya la contemplaba en dineros convertida, sin hacer otros discursos de aquellos á que daba lugar el gusto, que me tenía echados grillos al entendimiento, le dije que yo era el venturoso y bienafortunado en haberme dado el cielo, casi por milagro, tal compañera, para hacerla señora de mi voluntad y de mi hacienda, que no era tan poca, que no valiese, con aquella cadena que traía al cuello y con otras joyejuelas que tenía en casa, y con deshacerme de algunas galas de soldado, más de dos mil ducados, que junto con los dos mil y quinientos suyos, era suficiente cantidad para retirarnos á vivir á una aldea de donde yo era natural y adonde tenía algunas raíces; hacienda tal, que, sobrellevada con el dinero, vendiendo los frutos á su tiempo, nos podía dar una vida alegre y descansada. En resolución, aquella vez se concertó nuestro desposorio, y se dió traza cómo los dos hiciésemos información de solteros; y en los tres días de fiesta, que vinieron luego juntos en una Pascua, se hicieron las monestaciones, y al cuarto

dia nos desposamos, hallándose presentes al desposorio dos amigos míos y un mancebo, que ella dijo ser primo suyo, á quien yo me ofrecí por pariente con palabras de mucho comedimiento, como lo habian sido todas las que hasta entonces á mi nueva esposa habia dado, con intención tan torcida y traidora, que la quiero callar, porque aunque estoy diciendo verdades, no son verdades de confesión, que no pueden dejar de decirse.

»Mudó mi criado el baul de la posada á casa de mi mujer, encerré en él, delante della, mi magnífica cadena; mostréle otras tres ó cuatro, si no tan grandes, de mejor hechura, con otros tres ó cuatro cintillos de diversas suertes; hícele patentes mis galas y mis plumas, y entreguéle para el gasto de casa hasta cuatrocientos reales que tenía. Seis días gocé del pan de la boda, espaciándome en casa como el yerno ruin en la del suegro rico, pisé ricas alfombras, ajé sábanas de Holanda, alumbréme con candeleros de plata; almorzaba en la cama, levantábame á las once, comia á las doce, y á las dos sesteaba en el estrado; bailábanme doña Estefanía y la moza

el agua delante. Mi mozo, que hasta allí le había conocido perezoso y lerdo, se había vuelto un corzo; el rato que doña Estefanía faltaba de mi lado, la habían de hallar en la cocina, toda solícita en ordenar guisados que me despertasen el gusto y me avivasen el apetito; mis camisas, cuellos y pañuelos eran un nuevo Aranjuez de flores, según olían, bañados en la agua de ángeles y de azahar que sobre ellos se derramaba.

»Pasáronse estos días volando, como se pasan los años, que están debajo de la jurisdicción del tiempo; en los cuales días, por verme tan regalado y tan bien servido, iba mudando en buena la mala intención con que aquel negocio había comenzado; al cabo de los cuales, una mañana, que aún estaba con doña Estefanía en la cama, llamaron con grandes golpes á la puerta de la calle. Asomóse la moza á la ventana, y quitándose al momento, dijo:

—»¡Oh, que sea ella bien venida! ¿Han visto y cómo ha venido más presto de lo que escribió el otro dia?

—»¿Quién es la que ha venido, moza? —le pregunté.

—»¿Quién? (respondió ella); es mi señora doña Clementa Bueso, y viene con ella el señor don Lope Meléndez de Almendárez, con otros dos criados, y Hortigosa, la dueña que llevó consigo.

—»Corre, moza, bien haya yo, y ábreles (dijo á este punto doña Estefanía); y vos, señor, por mi amor, que no os alborotéis ni respondáis por mí á ninguna cosa que contra mí oyéredes.

—»Pues ¿quién ha de decir cosa que os ofenda, y más estando yo delante? Decidme qué gente es esta, que me parece que os ha alborotado su venida.

—»No tengo lugar de responderos (dijo doña Estefanía); sólo sabed que todo lo que aquí pasare es fingido, y que tira á cierto designio y efecto que después sabréis.—

»Y aunque quisiera replicarle á esto, no me dió lugar la señora doña Clementa Bueso, que se entró en la sala, vestida de raso verde prensado, con muchos pasamanos de oro, capotillo de lo mismo y con la misma guarnición, sombrero con plumas verdes, blancas y encarnadas, y con rico cintillo de oro, y con un delgado velo cubierto la mitad del ros-

tro. Entró con ella el señor don Lope Meléndez de Almendárez, no menos bizarro que ricamente vestido de camino.

»La dueña Hortigosa fué la primera que habló, diciendo:

—»¡Jesús! ¿Qué es esto? ¡Ocupado el lecho de mi señora doña Clementa, y más con ocupación de hombre! Milagros veo hoy en esta casa. A fe que se ha ido bien del pie á la mano la señora doña Estefanía, fiada en la amistad de mi señora.

—»Yo te lo prometo, Hortigosa (replicó doña Clementa); pero yo, yo me tengo la culpa: ¡que jamás escarmiente yo en tomar amigas, que no lo saben ser sino es cuando les viene á cuento!—

»A todo lo cual respondió doña Estefanía:

—»No reciba vuesa merced pesadumbre, mi señora doña Clementa Bueso, y entienda que no sin misterio ve lo que ve en esta su casa; que cuando lo sepa, yo sé que quedaré disculpada y vuesa merced sin ninguna queja.—

»En esto ya me había puesto yo en calzas y en jubón; y tomándome doña Estefanía por la mano, me llevó á otro

aposento, y allí me dijo que aquella su amiga queria hacer una burla á aquel don Lope que venía con ella, con quien pretendía casarse, y que la burla era darle á entender que aquella casa y cuanto estaba en ella era todo suyo, de lo cual pensaba hacerle carta de dote, y que hecho el casamiento, se le daba poco que se descubriese el engaño, fiada en el grande amor que el don Lope la tenía; —y luego se me volverá lo que es mío, y no se le tendrá á mal á ella ni á otra mujer alguna de que procure buscar marido honrado, aunque sea por medio de cualquier embuste.—

»Yo le respondí que era grande extremo de amistad el que quería hacer, y que primero se mirase bien en ello, porque después podría ser tener necesidad de valerse de la justicia para cobrar su hacienda. Pero ella me respondió con tantas razones, representando tantas obligaciones que la obligaban á servir á doña Clementa, aun en cosas de más importancia, que mal de mi grado y con remordimiento de mi juicio hube de condescender con el gusto de doña Estefanía; asegurándome ella

que solos ocho días podía durar el embuste, los cuales estaríamos en casa de otra amiga suya. Acabámonos de vestir ella y yo, y luego, entrándose á despedir de la señora doña Clementa Bueso y del señor don Lope Meléndez de Almendárez, hizo á mi criado que se cargase el baul, y que la siguiese, á quien yo también seguí sin despedirme de nadie.

»Paró doña Estefanía en casa de una amiga suya, y antes de que entrásemos dentro, estuvo un buen espacio hablando con ella, al cabo del cual salió una moza, y dijo que entrásemos yo y mi criado. Llevónos á un aposento estrecho, en el cual había dos camas, tan juntas, que parecían una, á causa que no había espacio que las dividiese, y las sábanas de entrambas se besaban. En efecto: allí estuvimos seis días, y en todos ellos no se pasó hora que no tuviésemos pendencia, diciéndole la necedad que había hecho en haber dejado su casa y hacienda, aunque fuera á su misma madre.

»En esto iba yo y venía por momentos, tanto, que la huéspeda de casa, un día que doña Estefanía dijo que iba á ver en qué término estaba su negocio,

quiso saber de mí qué era la causa que me movia á reñir tanto con ella, y qué cosa habia hecho, que tanto se la afeaba, diciéndole que habia sido necedad notoria más que amistad perfecta. Contéle todo el cuento, y cuando llegué á decir que me habia casado con doña Estefanía, y la dote que trujo, y la simplicidad que habia hecho en dejar su casa y hacienda á doña Clementa, aunque fuese con tan sana intención como era alcanzar tan principal marido como don Lope, se comenzó á santiguar y hacerse cruces con tanta priesa, y con tanto—¡Jesús, Jesús, de la mala hembra!—que me puso en gran turbación, y al fin me dijo:

—»Señor Alférez: no sé si voy contra mi conciencia en descubriros lo que me parece que también la cargaría si lo callase; pero á Dios y á ventura, sea lo que fuere, viva la verdad y muera la mentira. La verdad es, que doña Clementa Bueso es la verdadera señora de la casa y de la hacienda de que os hicieron la dote; la mentira es todo cuanto os ha dicho doña Estefanía, que ni ella tiene casa ni hacienda, ni otro ves-

tido del que trae puesto; y el haber tenido lugar y espacio para hacer este embuste, fué que doña Clementa fué á visitar unos parientes suyos á la ciudad de Plasencia, y de allí fué á tener novenas en Nuestra Señora de Guadalupe, y en este entre tanto dejó en su casa á doña Estefanía que mirase por ella, porque, en efecto, son grandes amigas; aunque, bien mirado, no hay que culpar á la pobre señora, pues ha sabido granjear á una tal persona como la del señor Alférez por marido.—

»Aquí dió fin á su plática, y yo di principio á desesperarme, y sin duda lo hiciera, si tantico se descuidara el ángel de mi guarda en socorrerme, acudiendo á decirme en el corazón que mirase que era cristiano, y que el mayor pecado de los hombres era el de la desesperación, por ser pecado de demonios. Esta consideración ó buena inspiración me confortó algo; pero no tanto, que dejase de tomar mi capa y espada, y salir á buscar á doña Estefanía, con presupuesto de hacer en ella un ejemplar castigo; pero la suerte, que no sabré decir si mis cosas empeoraba ó mejoraba, ordenó que

en ninguna parte donde pensé hallar á doña Estefanía la hallase. Fuime á San Lorente, encomendéme á Nuestra Señora, sentéme sobre un escaño, y con la pesadumbre, me tomó un sueño tan pesado, que no despertara tan presto si no me despertaran. Fui, lleno de pensamientos y congojas, á casa de doña Clementa, y halléla con tanto reposo, como señora de su casa; no le osé decir nada, porque estaba el señor don Lope delante. Volví en casa de mi huéspeda, que me dijo haber contado á doña Estefanía cómo yo sabía toda su maraña y embuste, y que ella le preguntó qué semblante había yo mostrado con tal nueva, y que le habia respondido que muy malo, y que, á su parecer, habia salido yo con mala intención y con peor determinación á buscarla; díjome, finalmente, que doña Estefanía se habia llevado cuanto en el baul tenía, sin dejarme en él sino un sólo vestido de camino.

»Aquí fué ello; aquí me tuvo de nuevo Dios de su mano: fui á ver mi baul, y halléle abierto y como sepultura que esperaba cuerpo difunto, y á buena razón habia de ser el mio, si yo tuviera

entendimiento para saber sentir y ponderar tamaña desgracia.»

—Bien grande fué (dijo á esta sazón el licenciado Peralta), haberse llevado doña Estefanía tanta cadena y tanto cintillo; que, como suele decirse, todos los duelos, etc.

—Ninguna pena me dió esa falta (respondió el Alférez), pues también podré decir:—«Pensóse don Simueque que me engañaba con su hija la tuerta, y por Dios, contrecho soy de un lado.»—

—No sé á qué propósito puede vuesa merced decir eso, —respondió Peralta.

—El propósito es (respondió el Alférez) de que toda aquella balumba y aparatos de cadenas, cintillos y brincos, podía valer hasta diez ó doce escudos.

—Eso no es posible (replicó el Licenciado), porque la que el señor Alférez traía al cuello, mostraba pesar más de doscientos ducados.

—Así fuera (respondió el Alférez), si la verdad respondiera al parecer; pero, como no es todo oro lo que reluce, las cadenas, cintillos, joyas y brincos, con sólo ser de alquimia se contentaron; pero estaban tan bien hechas, que sólo

el toque ó el fuego podia descubrir su malicia.

—Desa manera (dijo el Licenciado), entre vuesa merced y la señora doña Estefania, pata es la traviesa.

—Y tan pata (respondió el Alférez), que podemos volver á barajar; pero el daño está, señor Licenciado, en que ella se podrá deshacer de mis cadenas, y yo no de la falsia de su término; y, en efecto, mal que me pese, es prenda mia.

—Dad gracias á Dios, señor Campuzano (dijo Peralta), que fué prenda con pies y que se os ha ido, y que no estáis obligado á buscarla.

—Así es (respondió el Alférez); pero, con todo esto, sin que la busque la hallo siempre en la imaginación, y adonde quiera que estoy tengo mi afrenta presente.

—No sé qué responderos (dijo Peralta), sino es traeros á la memoria dos versos de Petrarca, que dicen:

Che chi prende diletto di far frode,
Non s'ha di lamentar s'altro l'inganna.

Que responden en nuestro castellano.

«Que el que tiene costumbre y gusto de engañar á otro, no se debe quejar cuando es engañado.»

—Yo no me quejo (respondió el Alférez), sino lastímome; que el culpado, no por conocer su culpa, deja de sentir la pena del castigo. Bien veo que quise engañar y fui engañado, porque me hirieron por mis propios filos; pero no puedo tener tan á raya el sentimiento, que no me queje de mí mismo. Finalmente: por venir á lo que hace más al caso á mi historia (que este nombre se le puede dar al cuento de mis sucesos), digo que supe que se había llevado á doña Estefanía el primo que dije que se halló á nuestros desposorios, el cual de luengos tiempos atrás era su amigo á todo ruedo. No quise buscarla, por no hallar el mal que me faltaba. Mudé posada, y mudé el pelo dentro de pocos días; porque comenzaron á pelárseme las cejas y las pestañas, y poco á poco me dejaron los cabellos, y antes de edad me hice calvo, dándome una enfermedad que llaman lupicia, y por otro nombre más claro la pelarela. Halléme verdaderamente hecho pelón, porque ni tenía barbas que pei-

nar, ni dineros que gastar. Fué la enfermedad caminando al paso de mi necesidad, y como la pobreza atropella á la honra, y á unos lleva á la horca y á otros al hospital, y á otros les hace entrar por las puertas de sus enemigos con ruegos y sumisiones, que es una de las mayores miserias que pueden suceder á un desdichado, por no gastar en curarme los vestidos que me habian de cubrir y honrar en salud, llegado el tiempo en que se dan los sudores en el hospital de la Resurreccion, me entré en él, donde he tomado cuarenta sudores. Dicen que quedaré sano, si me guardo: espada tengo: lo demás, Dios lo remedie.

Ofreciósele de nuevo el Licenciado, admirándose de las cosas que le habia contado.

—Pues de poco se maravilla vuesa merced, señor Peralta (dijo el Alférez): que otros sucesos me quedan por decir que exceden á toda imaginación, pues van fuera de todos los términos de naturaleza: no quiera vuesa merced saber más, sino que son de suerte, que doy por bien empleadas todas mis desgracias,

por haber sido parte de haberme puesto en el hospital, donde vi lo que ahora diré, que es lo que ahora ni nunca vuesa merced podrá creer, ni habrá persona en el mundo que lo crea.

Todos estos preámbulos y encarecimientos que el Alférez hacía antes de contar lo que había visto, encendían el deseo de Peralta, de manera que con no menores encarecimientos le pidió que luego luego le dijese las maravillas que le quedaban por decir.

—Ya vuesa merced habrá visto (dijo el Alférez) dos perros que con dos linternas andan de noche con los hermanos de la capacha, alumbrándoles cuando piden limosna.

—Sí he visto,—respondió Peralta.

—También habrá visto ó oído vuesa merced (dijo el Alférez) lo que dellos se cuenta: que si acaso echan limosna de las ventanas, y se cae en el suelo, ellos acuden luego á alumbrar y á buscar lo que se cae, y se paran delante de las ventanas donde saben que tienen costumbre de darles limosna; y con ir allí con tanta mansedumbre, que más parecen corderos que perros, en el hospital

son unos leones, guardando la casa con grande cuidado y vigilancia.

—Yo he oído decir (dijo Peralta), que todo es así, pero eso no me puede ni debe causar maravilla.

—Pues lo que ahora dire dellos (dijo el Alferez), es razón que la cause, y que sin hacerse cruces ni alegar imposibles ni dificultades, vuesa merced se acomode á creerlo, y es, que yo oí y casi vi con mis ojos á estos dos perros, que el uno se llama Cipión y el otro Berganza, estar una noche, que fué la penúltima que acabé de sudar, echados detrás de mi cama en unas esteras viejas, y á la mitad de aquella noche, estando á oscuras y desvelado, pensando en mis pasados sucesos y presentes desgracias, oí hablar allí junto, y estuve con atento oído escuchando, por ver si podia venir en conocimiento de los que hablaban, y de lo que hablaban, y á poco rato vine á conocer, por lo que hablaban, los que hablaban, que eran los dos perros Cipión y Berganza.

Apenas acabó de decir esto Campuzano, cuando levantándose el Licenciado, dijo:

—Vuesa merced quede mucho en buen hora, señor Campuzano; que hasta aquí estaba en duda si creería ó no lo que de su casamiento me había contado, y esto que ahora me cuenta, de que oyó hablar los perros; me ha hecho declarar por la parte de no creelle ninguna cosa. Por amor de Dios, señor Alférez, que no cuente estos disparates á persona alguna, si ya no fuere á quien sea tan su amigo como yo.

—No me tenga vuesa merced por tan ignorante (replicó Campuzano), que no entienda que si no es por milagro, no pueden hablar los animales; que bien sé que si los tordos, picazas y papagayos hablan, no son sino las palabras que aprenden y toman de memoria, y por tener la lengua estos animales cómoda para poder pronunciarlas; mas no por esto pueden hablar y responder con discurso concertado, como estos perros hablaban; y así, muchas veces después que los oí, yo mismo no he querido dar crédito á mí mismo, y he querido tener por cosa soñada lo que realmente estando despierto con todos mis cinco sentidos, tales cuales Nuestro Señor fué servido

dármelos, oí, escuché, noté, y finalmente escribí; sin faltar palabra por su concierto; de donde se puede tomar indicio bastante que mueva y persuada á creer esta verdad que digo. Las cosas de que trataron fueron grandes y diferentes, y más para ser tratadas por varones sabios que para ser dichas por bocas de perros: así que, pues yo no las pude inventar de mío, á mi pesar y contra mi opinión vengo á creer que no soñaba y que los perros hablaban.

—¡Cuerpo de mí! (replicó el Licenciado): ¡si se nos ha vuelto el tiempo de Maricastaña, cuando hablaban las calabazas, ó el de Esopo, cuando departía el gallo con la zorra, y unos animales con otros!

—Uno dellos sería yo, y el mayor (replicó el Alférez), si creyese que ese tiempo ha vuelto, y aun también lo sería si dejase de creer lo que oí y lo que vi, y lo que me atreveré á jurar con juramento que obligue y aun fuerce á que lo crea la misma incredulidad, pero puesto caso que me haya engañado, y que mi verdad sea sueño, y el porfiarla disparate, ¿no se holgará vuesa merced, se-

ñor Peralta, de ver escritas en un coloquio las cosas que estos perros, ó sean quien fueren, hablaron?

—Como vuesa merced (replicó el Licenciado) no se canse más en persuadirme que oyó hablar á los perros, de muy buena gana oiré ese coloquio, que por ser escrito y notado del buen ingenio del señor Alférez, ya le juzgo por bueno.

—Pues hay en esto otra cosa (dijo el Alférez): que como yo estaba tan atento y tenía delicado el juicio, delicada, sutil y desocupada la memoria, merced á las muchas pasas y almendras que había comido, todo lo tomé de coro, y casi por las mismas palabras que había oído, lo escribí otro día, sin buscar colores retóricas para adornarlo, ni que añadir ni quitar para hacerle gustoso. No fué una noche sola la plática, que fueron dos consecutivamente, aunque yo no tengo escrita más de una, que es la vida de Berganza; y la del compañero Cipión pienso escribir (que fué la que se contó la noche segunda) cuando viere, ó que ésta se crea, ó á lo menos no se desprecie. El coloquio traigo en el seno: púselo en forma de coloquio, por ahorrar de *dijo*

Cipión, *respondio Berganza*, que suele alargar la escritura.

Y en diciendo esto, sacó del pecho un cartapacio, y le puso en las manos del Licenciado, el cual le tomó riyéndose y como haciendo burla de todo lo que había oído, y de lo que pensaba leer.

—Yo me recuesto (dijo el Alférez) en esta silla, en tanto que vuesa merced lee, si quiere, esos sueños ó disparates, que no tienen otra cosa de bueno, sino es el poderlos dejar cuando enfaden.

—Haga vuesa merced su gusto (dijo Peralta), que yo con brevedad me despediré desta lectura.

Recostóse el Alférez, abrió el Licenciado el cartapacio, y en el principio vió que estaba puesto este titulo:

COLOQUIO QUE PASÓ

entre

CIPIÓN Y BERGANZA

PERROS DEL HOSPITAL DE LA RESURRECCIÓN

que está en la ciudad de Valladolid, fuera de la puerta del Cambo, á quien comúnmente llaman los perros de Mabudes.

CIPIÓN.

Berganza amigo: dejemos esta noche el hospital en guarda de la confianza, y retirémonos á esta soledad y entre estas esteras, donde podremos gozar sin ser sentidos desta no vista merced que el cielo en un mismo punto á los dos nos ha hecho.

BERGANZA.

Cipión hermano, óyote hablar y sé que te hablo, y no puedo creerlo, por parecerme que el hablar nosotros pasa de los términos de naturaleza.

CIPIÓN.

Así es la verdad, Berganza, y viene á ser mayor este milagro en que, no solamente hablamos, sino en que hablamos con discurso, como si fuéramos capaces

de razón, estando tan sin ella, que la diferencia que hay del animal bruto al hombre, es ser el hombre animal racional, y el bruto irracional.

BERGANZA.

Todo lo que dices, Cipión, entiendo, y el decirlo tú y entenderlo yo me causa nueva admiración y nueva maravilla; bien es verdad que en el discurso de mi vida, diversas y muchas veces he oído decir grandes prerogativas nuestras, tanto, que parece que algunos han querido sentir que tenemos un natural distinto, tan vivo y tan agudo en muchas cosas, que da indicios y señales de faltar poco para mostrar que tenemos un no sé qué de entendimiento, capaz de discurso.

CIPIÓN.

Lo que yo he oído alabar y encarecer, es nuestra mucha memoria, el agradecimiento y gran fidelidad nuestra, tanto, que nos suelen pintar por símbolo de la amistad; y así habrás visto, si has mirado en ello, que en las sepulturas de alabastro, donde suelen estar las figuras de los que allí están enterrados, cuando son marido y mujer, ponen entre los dos, á los pies, una figura de perro, en

señal que se guardaron en la vida amistad y fidelidad inviolable.

BERGANZA.

Bien sé que ha habido perros tan agradecidos, que se han arrojado con los cuerpos difuntos de sus amos en la misma sepultura; otros han estado sobre las sepulturas donde estaban enterrados sus señores, sin apartarse dellas, sin comer hasta que se les acababa la vida; sé también que después del elefante, el perro tiene el primer lugar de parecer que tiene entendimiento; luego el caballo, y el último la jimia.

CIPIÓN.

Así es; pero bien confesarás que ni has visto ni oído decir jamás que haya hablado ningún elefante, perro, caballo ó mona: por donde me doy á entender que este nuestro hablar tan de improviso cae debajo del número de aquellas cosas que llaman portentos, las cuales, cuando se muestran y parecen, tiene averiguado la experiencia que alguna calamidad grande amenaza á las gentes.

BERGANZA.

Desa manera, no haré yo mucho en tener por señal portentosa lo que oí de-

cir los días pasados á un estudiante pasando por Alcalá de Henares.

CIPIÓN.

¿Qué le oiste decir?

BERGANZA.

Que de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la Universidad, los dos mil oían medicina.

CIPIÓN.

Pues ¿qué vienes á inferir deso?

BERGANZA.

Infiero, ó que estos dos mil médicos han de tener enfermos que curar (que sería alta plaga y mala ventura), ó ellos se han de morir de hambre.

CIPIÓN.

Pero, sea lo que fuere, nosotros hablamos, sea portento ó no; que lo que el cielo tiene ordenado que suceda, no hay diligencia ni sabiduría humana que lo pueda prevenir; y así, no hay para qué ponernos á disputar nosotros cómo ó por qué hablamos. Mejor será que este buen día, ó buena noche, la metamos en nuestra casa; y pues la tenemos tan buena en estas esteras, y no sabemos cuánto durará esta nuestra ventura, sepamos aprovecharnos della, y

hablemos toda esta noche, sin dar lugar al sueño que nos impida este gusto, de mí por largos tiempos deseado.

BERGANZA.

Y aun de mí, que desde que tuve fuerzas para roer un hueso, tuve deseo de hablar, para decir cosas que depositaba en la memoria, y allí, de antiguas y muchas, ó se enmohecían ó se me olvidaban; empero ahora, que tan sin pensarlo me veo enriquecido deste divino don de la habla, pienso gozarle y aprovecharme dél lo más que pudiere, dándome priesa á decir todo aquello que se me acordare, aunque sea atropellada y confusamente, porque no sé cuándo me volverán á pedir este bien, que por prestado tengo.

CIPIÓN.

Sea esta la manera, Berganza amigo: que esta noche me cuentes tu vida, y los trances por donde has venido al punto en que ahora te hallas; y si mañana en la noche estuviéremos con habla, yo te contaré la mía; porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias, que en procurar saber las ajenas vidas.

BERGANZA.

Siempre, Cipión, te he tenido por discreto y por amigo, y ahora más que nunca, pues como amigo, quieres decirme tus sucesos y saber los míos, y como discreto, has repartido el tiempo, donde podamos manifestallos; pero advierte primero si nos oye alguno.

CIPIÓN.

Ninguno, á lo que creo, puesto que aquí cerca está un soldado tomando sudores; pero en esta sazón más estará para dormir que para ponerse á escuchar á nadie.

BERGANZA.

Pues si puedo hablar con ese seguro, escucha; y si te cansare lo que te fuere diciendo, ó me reprende, ó manda que calle.

CIPIÓN.

Habla hasta que amanezca, ó hasta que seamos sentidos, que yo te escucharé de muy buena gana, sin impedirte sino cuando viere ser necesario.

BERGANZA.

Paréceme que la primera vez que vi el sol fué en Sevilla, y en su matadero, que está fuera de la puerta de la Carne;

por donde imaginara (si no fuera por lo que después diré) que mis padres debieron de ser alanos de aquellos que crían los ministros de aquella confusión, á quien llaman jiferos. El primero que conocí por amo, fué uno llamado Nicolás el Romo, mozo robusto, doblado y colérico, como lo son todos aquellos que ejercitan la jifería. Este tal Nicolás me enseñaba á mí y á otros cachorros á que, en compañía de alanos viejos, arremetiésemos á los toros y les hiciésemos presa de las orejas. Con mucha facilidad salí un águila en esto.

CIPIÓN.

No me maravillo, Berganza; que como el hacer mal viene de natural cosecha, fácilmente se aprende el haeerle.

BERGANZA.

¿Qué te diría, Cipión hermano, de lo que vi en aquel matadero, y de las cosas exorbitantes que en él pasan?

Primero has de presuponer que todos cuantos en él trabajan, desde el menor hasta el mayor, es gente ancha de conciencia, desalmada, sin temer al rey ni á su justicia; los más, amancebados, son aves de rapiña carniceras; mantiénense

ellos y sus amigas de lo que hurtan.

Todas las mañanas que son dias de carne, antes que amanezca están en el matadero gran cantidad de mujercillas y muchachos, todos con talegas, que viniendo vacias, vuelven llenas de pedazos de carne, y las criadas con criadillas y lomos medios y entero. No hay res alguna que se mate, de quien no lleve esta gente diezmos y primicias de lo más sabroso y bien parado; y como en Sevilla no hay obligado de la carne, cada uno puede traer la que quisiere, y la que primero se mata, ó es la mejor ó la de más baja postura; y con este concierto, hay siempre mucha abundancia. Los dueños se encomiendan á esta buena gente que he dicho, no para que no les hurten (que esto es imposible), sino para que se moderen en las tajadas y socaliñas que hacen en las reses muertas, que las escamondan y podan como si fuesen sauces ó parras; pero ninguna cosa me admiraba más ni me parecia peor, que el ver que estos jiferos, con la misma facilidad matan á un hombre que á una vaca; por quitame allá esa paja, á dos por tres, meten un cuchillo de cachas amarillas por la barriga de una

persona, como si acocotasen á un toro. Por maravilla se pasa día sin pendencias y sin heridas, y á veces sin muertes; todos se pican de valientes, y aun tienen sus puntas de rufianes; no hay ninguno que no tenga su ángel de guarda en la plaza de San Francisco, granjeado con lomos y lenguas de vaca. Finalmente, oí decir á un hombre discreto que tres cosas tenía el Rey por ganar en Sevilla: la calle de la Caza, la Costanilla y el Matadero.

CIPIÓN.

Si en contar las condiciones de los amos que has tenido y las faltas de sus oficios te has de estar, amigo Berganza, tanto como esta vez, menester será pedir al cielo nos conceda la habla siquiera por un año, y áun temo que al paso que llevas no llegaras á la mitad de tu historia. Y quiérote advertir de una cosa, de la cual verás la experiencia cuando te cuente los sucesos de mi vida, y es que los cuentos, unos encierran y tienen la gracia en ellos mismos, otros en el modo de contarlos; quiero decir, que algunos hay que, aunque se cuenten sin preámbulos y ornamentos de palabras, dan contento; otros hay, que es menester

vestirlos de palabras, y con demostraciones del rostro y de las manos, y con mudar la voz, se hacen algo de nonada, y de flojos y desmayados, se vuelven agudos y gustosos, y no se te olvide este advertimiento, para aprovecharte dél en lo que te queda por decir.

BERGANZA.

Yo lo haré asi, si pudiere, y si me da lugar la grande tentación que tengo de hablar, aunque me parece que con grandísima dificultad me podré ir á la mano.

CIPIÓN.

Vete á la lengua; que en ella consisten los mayores daños de la humana vida.

BERGANZA.

Digo, pues, que mi amo me enseñó á llevar una espuerta en la boca, y á defenderla de quien quitármela quisiese; enseñóme también la casa de su amiga, y con esto se excusó la venida de su criada al matadero, porque yo le llevaba las madrugadas lo que él había hurtado las noches. Y un dia que entre dos luces iba yo diligente á llevarle la porción, oí que me llamaban por mi nombre desde una ventana; alcé los ojos, y vi una moza hermosa en extremo; detúveme un

poco, y ella bajó á la puerta de la calle y me tornó á llamar; lleguéme á ella, como si fuera á ver lo que me quería, que no fué otra cosa que quitarme lo que llevaba en la cesta, y ponerme en su lugar un chapín viejo. Entonces dije entre mí: «La carne se ha ido á la carne.» Díjome la moza en habiéndome quitado la carne:

—Andad, Gavilán, ó como os llaméis, y decid á Nicolás el Romo, vuestro amo, que no se fíe de animales, y que del lobo un pelo, y ese, de la espuerta.—

Bien pudiera yo volver á quitar lo que me quitó; pero no quise, por no poner mi boca jifera y sucia en aquellas manos limpias y blancas.

CIPIÓN.

Hiciste muy bien, por ser prerogativa de la hermosura que siempre se le tenga respeto.

BERGANZA.

Así lo hice yo, y así me volví á mi amo sin la porción y con el chapín; parecióle que volví presto, vió el chapín, imaginó la burla, sacó uno de cachas, y tiróme una puñalada, que á no desviarme, nunca tú oyeras ahora este cuen-

to, ni aun otros muchos que pienso contarte. Puse pies en polvorosa, y tomando el camino en las manos y en los pies por detrás de San Bernardo, me fui por aquellos campos de Dios adonde la fortuna quisiese llevarme. Aquella noche dormí al cielo abierto, y otro día me deparó la suerte un hato ó rebaño de ovejas y carneros.

Así como le vi, creí que había hallado en él el centro de mi reposo, pareciéndome ser propio y natural oficio de los perros guardar ganado, que es obra donde se encierra una virtud grande, como es amparar y defender de los poderosos y soberbios los humildes y los que poco pueden. Apenas me hubo visto uno de tres pastores que el ganado guardaban, cuando diciendo: «¡To! ¡to!», me llamó, y yo, que otra cosa no deseaba, me llegué á él, bajando la cabeza y meneando la cola; trújome la mano por el lomo, abrióme la boca, escupióme en ella, miróme las presas, conoció mi edad, y dijo á otros pastores que yo tenía todas las señales de ser perro de casta. Llegó á este instante el señor del ganado sobre una yegua rucia á la jineta, con

lanza y adarga, que más parecía atajador de la costa que señor de ganado. Preguntó al pastor:

—¿Qué perro es éste, que tiene señales de ser bueno?

—Bien lo puede vuesa merced creer (respondió el pastor), que yo le he cotejado bien, y no hay señal en él que no muestre y prometa que ha de ser un gran perro: agora se llegó aquí, y no sé cuyo sea, aunque sé que no es de los rebaños de la redonda.

—Pues así es (respondió el señor), ponle luego el collar de Leoncillo, el perro que se murió, y denle la ración que á los demás y acaríciale todo cuanto pudieres, porque tome cariño al hato y se quede de hoy adelante en él.

En diciendo esto, se fué, y el pastor me puso luego al cuello unas carlancas llenas de puntas de acero, habiéndome dado primero en un dornajo gran cantidad de sopas en leche, y asimismo me puso nombre, y me llamó Barcino. Vime harto y contento con el segundo amo y con el nuevo oficio; mostréme solícito y diligente en la guarda del rebaño, sin apartarme dél sino las siestas, que me

iba á pasarlas, ó ya á la sombra de algún árbol, ó de algún ribazo ó peña, ó á la de alguna mata, á la margen de algun arroyo de los muchos que por allí corrian; y estas horas de mi sosiego no las pasaba ociosas, porque en ellas ocupaba la memoria en acordarme de muchas cosas, especialmente en la vida que había tenido en el matadero, y en la que tenía mi amo y todos los que, como él, están sujetos á cumplir los gustos impertinentes de sus amigas. ¡Oh, qué de cosas te pudiera decir ahora de las que aprendí en la escuela de aquella jifera dama de mi amo! Pero habrélas de callar, porque no me tengas por largo y por murmurador.

CIPIÓN.

Por haber oído decir que dijo un gran poeta de los antiguos que era difícil cosa el escribir sátiras, consentiré que murmures un poco de luz, y no de sangre; quiero decir, que señales, y no hieras; no des mate á ninguno en cosa señalada; que no es buena la murmuración, aunque haga reir á muchos, si mata á uno; y si puedes agradar sin ella, te tendré por muy discreto.

BERGANZA.

Yo tomaré tu consejo, y esperaré con gran deseo que llegue el tiempo en que me cuentes tus sucesos; que de quien tan bien sabe conocer y enmendar los defectos que tengo en contar los míos, bien se puede esperar que contará los suyos de manera que enseñen y deleiten á un mismo punto. Pero, anudando el roto hilo de mi cuento, digo que en aquel silencio y soledad de mis siestas, entre otras cosas, consideraba que no debía de ser verdad lo que había oído contar de la vida de los pastores, á lo menos de aquellos que la dama de mi amo leía en unos libros, cuando yo iba á su casa, que todos trataban de pastores y pastoras, diciendo que se les pasaba toda la vida cantando y tañendo con gaitas, zampoñas, rabeles y churumbelas, y con otros instrumentos extraordinarios. Deteníame á oirla leer, y leía cómo el pastor de Anfriso cantaba extremada y divinamente, alabando á la sin par Belisarda, sin haber en todos los montes de Arcadia árbol en cuyo tronco no se hubiese sentado á cantar, desde que salía el sol en los brazos del Aurora hasta

que se ponía en los de Tetis; y aun después de haber tendido la negra noche por la faz de la tierra sus negras y oscuras alas, él no cesaba de sus bien cantadas y mejor lloradas quejas. No se le quedaba entre renglones el pastor Elicio, más enamorado que atrevido, de quien decía que sin atender á sus amores ni á su ganado, se entraba en los cuidados ajenos. Decía también que el gran pastor de Filida, único pintor de un retrato, había sido más confiado que dichoso. De los desmayos de Sireno y arrepentimiento de Diana, decía que daba gracias á Dios y á la sabia Felicia, que con su agua encantada deshizo aquella máquina de enredos y aclaró aquel laberinto de dificultades. Acordábame de otros muchos libros que de este jaez le había oido leer, pero no eran dignos de traerlos á la memoria.

CIPIÓN.

Aprovechándote vas, Berganza, de mi aviso; murmura, pica y pasa, y sea tu intención limpia, aunque la lengua no lo parezca.

BERGANZA.

En estas materias nunca tropieza la

lengua, si no cae primero la intención; pero si acaso por descuido ó por malicia murmurare, responderé á quien me reprendiere, lo que respondió Mauleón, poeta tonto y académico de burla de la academia de los Imitadores, á uno que le preguntó qué quería decir *Deum de deo*, y respondió que: Dé donde diere.

CIPIÓN.

Esa fué respuesta de un simple; pero tú, si eres discreto ó lo quieres ser, nunca has de decir cosa de que debas dar disculpa. Di adelante.

BERGANZA.

Digo que todos los pensamientos que he dicho, y muchos más, me causaron ver los diferentes tratos y ejercicios que mis pastores y todos los demás de aquella marina tenían, de aquellos que había oído leer que tenían los pastores de los libros; porque si los míos cantaban, no eran canciones acordadas y bien compuestas, sino un *cata el lobo dó va, Juanica*, y otras cosas semejantes; y esto no al son de churumbelas, rabeles ó gaitas, sino al que hacía el dar un cayado con otro ó al de algunas tejuelas puestas entre los dedos; y no con voces delica-

das, sonoras y admirables, sino con voces roncas, que, solas ó juntas, parecía, no que cantaban, sino que gritaban ó gruñian. Lo más del dia se les pasaba espulgándose ó remendándose sus abarcas; ni entre ellos se nombraban Amarilis, Filidas, Galateas y Dianas, ni habia Lisardos, Lausos, Jacintos ni Riselos: todos eran Antones, Domingos, Pablos ó Llorentes; por donde vine á entender lo que pienso que deben de creer todos: que todos aquellos libros son cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de los ociosos, y no verdad alguna, que á serlo, entre mis pastores hubiera alguna reliquia de aquella felicísima vida y de aquellos amenos prados, espaciosas selvas, sagrados montes, hermosos jardines, arroyos claros y cristalinas fuentes, y de aquellos tan honestos cuanto bien declarados requiebros, y de aquel desmayarse aquí el pastor, allí la pastora, acullá resonar la zampoña del uno, acá el caramillo del otro.

CIPIÓN.

Basta, Berganza: vuelve á tu senda, y camina.

BERGANZA.

Agradézcotelo, Cipión amigo; porque si no me avisaras, de manera se me iba calentando la boca, que no parara hasta pintarte un libro entero destos que me tenían engañado; pero tiempo vendrá en que lo diga todo con mejores razones y con mejor discurso que ahora.

CIPIÓN.

Mírate á los pies, y desharás la rueda, Berganza; quiero decir que mires que eres un animal que carece de razón, y si ahora muestras tener alguna, ya hemos averiguado entre los dos ser cosa sobrenatural y jamás vista.

BERGANZA.

Eso fuera así si yo estuviera en mi primera ignorancia; mas ahora, que me ha venido á la memoria lo que te había de haber dicho al principio de nuestra plática, no sólo no me maravillo de lo que hablo, pero espántome de lo que dejo de hablar.

CIPIÓN.

¿Pues ahora no puedes decir lo que ahora se te acuerda?

BERGANZA.

Es una cierta historia que me pasó

con una grande hechicera, discípula de la Camacha de Montilla.

CIPIÓN.

Digo que me la cuentes antes que pases más adelante en el cuento de tu vida.

BERGANZA.

Eso no haré yo por cierto hasta su tiempo; ten paciencia, y escucha por su orden mis sucesos, que así te darán más gusto, si ya no te fatiga querer saber los medios antes de los principios.

CIPIÓN.

Sé breve, y cuenta lo que quisieres y como quisieres.

BERGANZA.

Digo, pues, que yo me hallaba bien con el oficio de guardar ganado, por parecerme que comía el pan de mi sudor y trabajo, y que la ociosidad, raíz y madre de todos los vicios, no tenía que ver conmigo, á causa que si los días holgaba, las noches no dormía, dándonos asaltos á menudo y tocándonos al arma los lobos; y apenas me habían dicho los pastores: *Al lobo, Barcino*, cuando acudía, primero que los otros perros, á la parte que me señalaban que estaba el

lobo; corría los valles, escudriñaba los montes, desentrañaba las selvas, saltaba barrancos, cruzaba caminos, y á la mañana volvía al hato, sin haber hallado lobo ni rastro dél, anhelando, cansado, hecho pedazos y los pies abiertos de los garranchos, y hallaba en el hato, ó ya una oveja muerta, ó un carnero degollado y medio comido del lobo. Desesperábame de ver de cuán poco servía mi mucho cuidado y diligencia.

Venía el señor del ganado, salían los pastores á recebirle con las pieles de la res muerta; culpaba á los pastores por negligentes, y mandaba castigar á los perros por perezosos. Llovían sobre nosotros palos, y sobre ellos reprensiones; y así, viéndome un día castigado sin culpa, y que mi cuidado, ligereza y braveza no eran de provecho para coger el lobo, determiné de mudar estilo, no desviándome á buscarle, como tenía de costumbre, lejos del rebaño, sino estarme junto á él; que pues el lobo allí venía, allí sería más cierta la presa.

Cada semana nos tocaban á rebato, y en una oscurísima noche tuve yo vista para ver los lobos, de quien era impo-

sible que el ganado se guardase. Agachéme detrás de una mata, pasaron los perros, mis compañeros, adelante, y desde allí oteé y vi que dos pastores asieron de un carnero de los mejores del aprisco, y le mataron de manera, que verdaderamente pareció á la mañana que había sido su verdugo el lobo. Pasméme, quedé suspenso cuando vi que los pastores eran los lobos, y que despedazaban el ganado los mismos que le habían de guardar. Al punto hacían saber á su amo la presa del lobo, dábanle el pellejo y parte de la carne, y comíanse ellos lo más y lo mejor. Volvía á reñirles el señor, y volvía también el castigo de los perros; no había lobos, menguaba el rebaño; quisiera yo descubrillo, hallábame mudo; todo lo cual me traía lleno de admiración y congoja. «¡Válame Dios! (decía entre mí.) ¿Quién podrá remediar esta maldad? ¿Quién será poderoso á dar á entender que la defensa ofende, que las centinelas duermen, que la confianza roba, y que el que os guarda os mata?»

CIPIÓN.

Y decías muy bien, Berganza; porque no hay mayor ni más sutil ladrón

que el doméstico, y así mueren muchos más de los confiados que de los recatados; pero el daño está en que es imposible que puedan pasar bien las gentes en el mundo si no se fía y se confía; mas quédese aquí esto, que no quiero que parezcamos predicadores. Pasa adelante.

BERGANZA.

Paso adelante, y digo que determiné dejar aquel oficio, aunque parecía tan bueno, y escoger otro, donde por hacerle bien, ya que no fuese remunerado, no fuese castigado. Volvíme á Sevilla, y entré á servir á un mercader muy rico.

CIPIÓN.

¿Qué modo tenías para entrar con amo? Porque, según lo que se usa, con gran dificultad el día de hoy halla un hombre de bien señor á quien servir. Muy diferentes son los señores de la tierra del Señor del cielo; aquellos para recebir un criado primero le espulgan el linaje, examinan la habilidad, le marcan la apostura, y aun quieren saber los vestidos que tiene; pero para entrar á servir á Dios, el más pobre es más rico, el más humilde de mejor linaje, y con sólo que

se disponga con limpieza de corazón á querer servirle, luego le manda poner en el libro de sus gajes, señalándoselos tan aventajados, que de muchos y grandes, apenas pueden caber en su deseo.

BERGANZA.

Todo eso es predicar, Cipión amigo.

CIPIÓN.

Así me lo parece á mí, y así callo.

BERGANZA.

Á lo que me preguntaste del orden que tenía para entrar con amo, digo que ya tú sabes que la humildad es la basa y fundamento de todas las virtudes, y que sin ella no hay ninguna que lo sea. Ella allana inconvenientes, vence dificultades, y es un medio que siempre á gloriosos fines nos conduce; de los enemigos hace amigos, templa la cólera de los airados y menoscaba la arrogancia de los soberbios; es madre de la modestia y hermana de la templanza; en fin, con ella no pueden atravesar triunfo que les sea de provecho los vicios, porque en su blandura y mansedumbre se embotan y despuntan las flechas de los pecados. Desta, pues, me aprovechaba yo cuando quería entrar á servir en alguna casa,

habiendo primero considerado y mirado muy bien ser casa que pudiese mantener y donde pudiese entrar un perro grande; luego arrimábame á la puerta, y cuando, á mi parecer, entraba algún forastero, le ladraba, y cuando venía el señor, bajaba la cabeza, y moviendo la cola, me iba á él, y con la lengua le limpiaba los zapatos. Si me echaba á palos, sufríalos, y con la misma mansedumbre volvía á hacer halagos al que me apaleaba, que ninguno segundaba, viendo mi porfía y mi noble término. Desta manera, á dos porfías me quedaba en casa; servía bien, queríanme luego bien, y nadie me despidió si no era que yo me despidiese, ó por mejor decir, me fuese; y tal vez hallé amo, que este fuera el día que yo estuviera en su casa, si la contraria suerte no me hubiera perseguido.

CIPIÓN.

De la misma manera que has contado, entraba yo con los amos que tuve, y parece que nos leímos los pensamientos.

BERGANZA.

Como en esas cosas nos hemos encontrado, si no me engaño, y yo te las diré á su tiempo, como tengo prometido, y

ahora escucha lo que me sucedió después que dejé el ganado en poder de aquellos perdidos.

Volvíme á Sevilla, como dije, que es amparo de pobres y refugio de desechados; que en su grandeza, no sólo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes; arriméme á la puerta de una gran casa de un mercader, hice mis acostumbradas diligencias, y á pocos lances me quedé en ella. Recebiéronme para tenerme atado detrás de la puerta de dia, y suelto de noche; servía con gran cuidado y diligencia, ladraba á los forasteros y gruñia á los que no eran muy conocidos; no dormía de noche, visitando los corrales, subiendo á los terrados, hecho universal centinela de la mía y de las casas ajenas.

Agradóse tanto mi amo de mi buen servicio, que mandó que me tratasen bien, y me diesen ración de pan, y los huesos que se levantasen ó arrojasen de su mesa, con las sobras de la cocina, á lo que yo me mostraba agradecido, dando infinitos saltos cuando veía á mi amo, especialmente cuando venía de fuera, que eran tantas las muestras de regocijo que

daba, y tantos los saltos, que mi amo ordenó que me desatasen y me dejasen andar suelto de día y de noche. Como me vi suelto, corrí á él, rodeéle todo, sin osar llegarle con las manos, acordándome de la fábula de Esopo, cuando aquel asno tan asno, que quiso hacer á su señor las mismas caricias que le hacía una perrilla regalada suya, que le granjearon ser molido á palos. Parecióme que en esta fábula se nos dió á entender que las gracias y donaires de algunos no están bien en otros: apode el truhán, juegue de manos y voltee el histrión, rebuzne el pícaro, imite el canto de los pájaros y los diversos gestos y acciones de los animales y los hombres el hombre bajo que se hubiere dado á ello, y no lo quiera hacer el hombre principal, á quien ninguna habilidad destas le puede dar crédito ni nombre honroso.

CIPIÓN.

Basta; adelante, Berganza, que ya estás entendido.

BERGANZA.

¡Ojalá que como tú me entiendes me entendiesen aquellos por quien lo digo!

:

que no sé qué tengo de buen natural, que me pesa infinito cuando veo que un caballero se hace chocarrero y se precia que sabe jugar los cubiletes y las agallas, y que no hay quien como él sepa bailar la chacona. Un caballero conozco yo, que se alababa que á ruegos de un sacristán habia cortado de papel treinta y dos flores para poner en un monumento, sobre paños negros, y destas cortaduras hizo tanto caudal, que así llevaba á sus amigos á verlas, como si los llevara á ver las banderas y despojos de enemigos que sobre la sepultura de sus padres y abuelos estaban puestas.

Este mercader, pues, tenia dos hijos, el uno de doce y el otro de hasta catorce años, los cuales estudiaban gramática en el estudio de la Compañia de Jesús: iban con autoridad, con ayo y con pajes, que les llevaban los libros y aquel que llaman *vade mecum*. El verlos ir con tanto aparato, en sillas si hacia sol, en coche si llovia, me hizo considerar y reparar en la mucha llaneza con que su padre iba á la lonja á negociar sus negocios, porque no llevaba otro criado que un negro, y algunas veces se desmandaba á ir

en un machuelo aun no bien aderezado.

CIPIÓN.

Has de saber, Berganza, que es costumbre y condición de los mercaderes de Sevilla, y aun de las otras ciudades, mostrar su autoridad y riqueza, no en sus personas, sino en las de sus hijos; porque los mercaderes son mayores en su sombra que en sí mismos, y como ellos por maravilla atienden á otra cosa que á sus tratos y contratos, trátanse modestamente, y como la ambición y la riqueza muere por manifestarse, revienta por sus hijos, y así los tratan y autorizan como si fuesen hijos de algún príncipe; y algunos hay que les procuran títulos y ponerles en el pecho la marca que tanto distingue la gente principal de la plebeya.

BERGANZA.

Ambición es, pero ambición generosa, la de aquel que pretende mejorar su estado sin perjuicio de tercero.

CIPIÓN.

Pocas ó ninguna vez se cumple con la ambición, que no sea con daño de tercero.

BERGANZA.

Ya hemos dicho que no hemos de murmurar.

CIPIÓN.

Sí, que yo no murmuro de nadie.

BERGANZA.

Ahora acabo de confirmar por verdad lo que muchas veces he oído decir. Acaba un maldiciente murmurador de echar á perder diez linajes y de calumniar veinte buenos, y si alguno le reprende por lo que ha dicho, responde que él no ha dicho nada, y que si ha dicho algo, no lo ha dicho por tanto, y que si pensara que alguno se habia de agraviar, no lo dijera. A la fe, Cipión, mucho ha de saber y muy sobre los estribos ha de andar el que quisiere sustentar dos horas de conversación sin tocar los limites de la murmuración; porque yo veo en mí que, con ser un animal como soy, á cuatro razones que digo, me acuden palabras á la lengua como mosquitos al vino, y todas maliciosas y murmurantes; por lo cual vuelvo á decir lo que otra vez he dicho, que el hacer y decir malo lo heredamos de nuestros primeros padres y lo mamamos en la leche. Vese claro en que

apenas ha sacado el niño el brazo de las fajas, cuando levanta la mano, con muestra de querer vengarse de quien, á su parecer, le ofende; y casi la primera palabra articulada que habla, es llamar puta á su ama ó á su madre.

CIPIÓN.

Así es verdad, y yo confieso mi yerro, y quiero que me le perdones, pues te he perdonado tantos; echemos pelillos á la mar, como dicen los muchachos, y no murmuremos de aquí adelante; y sigue tu cuento, que le dejaste en la autoridad con que los hijos del mercader, tu amo, iban al estudio de la Compañía de Jesús.

BERGANZA.

A él me encomiendo en todo acontecimiento; y aunque el dejar de murmurar lo tengo por dificultoso, pienso usar de un remedio, que oí decir que usaba un gran jurador, el cual, arrepentido de su mala costumbre, cada vez que después de su arrepentimiento juraba, se daba un pellizco en el brazo ó besaba la tierra en pena de su culpa; pero con todo esto juraba. Así yo, cada vez que fuere contra el precepto que me has dado de que no murmure y contra la intención que

tengo de no murmurar, me morderé el pico de la lengua, de modo que me duela, y me acuerde de mi culpa, para no volver á ella.

CIPIÓN.

Tal es ese remedio, que si usas dél, espero que te has de morder tantas veces, que has de quedar sin lengua, y así quedarás imposibilitado de murmurar.

BERGANZA.

Á lo menos yo haré de mi parte mis diligencias, y supla las faltas el cielo. Y así, digo que los hijos de mi amo se dejaron un dia un cartapacio en el patio, donde yo á la sazón estaba; y como estaba enseñado á llevar la esportilla del jifero mi amo, así del *vade mecum* y fuime tras ellos, con intención de no soltalle hasta el estudio. Sucedióme todo como lo deseaba; que mis amos, que me vieron venir con el *vade mecum* en la boca asido sotilmente de las cintas, mandaron á un paje que me le quitase; mas yo no lo consentí, ni le solté hasta que entré en el aula; cosa que causó risa á todos los estudiantes. Lleguéme al mayor de mis amos, y á mi parecer con mucha crianza, se le puse en las manos, y que-

déme sentado en cuclillas á la puerta del aula, mirando de hito en hito al maestro que en la cátedra leía.

No sé qué tiene la virtud, que con alcanzárseme á mí tan poco ó nada della, luego recebí gusto de ver el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban á aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban. Consideraba cómo los reñían con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los incitaban con premios y los sobrellevaban con cordura, y, finalmente, cómo les pintaban la fealdad y horror de los vicios, y les dibujaban la hermosura de las virtudes, para que, aborrecidos ellos y amadas ellas, consiguiesen el fin para que fueron criados.

CIPIÓN.

Muy bien dices, Berganza, porque yo he oído decir desa bendita gente, que para repúblicos del mundo no los hay tan prudentes en todo él, y para guiadores y adalides del camino del cielo, pocos

les llegan. Son espejos donde se mira la honestidad, la católica doctrina, la singular prudencia, y, finalmente, la humildad profunda, basa sobre quien se levanta todo el edificio de la bienaventuranza.

BERGANZA.

Todo es así como lo dices. Y siguiendo mi historia, digo que mis amos gustaron de que les llevase siempre el *vade mecum*, lo que hice de muy buena voluntad, con lo cual tenía una vida de rey, y aun mejor, porque era descansada, á causa que los estudiantes dieron en burlarse conmigo, y domestiquéme con ellos de tal manera, que me metían la mano en la boca, y los más chiquillos subían sobre mí, arrojaban los bonetes ó sombreros, y yo se los volvía á la mano limpiamente y con muestras de grande regocijo. Dieron en darme de comer cuanto ellos podían, y gustaban de ver que cuando me daban nueces ó avellanas, las partía como mona, dejando las cáscaras y comiendo lo tierno; tal hubo, que por hacer prueba de mi habilidad, me trujo en un pañuelo gran cantidad de ensalada, la cual comí como si fuera persona. Era tiempo de

invierno, cuando campean en Sevilla los molletes y mantequillas, de quien era tan bien servido, que más de dos *Antonios* se empeñaron ó vendieron para que yo almorzase.

Finalmente: yo pasaba una vida de estudiante sin hambre y sin sarna, que es lo más que se puede encarecer para decir que era buena; porque si la sarna y la hambre no fuesen tan unas con los estudiantes, en las vidas no habría otra de más gusto y pasatiempo, porque corren parejas en ellas la virtud y el gusto, y se pasa la mocedad aprendiendo y holgándose.

Desta gloria y desta quietud me vino á quitar una señora, que á mi parecer llaman por ahí razón de Estado, que cuando con ella se cumple, se ha de descumplir con otras razones muchas. Es el caso, que á aquellos señores maestros les pareció que la media hora que hay de lición á lición, la ocupaban los estudiantes, no en repasar las liciones, sino en holgarse conmigo; y así ordenaron á mis amos que no me llevasen más al estudio. Obedecieron, volviéronme á casa y á la antigua guarda

de la puerta, y sin acordarse el señor viejo de la merced que me habia hecho de que de dia y de noche anduviese suelto, volví á entregar el cuello á la cadena y el cuerpo á una esterilla que detrás de la puerta me pusieron.

¡Ay, amigo Cipión, si supieses cuán dura cosa es de sufrir el pasar de un estado felice á un desdichado! Mira: cuando las miserias y desdichas tienen larga la corriente y son continuas, ó se acaban presto con la muerte, ó la continuación dellas hace un hábito y costumbre en padecellas, que suele en su mayor rigor servir de alivio; mas cuando de la suerte desdichada y calamitosa, sin pensarlo y de improviso, se sale á gozar de otra suerte próspera, venturosa y alegre, y de allí á poco se vuelve á padecer la suerte primera y á los primeros trabajos y desdichas, es un dolor tan riguroso, que si no acaba la vida, es por atormentarla más viviendo.

Digo, en fin, que volví á mi ración perruna y á los huesos que una negra de casa me arrojaba, y aun estos me diezmaban dos gatos romanos; que, como sueltos y ligeros, érales fácil quitarme

lo que no caía debajo del distrito que alcanzaba mi cadena. Cipión hermano, así el cielo te conceda el bien que deseas, que sin que te enfades me dejes ahora filosofar un poco; porque si dejase de decir las cosas que en este instante me han venido á la memoria, de aquellas que entonces me ocurrieron, me parece que no sería mi historia cabal ni de fruto alguno.

CIPIÓN.

Advierte, Berganza, no sea tentación del demonio esa gana de filosofar que dices te ha venido; porque no tiene la murmuración mejor velo para paliar y encubrir su maldad disoluta, que darse á entender el murmurador que todo cuanto dice son sentencias de filósofos, y que el decir mal es reprensión, y el descubrir los defectos ajenos buen celo; y no hay vida de ningún murmurante, que si la consideras y escudriñas, no la halles llena de vicios y de insolencias. Y debajo de saber esto, filosofea ahora cuanto quisieres.

BERGANZA.

Seguro puedes estar, Cipión, de que más murmure, porque así lo tengo pro-

puesto. Es, pues, el caso, que como me estaba todo el día ocioso, y la ociosidad sea madre de los pensamientos, dí en repasar por la memoria algunos latines que me quedaron en ella, de muchos que oí cuando fui con mis amos al estudio, con que, á mi parecer, me hallé algo más mejorado de entendimiento, y determiné, como si hablar supiera, aprovecharme dellos en las ocasiones que se me ofreciesen, pero en manera diferente de la que se suelen aprovechar algunos ignorantes. Hay algunos romancistas que en las conversaciones disparan de cuando en cuando con algún latin breve y compendioso, dando á entender á los que no lo entienden, que son grandes latinos, y apenas saben declinar un nombre ni conjugar un verbo.

CIPIÓN.

Por menor daño tengo ese que el que hacen los que verdaderamente saben latin, de los cuales hay algunos tan imprudentes, que hablando con un zapatero ó con un sastre arrojan latines como agua.

BERGANZA.

Deso podremos inferir que tanto peca

el que dice latines delante de quien los ignora, como el que los dice ignorándolos.

CIPIÓN.

Pues otra cosa puedes advertir, y es, que hay algunos que no les excusa el ser latinos, de ser asnos.

BERGANZA.

Pues ¿quién lo duda? La razón está clara, pues cuando en tiempo de los romanos hablaban todos latín, como lengua materna suya, algún majadero habría entre ellos, á quien no excusaría el hablar latín dejar de ser necio.

CIPIÓN.

Para saber callar en romance y hablar en latín, discreción es menester, hermano Berganza.

BERGANZA.

Así es; porque tan bien se puede decir una necedad en latín como en romance, y yo he visto letrados tontos y gramáticos pesados, y romancistas vareteados con sus listas de latín, que con mucha facilidad pueden enfadar al mundo, no una, sino muchas veces.

CIPIÓN.

Dejemos esto, y comienza á decir tus filosofías.

BERGANZA.

Ya las he dicho; estas son que acabo de decir.

CIPIÓN.

¿Cuáles?

BERGANZA.

Estas de los latines y romances, que yo comencé y tú acabaste.

CIPIÓN.

¿Al murmurar llamas filosofar? Así va ello; canoniza, canoniza, Berganza, á la maldita plaga de la murmuración, y dale el nombre que quisieres; que ella dará á nosotros el de cínicos, que quiere decir perros murmuradores; y por tu vida, que calles ya, y sigas tu historia.

BERGANZA.

¿Cómo la tengo de seguir si callo?

CIPIÓN.

Quiero decir que la sigas de golpe, sin que la hagas que parezca pulpo, según la vas añadiendo colas.

BERGANZA.

Habla con propiedad: que no se llaman colas las del pulpo.

CIPIÓN.

Ese es el error que tuvo el que dijo que no era torpedad ni vicio nombrar las

cosas por sus propios nombres, como si no fuese mejor, ya que sea forzoso nombrarlas, decirlas por circunloquios y rodeos, que templen la asquerosidad que causa el oirlas por sus mismos nombres. Las honestas palabras dan indicio de la honestidad del que las pronuncia ó las escribe.

BERGANZA.

Quiero creerte, y digo que, no contenta mi fortuna de haberme quitado de mis estudios, y de la vida que en ellos pasaba tan regocijada y compuesta, y haberme puesto atraillado tras de una puerta, y de haber trocado la liberalidad de los estudiantes en la mezquindad de la negra, ordenó de sobresaltarme en lo que ya por quietud y descanso tenía.

Mira, Cipión: ten por cierto y averiguado, como yo lo tengo, que al desdichado las desdichas le buscan, y le hallan aunque se esconda en los últimos rincones de la tierra. Dígolo, porque la negra de casa estaba enamorada de un negro, asimismo esclavo de casa, el cual negro dormía en el zaguán, que es entre la puerta de la calle y la de en medio, detrás de la cual yo estaba, y no se podían

juntar sino de noche, y para esto habian hurtado ó contrahecho las llaves, y asi las más de las noches bajaba la negra, y tapándome la boca con algún pedazo de carne ó queso, abria al negro, con quien se daba buen tiempo, facilitándolo mi silencio y á costa de muchas cosas que la negra hurtaba. Algunos dias me estragaron la conciencia las dádivas de la negra, pareciéndome que sin ellas se me apretarian las ijadas, y daria de mastin en galgo; pero, en efecto, llevado de mi buen natural, quise responder á lo que á mi amo debia, pues tiraba sus gajes y comia su pan, como lo deben hacer, no sólo los perros honrados, á quienes se les da renombre de agradecidos, sino todos aquellos que sirven.

CIPIÓN.

Esto si, Berganza, quiero que pase por filosofía, porque son razones que consisten en buena verdad y buen entendimiento; y adelante, y no hagas soga, por no decir cola, de tu historia.

BERGANZA.

Primero te quiero rogar me digas, si es que lo sabes, qué quiere decir filosofía; que aunque yo la nombro, no sé lo

que es: solo me doy á entender que es cosa buena.

CIPIÓN.

Con brevedad te lo diré. Este nombre se compone de dos nombres griegos, que son *filos* y *sofia*: *filos* quiere decir amor, y *sofia* la ciencia; así que *filosofía* significa amor de la ciencia, y filósofo, amador de la ciencia.

BERGANZA.

Mucho sabes, Cipión: ¿quién diablos te enseñó á ti nombres griegos?

CIPIÓN.

Verdaderamente, Berganza, que eres simple, pues desto haces caso; porque estas son cosas que las saben los niños de la escuela, y también hay quien presuma saber la lengua griega sin saberla, como la latina ignorándola.

BERGANZA.

Eso es lo que yo digo, y quisiera que á estos tales los pusieran en una prensa, y á fuerza de vueltas les sacaran el jugo de lo que saben, porque no anduviesen engañando al mundo con el oropel de sus gregüescos rotos y sus latines falsos, como hacen los portugueses con los negros de Guinea.

CIPIÓN.

Ahora sí, Berganza, que te puedes morder la lengua, y tarazármela yo, porque todo cuanto decimos es murmurar.

BERGANZA.

Sí, que no estoy obligado á hacer lo que he oido decir que hizo un llamado Corondas, tirio, el cual puso ley que ninguno entrase en el ayuntamiento de su ciudad con armas, so pena de vida. Descuidóse desto, y otro dia entró en el cabildo ceñida la espada: advirtiéronselo, y acordándose de la pena por él puesta, al momento desenvainó su espada, y se pasó con ella el pecho, y fué el primero que puso y quebrantó la ley, y pagó la pena. Lo que yo dije no fué poner ley, sino prometer que me morderia la lengua cuando murmurase; pero ahora no van las cosas por el tenor y rigor de las antiguas, hoy se hace una ley y mañana se rompe, y quizá conviene que así sea. Ahora promete uno de enmendarse de sus vicios, y de allí á un momento cae en otros mayores. Una cosa es alabar la disciplina, y otra el darse con ella, y en efecto, del dicho al hecho hay gran trecho. Muérdase el diablo, que yo no quie-

ro morderme, ni hacer finezas detrás de una estera, donde de nadie soy visto que pueda alabar mi honrosa determinación.

CIPIÓN.

Según eso, Berganza, si tú fueras persona, fueras hipócrita, y todas las obras que hicieras fueran aparentes, fingidas y falsas, cubiertas con la capa de la virtud, sólo porque te alabaran, como todos los hipócritas hacen.

BERGANZA.

No sé lo que entonces hiciera: esto sé que quiero hacer ahora, que es no morderme, quedándome tantas cosas por decir, que no sé cómo ni cuándo podré acabarlas, y más estando temeroso que al salir del sol nos hemos de quedar á oscuras, faltándonos la habla.

CIPIÓN.

Mejor lo hará el cielo. Sigue tu historia, y no te desvíes del camino carretero con impertinentes digresiones; y así, por larga que sea, la acabarás presto.

BERGANZA.

Digo, pues, que habiendo visto la insolencia, latrocinio y deshonestidad de

los negros, determiné, como buen criado, estorbarlo por los mejores medios que pudiese, y pude tan bien, que salí con mi intento. Bajaba la negra, como has oido, á refocilarse con el negro, fiada en que me enmudecían los pedazos de carne, pan ó queso que me arrojaba.... Mucho pueden las dádivas, Cipión.

CIPIÓN.

Mucho. No te diviertas, pasa adelante.

BERGANZA.

Acuérdome que cuando estudiaba oí decir al preceptor un refrán latino, que ellos llaman adagio, que decía: *Habet bobem in lingua.*

CIPIÓN.

¡Oh! Que en hora mala hayáis encajado vuestro latín. ¿Tan presto se te ha olvidado lo que poco ha dijimos contra los que entremeten latines en las conversaciones de romance?

BERGANZA.

Este latín viene aquí de molde; que has de saber que los atenienses usaban, entre otras, de una moneda sellada con la figura de un buey, y cuando algún juez dejaba de decir ó hacer lo que era

razón y justicia por estar cohechado, decían: «Este tiene el buey en la lengua.»

CIPIÓN.

La aplicación falta.

BERGANZA.

¿No está bien clara, si las dádivas de la negra me tuvieron muchos días mudo, que ni quería ni osaba ladrar cuando bajaba á verse con su negro enamorado? Por lo que vuelvo á decir que pueden mucho las dádivas.

CIPIÓN.

Ya te he respondido que pueden mucho; y si no fuera por no hacer ahora una larga digresión, con mil ejemplos probara lo mucho que las dádivas pueden; mas quizá lo diré, si el cielo me concede tiempo, lugar y habla para contarte mi vida.

BERGANZA.

Dios te dé lo que deseas, y escucha. Finalmente: mi buena intención rompió por las malas dádivas de la negra, á la cual, bajando una noche muy oscura á su acostumbrado pasatiempo, arremetí sin ladrar, porque no se alborotasen los de casa, y en un instante le hice peda-

zos toda la camisa, y le arranqué un pedazo de muslo burla que fué bastante á tenerla de veras mas de ocho dias en la cama, fingiendo para con sus amos no sé qué enfermedad. Sanó volvió otra noche, y yo volví á la pelea con ella, y sin morderla, la arañé todo el cuerpo, como si la hubiera cardado como manta. Nuestras batallas eran á la sorda, de las cuales salía siempre vencedor y la negra mal parada y peor contenta, pero sus enojos se parecian bien en mi pelo y en mi salud alzóseme con la ración y los huesos, y los míos poco á poco iban señalando los ñudos del espinazo. Con todo esto, aunque me quitaron el comer, no me pudieron quitar el ladrar; pero la negra, por acabarme de una vez, me trujo una esponja frita con manteca: conocí la maldad, vi que era peor que comer zarazas, porque á quien la come se le hincha en el estómago, y no sale dél sin llevarse tras sí la vida, y pareciéndome ser imposible guardarme de las asechanzas de tan indignados enemigos, acordé de poner tierra en medio, quitándomeles delante de los ojos.

Halléme un dia suelto, y sin decir

adiós á ninguno de casa, me puse en la calle, y á menos de cien pasos me deparó la suerte al alguacil que dije al principio de mi historia que era grande amigo de mi amo Nicolás el Romo, el cual apenas me hubo visto, cuando me conoció y me llamó por mi nombre. También le conocí yo, y al llamarme, me llegué á él con mis acostumbradas ceremonias y caricias. Asióme del cuello, y dijo á los corchetes suyos: «Este es famoso perro de ayuda, que fué de un grande amigo mío; llevémosle á casa.» Holgáronse los corchetes, y dijeron que si era de ayuda, á todos sería de provecho. Quisieron asirme para llevarme, y mi amo dijo no era menester asirme; que yo me iría, porque le conocía. Háseme olvidado decirte que las carlancas con puntas de acero que saqué cuando me desgarré y ausenté del ganado, me las quitó un gitano en una venta, y ya en Sevilla andaba sin ellas; pero el alguacil me puso un collar tachonado todo de latón morisco. Considera, Cipión, ahora esta rueda variable de la fortuna mía: ayer me vi estudiante, y hoy me ves corchete.

CIPIÓN.

Así va el mundo, y no hay para qué te pongas ahora á exagerar los vaivenes de fortuna, como si hubiera mucha diferencia de ser mozo de un jifero á serlo de un corchete. No puedo sufrir ni llevar en paciencia oir las quejas que dan de la fortuna algunos hombres, que la mayor que tuvieron fué tener premisas y esperanzas de llegar á ser escuderos. ¡Con qué maldiciones la maldicen! ¡Con cuántos improperios la deshonran! Y no por más de que porque piense el que los oye, que de alta, próspera y buena ventura han venido á la desdichada y baja en que los miran.

BERGANZA.

Tienes razón: y has de saber que este alguacil tenía amistad con un escribano, con quien se acompañaba. Estaban los dos amancebados con dos mujercillas, no de poco más ó menos, sino de menos en todo; verdad es que tenian algo de buenas caras, pero mucho de desenfado y taimeria putesca. Estas les servian de red y de anzuelo para pescar en seco, en esta forma: vestianse de suerte, que por la pinta descubrian la figura, y á tiro de

arcabuz mostraban ser damas de la vida libre; andaban siempre á caza de extranjeros, y cuando llegaba la vendeja á Cádiz y á Sevilla, llegaba la huella de su ganancia, no quedando bretón con quien no embistiesen; y en cayendo el grasiento con algunas destas limpias, avisaban al alguacil y al escribano á dónde y á qué posada iban, y en estando juntos, les daban asalto y los prendían por amancebados; pero nunca los llevaban á la cárcel, á causa que los extranjeros siempre redimían la vejación con dineros.

Sucedió, pues, que la Colindres, que así se llamaba la amiga del alguacil, pescó un bretón, unto y visunto; concertó con él cena y noche en su posada; dió el cañuto á su amigo, y apenas se habían desnudado, cuando el alguacil, el escribano, dos corchetes y yo dimos con ellos. Alborotáronse los amantes, exageró el alguacil el delito, mandólos vestir á toda priesa para llevarlos á la cárcel. Afligióse el bretón; terció, movido de caridad, el escribano, y á puros ruegos redujo la pena á solos cien reales. Pidió el bretón unos follados de camuza, que había puesto en una silla á los pies de la

cama, donde tenia dineros para pagar su libertad, y no parecieron los follados, ni podian parecer, porque asi como yo entré en el aposento, llegó á mis narices un olor de tocino, que me consoló todo, descubrile con el olfato; y halléle en una faltriquera de los follados.

Digo que hallé en ella un pedazo de jamón famoso, y por gozarle y poderle sacar sin rumor, saqué los follados á la calle, y allí me entregué en el jamón á toda mi voluntad, y cuando volví al aposento, hallé que el bretón daba voces, diciendo en lenguaje adúltero y bastardo, aunque se entendia, que le volviesen sus calzas, que en ellas tenia cincuenta *escuti* de oro *in oro*.

Imaginó el escribano ó que la Colindres ó los corchetes se los habian robado, el alguacil pensó lo mismo: llamóles aparte, no confesó ninguno, y diéronse al diablo todos. Viendo yo lo que pasaba, volví á la calle, donde habia dejado los follados, para volverlos, pues á mí no me aprovechaba nada el dinero, no los hallé, porque ya algún venturoso que pasó se los habia llevado. Como el alguacil vió que el bretón no tenia dinero para

el cohecho, se desesperaba, y pensó sacar de la huéspeda de casa lo que el bretón no tenía: llamóla, y vino medio desnuda, y como oyó las voces y quejas del bretón, y á la Colindres desnuda y llorando, al alguacil en cólera, y al escribano enojado, y á los corchetes despabilando lo que hallaban en el aposento, no le plugo mucho. Mandó el alguacil que se cubriese y se viniese con él á la cárcel, porque consentía en su casa hombres y mujeres de mal vivir. Aquí fué ello; aquí sí que fué cuando se aumentaron las voces y creció la confusión, porque dijo la huéspeda:

—Señor alguacil y señor escribano, no conmigo tretas, que entreveo toda costura; no conmigo dijes ni poleos; callen la boca, y váyanse con Dios; si no, por mi santiguada, que arroje el bodegón por la ventana y que saque á plaza toda la chirinola desta historia; que bien conozco á la señora Colindres, y sé que ha muchos meses que es su cobertor el señor alguacil, y no hagan que me aclare más, sino vuélvase el dinero á este señor, y quedemos todos por buenos; porque yo soy mujer honrada, y tengo

un marido con su carta de ejecutoria, y con *á perpenan rei de memoria*, con sus colgaderos de plomo. Dios sea loado; y hago este oficio muy limpiamente y sin daño de barras, el arancel tengo clavado donde todo el mundo le vea; y no conmigo cuentos, que por Dios que sé despolvorearme. Bonita soy yo, para que por mi orden entren mujeres con los huéspedes; ellos tienen las llaves de sus aposentos, y yo no soy lince, que tengo de ver tras siete paredes.—

Pasmados quedaron mis amos de haber oído la arenga de la huéspeda, y de ver cómo les leia la historia de sus vidas; pero como vieron que no tenían de quién sacar dinero, si della no, porfiaban en llevarla á la cárcel. Quejábase ella al cielo de la sinrazón y injusticia que la hacían, estando su marido ausente y siendo tan principal hidalgo. El bretón bramaba por sus cincuenta *escuti*. Los corchetes porfiaban que ellos no habían visto los follados, ni Dios permitiese tal. El escribanó, por lo callado, insistia al alguacil que mirase los vestidos de la Colindres, que le daba sospecha que ella debia tener los cincuenta *escuti*, por tener de

costumbre visitar los escondrijos y faltriqueras de aquellos que con ella se envolvían. Ella decía que el bretón estaba borracho, y que debía de mentir en lo del dinero.

En efecto: todo era confusión, gritos y juramentos, sin llevar modo de apaciguarse; ni se apaciguaran si al instante no entrara en el aposento el Teniente de asistente, que viniendo á visitar aquella posada, las voces le llevaron adonde era la grita. Preguntó la causa de aquellas voces. La huéspeda se la dió muy por menudo. Dijo quién era la ninfa Colindres, que ya estaba vestida; publicó y hizo patente la pública amistad suya y del alguacil; echó en la calle sus tretas y modo de robar; disculpóse á sí misma de que, con su consentimiento, jamás había entrado en su casa mujer de mala sospecha; canonizóse por santa y á su marido por un bendito, y dió voces á una moza que fuese corriendo y trujese de un cofre la carta ejecutoria de su marido, para que la viese el señor Teniente, diciéndole que por ella echaría de ver que mujer de tan honrado marido no podía hacer cosa mala, y que si tenía

aquel oficio de casa de camas, era á no poder más, que Dios sabia lo que le pesaba y si quisiera ella más tener alguna renta y pan cotidiano para pasar la vida, que tener aquel ejercicio. El Teniente, enfadado de su mucho hablar y presumir de ejecutoria, le dijo

—Hermana camera: yo quiero creer que vuestro marido tiene carta de hidalguía, con que vos me confeséis que es hidalgo mesonero.

—Y con mucha honra (respondió la huéspeda), y ¿qué linaje hay en el mundo, por bueno que sea, que no tenga algún dime y direte?

—Lo que yo os digo, hermana, es que os cubráis, que habéis de venir á la cárcel.—

La cual nueva dió con ella en el suelo. Arañóse el rostro, alzó el grito; pero, con todo eso, el Teniente, demasiadamente severo, los llevó á todos á la cárcel; conviene á saber al bretón, á la Colindres y á la huéspeda. Después supe que el bretón perdió sus cincuenta *escuti*, y más dicen, que le condenaron en las costas, la huéspeda pagó otro tanto y la Colindres salió libre por la puerta afue-

ra, y el mismo día que la soltaron, pescó á un marinero que pagó por el bretón con el mismo embuste del soplo; porque veas, Cipión, cuántos y cuán grandes inconvenientes nacieron de mi golosina.

CIPIÓN.

Mejor dijeras de la bellaquería de tu amo.

BERGANZA.

Pues escucha, que aún más adelante tiraba la barra, puesto que me pesa de decir mal de alguaciles y de escribanos.

CIPIÓN.

Sí, que decir mal de uno, no es decirlo de todos; sí, que muchos y muy muchos escribanos hay buenos, fieles y legales, y amigos de hacer placer, sin daño de tercero; sí, que no todos entretienen los pleitos, ni avisan á las partes, ni todos llevan más de sus derechos, ni todos van buscando é inquiriendo las vidas ajenas para ponerlas en tela de juicio, ni todos se aunan con el juez para *hazme la barba y hacerte he el copete*, ni todos los alguaciles se conciertan con los vagamundos y fulleros, ni tienen todos las amigas como la de tu amo, para sus

embustes. Muchos y muy muchos hay hidalgos por naturaleza, y de hidalgas condiciones; muchos no son arrojados, insolentes ni mal criados, ni rateros como los que andan por los mesones midiendo las espadas á los extranjeros, y hallándolas un pelo más de la marca, destruyen á sus dueños; sí, que no todos como prenden sueltan, y son jueces y abogados cuando quieren.

BERGANZA.

Más alto picaba mi amo; otro camino era el suyo: presumía de valiente y de hacer prisiones famosas; sustentaba la valentía sin peligro de su persona, pero á costa de su bolsa. Un día acometió, en la puerta de Jerez, él solo á seis famosos rufianes, sin que yo le pudiese ayudar en nada, porque llevaba con un freno de cordel impedida la boca, que así me traía de día, y de noche me le quitaba. Quedé maravillado de ver su atrevimiento, su brío y su denuedo: así se entraba y salía por las seis espadas de los rufos, como si fueran varas de mimbre; era cosa maravillosa ver la ligereza con que acometía, las estocadas que tiraba, los reparos, la cuenta, el ojo alerta porque no

le tomasen las espaldas. Finalmente, él quedó, en mi opinión, y en la de todos cuantos la pendencia miraron y supieron, por un nuevo Radamonte, habiendo llevado á sus enemigos desde la puerta de Jerez hasta los mármoles del colegio de maese Rodrigo, que hay más de cien pasos.

Dejólos encerrados, y volvió á coger los trofeos de la batalla, que fueron tres vainas, y luego se las fué á mostrar al Asistente, que, si mal no me acuerdo, lo era entonces el licenciado Sarmiento de Valladares, famoso por la destrucción de la Sauceda. Miraban á mi amo por las calles do pasaba, señalándole con el dedo, como si dijeran: «Aquel es el valiente que se atrevió á reñir solo con la flor de los bravos de la Andalucía.» En dar vueltas á la ciudad para dejarse ver, se pasó lo que quedaba del día, y la noche nos halló en Triana, en una calle junto al molino de la pólvora; y habiendo mi amo avizorado, como en la jácara se dice, si alguien le veía, se entró en una casa, y yo tras él, y hallamos en un patio á todos los jayanes de la pendencia, sin capas ni espadas, y todos desabrochados; y

uno, que debía de ser el huésped, tenía un gran jarro de vino en la una mano, y en la otra una copa grande de taberna. la cual colmándola de vino generoso y espumante, brindaba á toda la compañía.

Apenas hubieron visto á mi amo, cuando todos se fueron á él con los brazos abiertos, y todos le brindaron, y él hizo la razón á todos, y aun la hiciera á otros tantos, si le fuera algo en ello, por ser de condición afable y amigo de no enfadar á nadie por pocas cosas. Quererte yo contar ahora lo que allí se trató, la cena que cenaron, las peleas que se contaron, los hurtos que se refirieron, las damas que de su trato se calificaron, y las que se reprobaron, las alabanzas que los unos á los otros se dieron, los bravos ausentes que se nombraron, la destreza que allí se puso en su punto, levantándose en mitad de la cena á poner en práctica las tretas que se les ofrecían, esgrimiendo con las manos, los vocablos tan exquisitos de que usaban; y finalmente, el talle de la persona del huésped, á quien todos respetaban como á señor y padre, sería meterme en un laberinto, donde no me fuese posible salir cuando quisiese

Finalmente: vine á entender con toda certeza que el dueño de la casa, á quien llamaban Monipodio, era encubridor de ladrones y pala de rufianes, y que la gran pendencia de mi amo había sido primero concertada con ellos, con las circunstancias del retirarse y de dejar las vainas, las cuales pagó mi amo allí luego de contado, con todo cuanto Monipodio dijo que había costado la cena, que se concluyó casi al amanecer, con mucho gusto de todos, y fué su postre dar soplo á mi amo de un rufián forastero que nuevo y flamante había llegado á la ciudad. Debía de ser más valiente que ellos, y de envidia, le soplaron. Prendióle mi amo la siguiente noche, desnudo en la cama; que si vestido estuviera, yo vi en su talle que no se dejara prender tan á mansalva. Con esta prisión, que sobrevino sobre la pendencia, creció la fama de mi cobarde, que lo era mi amo más que una liebre, y á fuerza de meriendas y tragos sustentaba la fama de ser valiente, y todo cuanto con su oficio y con sus inteligencias granjeaba, se le iba y desaguaba por la canal de la valentía. Pero ten paciencia, y escucha ahora un cuen-

to que le sucedió, sin añadir ni quitar de la verdad una tilde.

Dos ladrones hurtaron en Antequera un caballo muy bueno; trujéronle á Sevilla, y para venderle sin peligro, usaron de un ardid, que á mi parecer tiene del agudo y del discreto: fuéronse á posadas diferentes, y el uno se fué á la justicia, y pidió por una petición que Pedro de Losada le debía cuatrocientos reales prestados, como parecía por una cédula firmada de su nombre, de la cual hacía presentación. Mandó el Teniente que el tal Losada reconociese la cédula, y que si la reconociese, le sacasen prendas de la cantidad, ó le pusiesen en la cárcel. Tocó hacer esta diligencia á mi amo y al escribano su amigo: llevóles el ladrón á la posada del otro, y al punto reconoció su firma y confesó la deuda; y señaló por prenda de la ejecución el caballo, el cual visto por mi amo, le creció el ojo y le marcó por suyo, si acaso se vendiese. Dió el ladrón por pasados los términos de la ley, y el caballo se puso en venta, y se remató en quinientos reales, en un tercero que mi amo echó de manga para que se le comprase.

Valía el caballo tanto y medio más de lo que dieron por él; pero como el bien del vendedor estaba en la brevedad de la venta, á la primer postura remató su mercadería. Cobró el un ladrón la deuda que no le debían, y el otro la carta de pago que no había menester, y mi amo se quedó con el caballo, que para él fué peor que el Seyano lo fué para sus dueños. Mondaron luego la haza los ladrones, y de allí á dos días, después de haber trastejado mi amo las guarniciones y otras faltas del caballo, pareció sobre él en la plaza de San Francisco, más hueco y pomposo que aldeano vestido de fiesta. Diéronle mil parabienes de la buena compra, afirmándole que valía ciento y cincuenta ducados, como un huevo un maravedí, y él, volteando y revolviendo el caballo, representaba su tragedia en el teatro de la referida plaza. Y estando en sus caracoles y rodeos, llegaron dos hombres de buen talle y de mejor ropaje, y el uno dijo:

—¡Vive Dios, que este es Piedehierro, mi caballo, que ha pocos días que me le hurtaron en Antequera!

Todos los que venían con él, que eran

cuatro criados, dijeron que así era la verdad, que aquel era Piedehierro, el caballo que le habían hurtado. Pasmóse mi amo, querellóse el dueño, hubo pruebas, y fueron las que hizo el dueño tan buenas, que salió la sentencia en su favor, y mi amo fué desposeído del caballo. Súpose la burla y la industria de los ladrones, que por manos é intervención de la misma justicia vendieron lo que habían hurtado, y casi todos se holgaban de que la codicia de mi amo le hubiese rompido el saco.

Y no paró en esto su desgracia, que aquella noche, saliendo á rondar el mismo Asistente, por haberle dado noticia que hacia los barrios de San Julián andaban ladrones, al pasar de una encrucijada vieron pasar un hombre corriendo, y dijo á este punto el Asistente, asiéndome por el collar y azuzándome:

—¡Al ladrón, Gavilán; ea, Gavilán, hijo, al ladrón!—

Yo, á quien ya tenían cansado las maldades de mi amo, por cumplir lo que el señor Asistente me mandaba, sin discrepar en nada, arremetí con mi propio amo, y sin que pudiese valerse, di con

él en el suelo, y si no me le quitaran, yo hiciera á más de cuatro vengados; quitáronme, con mucha pesadumbre de entrambos. Quisieran los corchetes castigarme, y aun matarme á palos, y lo hicieran si el Asistente no les dijera:

—No le toque nadie; que el perro hizo lo que yo le mandé.

Entendióse la malicia, y yo, sin despedirme de nadie, por un agujero de la muralla salí al campo, y antes que amaneciese me puse en Mairena, que es un lugar que está cuatro leguas de Sevilla. Quiso mi buena suerte que hallé allí una compañía de soldados, que, según oí decir, se iban á embarcar á Cartagena. Estaban en ella cuatro rufianes de los amigos de mi amo, y el atambor era uno que había sido corchete y gran chocarrero, como lo suelen ser los más atambores. Conociéronme todos, y todos me hablaron, y así me preguntaban por mi amo como si les hubiera de responder; pero el que más afición me mostró fué el atambor, y así determiné de acomodarme con él, si él quisiese, y seguir aquella jornada, aunque me llevase á Italia ó á Flandes; porque me parece á

mi, aun á ti te debe parecer lo mismo, que puesto que dice el refrán: «*Quien necio es en su villa, necio es en Castilla.*» el andar tierras y comunicar con diversas gentes hace á los hombres discretos.

CIPIÓN.

Es eso tan verdad, que me acuerdo haber oído decir á un amo que tuve de bonísimo ingenio, que al famoso griego llamado Ulises le dieron renombre de prudente, por sólo haber andado muchas tierras, y comunicado con diversas gentes y varias naciones; y así alabo la intención que tuviste de irte donde te llevasen.

BERGANZA.

Es, pues, el caso que el atambor, por tener con qué mostrar más sus chocarrerías, comenzó á enseñarme á bailar al son del atambor, y á hacer otras monerías, tan ajenas de poder aprenderlas otro perro que no fuera yo, como las oirás cuando te las diga. Por acabarse el distrito de la comisión se marchaba poco á poco; no había comisario que nos limitase, el capitán era mozo, pero muy buen caballero y gran cristiano; el alférez no había muchos meses que había

dejado la Corte y el tinelo; el sargento era mohatrero y sagaz, y grande arriero de compañías, desde donde se levantan hasta el embarcadero. Iba la compañía llena de rufianes churrulleros, los cuales hacían algunas insolencias por los lugares do pasábamos, que redundaban en maldecir á quien no lo merecía: ¡infelicidad del buen príncipe! ser culpado de sus súbditos por la culpa de sus súbditos, á causa que los unos son verdugos de los otros, sin culpa del señor; pues aunque quiera y lo procure, no puede remediar estos daños, porque todas ó las más cosas de la guerra traen consigo aspereza, riguridad y desconveniencia.

En fin: en menos de quince días, con mi buen ingenio y con la diligencia que puso el que había escogido por patrón, supe saltar por el rey de Francia, y no saltar por la mala tabernera; enseñóme á hacer corvetas como caballo napolitano, y andar á la redonda como mula de atahona, con otras cosas que, si yo no tuviera cuenta en no adelantarme á mostrarlas, pusiera en duda si era algún demonio en figura de perro el que las hacía. Púsome nombre el *Perro Sabio*, y no

habiamos llegado al alojamiento, cuando, tocando su atambor, andaba por todo el lugar, pregonando que todas las personas que quisiesen venir á ver las maravillosas gracias y habilidades del perro sabio, en tal casa ó en tal hospital las mostraban, á ocho ó á cuatro maravedís, según era el pueblo, grande ó chico. Con estos encarecimientos no quedaba persona en todo el lugar que no me fuese á ver, y ninguno habia que no saliese admirado y contento de haberme visto. Triunfaba mi amo con la mucha ganancia, y sustentaba seis camaradas como unos reyes.

La codicia y la envidia despertó en los rufianes voluntad de hurtarme, y andaban buscando ocasión para ello; que esto del ganar de comer holgando tiene muchos aficionados y golosos: por esto hay tantos titereros en España, tantos que muestran retablos, tantos que venden alfileres y coplas, que todo su caudal, aunque le vendiesen todo, no llega á poderse sustentar un dia, y con esto, los unos y los otros no salen de los bodegones y tabernas en todo el año; por do me doy á entender que de otra

parte que de la de sus oficios sale la corriente de sus borracheras. Toda esta gente es vagamunda, inútil y sin provecho, esponjas del vino y gorgojos del pan.

CIPIÓN.

No más, Berganza; no volvamos á lo pasado; sigue, que se va la noche, y no querría que al salir del sol quedásemos á la sombra del silencio.

BERGANZA.

Ténle, y escucha. Como sea cosa fácil añadir á lo ya inventado, viendo mi amo cuán bien sabía imitar el corcel napolitano, hízome unas cubiertas de guadamacil y una silla pequeña, que me acomodó en las espaldas, y sobre ella puso una figura liviana de un hombre con una lancilla de correr sortija, y enseñóme á correr derechamente á una sortija que entre dos palos ponía: y el día que había de correrla, pregonaba que aquel día corría sortija el perro sabio, y hacía otras nuevas y nunca vistas galanterías, las cuales de mi santiscario, como dicen, las hacía, por no sacar mentiroso á mi amo.

Llegamos, pues, por nuestras jornadas contadas, á Montilla, villa del fa-

moso y gran cristiano marqués de Priego, señor de la casa de Aguilar y de Montilla. Alojaron á mi amo, porque él lo procuró, en un hospital, echó luego el ordinario bando, y como ya la fama se habia adelantado á llevar las nuevas de las habilidades y gracias del perro sabio, en menos de una hora se llenó el patio de gente. Alegróse mi amo, viendo que la cosecha iba de guilla, y mostróse aquel dia chocarrero en demasía. Lo primero en que comenzaba la fiesta era en los saltos que yo daba por un aro de cedazo, que parecía de cuba; conjurábame por las ordinarias preguntas, y cuando él bajaba una varilla de mimbre que en la mano tenía, era señal del salto, y cuando la tenia alta, de que me estuviese quedo. El primer conjuro deste dia (memorable entre todos los de mi vida) fué decirme:

—Ea, Gavilán amigo; salta por aquel viejo verde que tú conoces, que se escabecha las barbas, y si no quieres, salta por la pompa y aparato de doña Pimpinela de Plafagonia, que fué compañera de la moza gallega que servia en Valdeastillas. ¿No te cuadra el conjuro, hijo

Gavilán? Pues salta por el bachiller Pasillas, que se firma licenciado sin tener grado alguno. ¡Oh! perezoso estás; ¿por qué no saltas? Pero ya entiendo y alcanzo tus marrullerías; ahora salta por el licor de Esquivias, famoso al par del de Ciudad Real, San Martín y Rivadavia.

Bajó la varilla, y salté yo, y noté sus malas entrañas. Volvióse luego al pueblo, y en voz alta dijo:

—No piensen vuesas mercedes, senado valeroso, que es cosa de burla lo que este perro sabe; veinticuatro piezas le tengo enseñadas, que por la menor dellas volaría un gavilán; quiero decir, que por ver la menor se puede caminar treinta leguas. Sabe bailar la zarabanda y chacona mejor que su inventora misma; bébese una azumbre de vino sin dejar gota; entona un sol, fa. mi, re, tan bien como un sacristán; todas estas cosas, y otras muchas que me quedan por decir, las irán viendo vuesas mercedes en los días que estuviere aquí la compañía, y por ahora dé otro salto nuestro sabio, y luego entraremos en lo grueso.

Con esto suspendió al auditorio, que había llamado senado, y les encendió el

deseo de no dejar de ver todo lo que yo sabia. Volviose á mi mi amo, y dijo:

—Volved, hijo Gavilán, y con gentil agilidad y destreza deshaced los saltos que habéis hecho; pero ha de ser á devoción de la famosa hechicera que dicen que hubo en este lugar.

Apenas hubo dicho esto, cuando alzó la voz la hospitalera, que era una vieja, al parecer de más de sesenta años, diciendo:

—Bellaco, charlatán, envaidor y hijo de puta: aquí no hay hechicera alguna; si lo decis por la Camacha, ya ella pagó su pecado y está donde Dios sabe; si lo decis por mí, chocarrero, ni yo soy ni he sido hechicera en mi vida; y si he tenido fama de haberlo sido, merced á los testigos falsos, y á la ley del encaje, y al juez arrojadizo y mal informado, ya sabe todo el mundo la vida que hago en penitencia, no de los hechizos que no hice, sino de otros muchos pecados, que como pecadora he cometido; así que, socarrón tamborilero, salid del hospital; si no, por vida de mi santiguada que os haga salir más que de paso.

Y con esto comenzó á dar tantos gri-

tos, y á decir tantas y tan atropelladas injurias á mi amo, que le puso en confusión y sobresalto; finalmente, no dejó que pasase adelante la fiesta en ningún modo. No le pesó á mi amo del alboroto, porque se quedó con los dineros, y aplazó para otro día y en otro hospital lo que en aquel había faltado. Fuése la gente, maldiciendo á la vieja, añadiendo al nombre de hechicera el de bruja, y el de barbuda sobre vieja. Con todo esto, nos quedamos en el hospital aquella noche, y encontrándome la vieja en el corral solo, me dijo:

—¿Eres tú, hijo Montiel? ¿Eres tú por ventura, hijo?

Alcé la cabeza y miréla muy despacio; lo cual visto por ella, con lágrimas en los ojos se vino á mí y me echó los brazos al cuello, y si la dejara, me besara en la boca; pero tuve asco, y no lo consentí.

CIPIÓN.

Bien hiciste, porque no es regalo, sino tormento, el besar ni dejarse besar de una vieja.

BERGANZA.

Esto que ahora te quiero contar, te lo había de haber dicho al principio de mi

cuento, y así excusáramos la admiracion que nos causó el vernos con habla, porque has de saber que la vieja me dijo:

—Hijo Montiel, vente tras mí y sabrás mi aposento, y procura que esta noche nos veamos á solas en él, que yo dejaré abierta la puerta, y sabe que tengo muchas cosas que decirte de tu vida y para tu provecho.—

Bajé yo la cabeza, en señal de obedecerla, por lo cual ella se acabó de enterar en que yo era el perro Montiel que buscaba, según después me lo dijo. Quedé atónito y confuso, esperando la noche por ver en lo que paraba aquel misterio ó prodigio de haberme hablado de aquella suerte, y como había oido llamarla de hechicera, esperaba de su vista y habla grandes cosas. Llegóse, en fin, el punto de verme con ella en su aposento, que era oscuro, estrecho y bajo, y solamente claro con la debil luz de un candil de barro que en el estaba; atizole la vieja, y sentose sobre una arquilla, y llegóme junto á sí, y sin hablar palabra me volvió á abrazar, y yo volví á tener cuenta con que no me besase. Lo primero que me dijo fué:

«Bien esperaba yo en el cielo que antes que estos mis ojos se cerrasen con el último sueño, te habia de ver, hijo mío, y ya que te he visto, venga la muerte y lléveme desta cansada vida. Has de saber, hijo, que en esta villa vivió la más famosa hechicera que hubo en el mundo, á quien llamaron la Camacha de Montilla; fué tan única en su oficio, que las Eritos, las Circes, las Medeas, de quien he oído decir que están las historias llenas, no la igualaron; ella congelaba las nubes cuando quería, cubriendo con ellas la faz del sol; y cuando se le antojaba, volvía sereno el más turbado cielo; traía los hombres en un instante de lejas tierras; remediaba maravillosamente las doncellas que habían tenido algún descuido en guardar su entereza; cubría á las viudas de modo que con honestidad fuesen deshonestas; descasaba las casadas, y casaba las que ella quería; por Diciembre tenia rosas frescas en su jardín, y por Enero segaba trigo. Esto de hacer nacer berros en una artesa, era lo menos que ella hacía, ni el hacer ver en un espejo, ó en la uña de una criatura, los vivos ó los muertos que le pe-

dian que mostrase. Tuvo fama que convertía los hombres en animales, y que se había servido de un sacristán seis años en forma de asno, real y verdaderamente, lo que yo nunca he podido alcanzar cómo se haga; porque lo que se dice de aquellas antiguas magas, que convertían los hombres en bestias, dicen los que más saben, que no era otra cosa, sino que ellas, con su mucha hermosura y con sus halagos, atraían los hombres de manera á que las quisiesen bien, y los sujetaban de suerte, sirviéndose dellos en todo cuanto querían, que parecían bestias. Pero en ti, hijo mío, la experiencia me muestra lo contrario, que sé que eres persona racional, y te veo en semejanza de perro, si ya no es que esto se hace con aquella ciencia que llaman tropelía, que hace parecer una cosa por otra. Sea lo que fuere, lo que me pesa es, que yo ni tu madre, que fuimos discípulas de la buena Camacha, nunca llegamos á saber tanto como ella, y no por falta de ingenio, ni de habilidad, ni de ánimo, que antes nos sobraba que faltaba, sino por sobra de su malicia, que nunca quiso enseñarnos las cosas mayo-

res, porque las reservaba para ella. Tu madre, hijo, se llamó la Montiela, que, después de la Camacha, fué famosa; yo me llamo la Cañizares, si ya no tan sabia como las dos, á lo menos de tan buenos deseos como cualquiera dellas; verdad es que el ánimo que tu madre tenía de hacer y entrar en un cerco, y encerrarse en él con una legión de demonios, no le hacía ventaja la misma Camacha. Yo fuí siempre algo medrosilla; con conjurar media legión me contentaba; pero, con paz sea dicho de entrambas, en esto de conficionar las unturas con que las brujas nos untamos, á ninguna de las dos diera ventaja, ni daré á cuantas hoy siguen y guardan nuestras reglas; que has de saber, hijo, que como yo he visto y veo que la vida, que corre sobre las ligeras alas del tiempo, se acaba, he querido dejar todos los vicios de la hechicería, en que estaba engolfada muchos años habia, y sólo me he quedado con la curiosidad de ser bruja, que es un vicio dificultosísimo de dejar. Tu madre hizo lo mismo; de muchos vicios se apartó; muchas buenas obras hizo en esta vida; pero al fin murió bruja, y no

murió de enfermedad alguna, sino de dolor de que supo que la Camacha, su maestra, de envidia que la tuvo porque se le iba subiendo á las barbas en saber tanto como ella, ó por otra pendenzuela de celos, que nunca pude averiguar, estando tu madre preñada, y llegándose la hora del parto, fué su comadre la Camacha, la cual recibió en sus manos lo que tu madre parió, y mostróle que había parido dos perritos; y así como los vió, dijo:

—»Aquí hay maldad, aquí hay bellaquería; pero, hermana Montiela, tu amiga soy; yo encubriré este parto, y atiende tú á estar sana, y haz cuenta que esta tu desgracia queda sepultada en el mismo silencio; no te dé pena alguna este suceso; que ya sabes tú que puedo yo saber que si no es con Rodríguez el ganapán, tu amigo, días ha que no tratas con otro; así que, este perruno parto de otra parte viene, y algún misterio contiene.—

»Admiradas quedamos tu madre y yo, que me hallé presente á todo, del extraño suceso. La Camacha se fué y se llevó los cachorros; yo me quedé con

tu madre para asistir á su regalo, la cual no podía creer lo que le había sucedido. Llegóse el fin de la Camacha, y estando en la última hora de su vida, llamó á tu madre, y le dijo cómo ella había convertido á sus hijos en perros, por cierto enojo que con ella tuvo; pero que no tuviese pena, que ellos volverían á su ser cuando menos lo pensasen; mas que no podía ser primero que ellos por sus mismos ojos viesen lo siguiente:

Volverán en su forma verdadera
Cuando vieren con presta diligencia
Derribar los soberbios levantados,
Y alzar á los humildes abatidos,
Con poderosa mano para hacello.

»Esto dijo la Camacha á tu madre al tiempo de su muerte, como ya te he dicho. Tomólo tu madre por escrito y de memoria, y yo lo fijé en la mía, para si sucediese tiempo de poderlo decir á alguno de vosotros; y para poder conoceros, á todos los perros que veo de tu color los llamo con el nombre de tu madre, no por pensar que los perros han de saber el nombre, sino por ver si respondían á ser llamados tan diferentemente como se lla-

man los otros perros, y esta tarde, como te vi hacer tantas cosas, y que te llaman el perro sabio, y también como alzaste la cabeza á mirarme cuando te llamé en el corral, he creído que tú eres hijo de la Montiela, á quien con grandísimo gusto doy noticia de tus sucesos y del modo con que has de cobrar tu forma primera; el cual modo quisiera yo que fuera tan fácil como el que se dice de Apuleyo en el *Asno de oro*, que consistía en sólo comer una rosa; pero este tuyo va fundado en acciones ajenas, y no en tu diligencia. Lo que has de hacer, hijo, es encomendarte á Dios allá en tu corazón, y espera á que estas, que no quiero llamarlas profecías, sino adivinanzas, han de suceder presto y prósperamente; que pues la buena de la Camacha las dijo, sucederán sin duda alguna, y tú y tu hermano, si es vivo, os veréis como deseáis. De lo que á mí me pesa, es que estoy tan cerca de mi acabamiento, que no tendré lugar de verlo.

»Muchas veces he querido preguntar á mi cabrón qué fin tendrá vuestro suceso; pero no me he atrevido, porque nunca á lo que le preguntamos responde á dere-

chas, sino con razones torcidas y de muchos sentidos; así que, á este nuestro amo y señor no hay que preguntarle nada, porque con una verdad mezcla mil mentiras, y á lo que he colegido de sus respuestas, él no sabe nada de lo por venir ciertamente, sino por conjeturas; con todo esto, nos trae tan engañadas á las que somos brujas, que con hacernos mil burlas, no le podemos dejar. Vamos á verle muy lejos de aquí á un gran campo, donde nos juntamos infinidad de gente, brujos y brujas, y allí nos da de comer desabridamente, y pasan otras cosas, que en verdad, y en Dios y en mi ánima, que no me atrevo á contarlas, según son de sucias y asquerosas, y no quiero ofender tus castas orejas. Hay opinión que no vamos á estos convites sino con la fantasía, en la cual nos representa el demonio las imágenes de todas aquellas cosas que después contamos que nos han sucedido; otros dicen que no, sino que verdaderamente vamos en cuerpo y en ánima; y entrambas opiniones tengo para mí que son verdaderas, puesto que nosotras no sabemos cuándo vamos de una ó de otra manera; porque todo lo que nos pasa en

la fantasía es tan intensamente, que no hay diferenciarlo de cuando vamos real y verdaderamente. Algunas experiencias desto han hecho los señores inquisidores con algunas de nosotras que han tenido presas, y pienso que han hallado ser verdad lo que digo.

»Quisiera yo, hijo, apartarme deste pecado, y para ello he hecho mis diligencias: heme acogido á ser hospitalera, curo á los pobres, y algunos se mueren que me dan á mí la vida con lo que me mandan, ó con lo que se les queda entre los remiendos, por el cuidado que yo tengo de espulgarlos los vestidos. Rezo poco y en público, murmuro mucho y en secreto. Vame mejor con ser hipócrita, que con ser pecadora declarada; las apariencias de mis buenas obras presentes van borrando en la memoria de los que me conocen las malas obras pasadas. En efecto: la santidad fingida no hace daño á ningún tercero, sino al que la usa.

»Mira, hijo Montiel; este consejo te doy: que seas bueno en todo cuanto pudieres; y si has de ser malo, procura no parecerlo en todo cuanto pudieres

bruja soy, no te lo niego; bruja y hechicera fué tu madre, que tampoco te lo puedo negar; pero las buenas apariencias de las dos podían acreditarnos en todo el mundo. Tres días antes que muriese habíamos estado las dos en un valle de los montes Pirineos en una gran gira; y con todo eso, cuando murió, fué con tal sosiego y reposo, que si no fueron algunos visajes que hizo un cuarto de hora antes que rindiese al alma, no parecía sino que estaba en aquella cama como en un tálamo de flores. Llevaba atravesados en el corazón sus dos hijos, y nunca quiso, aun en el artículo de la muerte, perdonar á la Camacha: tal era ella de entera y firme en sus cosas. Yo le cerré los ojos, y fuí con ella hasta la sepultura; allí la dejé para no verla más, aunque no tengo perdida la esperanza de verla antes que muera, porque se ha dicho por el lugar que la han visto algunas personas andar por los cimenterios y encrucijadas en diferentes figuras, y quizá alguna vez la toparé yo, y le preguntaré si manda que haga alguna cosa en descargo de su conciencia.»

Cada cosa destas que la vieja me de-

cia en alabanza de la que decia ser mi madre, era una lanzada que me atravesaba el corazón, y quisiera arremeter á ella y hacerla pedazos entre los dientes, y si lo dejé de hacer, fue porque no le tomase la muerte en tan mal estado. Finalmente, me dijo que aquella noche pensaba untarse para ir á uno de sus usados convites, y que cuando allá estuviese, pensaba preguntar á su dueño algo de lo que estaba por suceder. Quisierale yo preguntar qué unturas eran aquellas que decia, y parece que me leyó el deseo, pues respondio á mi intención como si se lo hubiera preguntado, pues dijo:

«Este ungüento con que las brujas nos untamos, es compuesto de jugo de hierbas en todo extremo frio, y no es, como dice el vulgo, hecho con la sangre de los niños que ahogamos. Aquí pudieras también preguntarme qué gusto ó provecho saca el demonio de hacernos matar las criaturas tiernas, pues sabe que estando bautizadas, como inocentes y sin pecado, se van al cielo, y él recibe pena particular con cada alma cristiana que se le escapa: á lo que no te sabré

responder otra cosa, sino lo que dice el refrán: que tal hay que se quiebra dos ojos porque su enemigo se quiebre uno, y por la pesadumbre que da á sus padres, matándoles los hijos, que es la mayor que se puede imaginar. Y lo que más le importa es hacer que nosotras cometamos á cada paso tan cruel y perverso pecado; y todo esto lo permite Dios por nuestros pecados; que sin su permisión, yo he visto por experiencia que no puede ofender el diablo á una hormiga; y es tan verdad esto, que rogándole yo una vez que destruyese una viña de un mi enemigo, me respondió que ni aun tocar á una hoja della no podía, porque Dios no quería; por lo cual podrás venir á entender, cuando seas hombre, que todas las desgracias que vienen á las gentes, á los reinos, á las ciudades y á los pueblos; las muertes repentinas, los naufragios, las caídas; en fin, todos los males que llaman de daño, vienen de la mano del Altísimo y de su voluntad permitente; y los daños y males que llaman de culpa, vienen y se causan por nosotros mismos. Dios es impecable; de do se infiere que nosotros

somos autores del pecado, formándole en la intención, en la palabra y en la obra; todo permitiéndolo Dios por nuestros pecados, como ya he dicho.

»Dirás tú ahora, hijo, si es que acaso me entiendes, que quién me hizo á mí teóloga, y aun quizá entre tu :—¡Cuerpo de tal con la puta vieja! ¿por qué no deja de ser bruja, pues sabe tanto, y se vuelve á Dios, pues sabe que está más pronto á perdonar pecados que á permitirlos?—A esto te respondo, como si me lo preguntaras, que la costumbre del vicio se vuelve en naturaleza, y este de ser brujas se convierte en sangre y carne, y en medio de su ardor, que es mucho, trae un frío, que pone el alma tal, que la resfría y entorpece aun en la fe, de donde nace un olvido de sí misma, que ni se acuerda de los temores con que Dios la amenaza, ni de la gloria con que la convida; y, en efecto, como es pecado de carne y de deleites, es fuerza que amortigüe todos los sentidos, y los embelese y absorte, sin dejarlos usar sus oficios como deben; y así, quedando el alma inútil, floja y desmazalada, no puede levantar la consideración siquiera á tener algún

buen pensamiento; y así, dejándose estar sumida en la profunda sima de su miseria, no quiere alzar la mano á la de Dios, que se la está dando, por sola su misericordia, para que se levante. Yo tengo una destas almas que te he pintado: todo lo veo y todo lo entiendo, y como el deleite me tiene echados grillos á la voluntad, siempre he sido y seré mala.

»Pero dejemos esto, y volvamos á lo de las unturas, y digo que son tan frías, que nos privan de todos los sentidos en untándonos con ellas, y quedamos tendidas y desnudas en el suelo, y entonces dicen que en la fantasía pasamos todo aquello que nos parece pasar verdaderamente. Otras veces, acabadas de untar, á nuestro parecer, mudamos forma, y convertidas en gallos, lechuzas ó cuervos, vamos al lugar donde nuestro dueño nos espera, y allí cobramos nuestra primera forma, y gozamos de los deleites que te dejo de decir, por ser tales, que la memoria se escandaliza en acordarse de ellos, y así la lengua huye de contarlos; y con todo esto, soy bruja, y cubro con la capa de la hipocresía todas mis muchas faltas.

Verdad es que si algunos me estiman y honran por buena, no faltan muchos que me dicen, no dos dedos del oído el nombre de las fiestas, que es el que nos imprimió la furia de un juez colerico, que en los tiempos pasados tuvo que ver conmigo y con tu madre, depositando su ira en las manos de un verdugo, que, por no estar sobornado, usó de toda su plena potestad y rigor con nuestras espaldas; pero esto ya pasó, y todas las cosas pasan: las memorias se acaban, las vidas no vuelven, las lenguas se cansan, los sucesos nuevos hacen olvidar los pasados.

»Hospitalera soy, buenas muestras doy de mi proceder; buenos ratos me dan mis unturas; no soy tan vieja que no pueda vivir un año, puesto que tengo setenta y cinco; y ya que no puedo ayunar por la edad, ni rezar por los vaguidos, ni andar romerías por la flaqueza de mis piernas, ni dar limosna porque soy pobre, ni pensar en bien porque soy amiga de murmurar, y para haberlo de hacer es forzoso pensarlo primero, así que siempre mis pensamientos han de ser malos; con todo esto, sé

que Dios es bueno y misericordioso, y que El sabe lo que ha de ser de mí, y basta, y quédese aquí esta plática, que verdaderamente me entristece. Ven, hijo, y verásme untar, que todos los duelos con pan son menos; el buen día meterle en casa, pues mientras se ríe, no se llora; quiero decir, que aunque los gustos que nos da el demonio son aparentes y falsos, todavía nos parecen gustos, y el deleite mucho mayor es imaginado que gozado, aunque en los verdaderos gustos debe de ser al contrario.»

Levantóse en diciendo esta larga arenga, y tomando el candil, se entró en otro aposentillo más estrecho: seguíla, combatido de mil varios pensamientos y admirado de lo que había oído y de lo que esperaba ver.

Colgó la Cañizares el candil en la pared, y con mucha priesa se desnudó hasta la camisa, y sacando de un rincón una olla vidriada, metió en ella la mano, y murmurando entre dientes, se untó desde los pies á la cabeza, que tenía sin toca. Antes que se acabase de untar me dijo que, ora se quedase su cuerpo en aquel aposento sin sentido, ora desapareciese

dél, que no me espantase, ni dejase de aguardar allí hasta la mañana, porque sabría las nuevas de lo que me quedaba por pasar hasta ser hombre. Díjele, bajando la cabeza, que sí haría, y con esto acabó su untura, y se tendió en el suelo como muerta; llegué mi boca á la suya, y vi que no respiraba poco ni mucho.

Una verdad te quiero confesar, Cipión amigo: que me dió gran temor verme encerrado en aquel estrecho aposento con aquella figura delante, la cual te la pintaré como mejor supiere. Ella era larga de más de siete pies; toda era notomía de huesos, cubiertos con una piel negra, vellosa y curtida; con la barriga, que era de badana, se cubría las partes deshonestas, y aún le colgaba hasta la mitad de los muslos; las tetas semejaban dos vejigas de vaca secas y arrugadas; denegridos los labios, traspillados los dientes, la nariz corva y entablada, desencajados los ojos, la cabeza desgreñada, las mejillas chupadas, angosta la garganta y los pechos sumidos; finalmente, toda era flaca y endemoniada. Púseme despacio á mirarla, y apriesa comenzó á apoderarse de mí el miedo, considerando la mala visión

de su cuerpo y la peor ocupación de su alma; quise morderla por ver si volvía en sí, y no hallé parte en toda ella, que el asco no me lo estorbase; pero, con todo eso, la así de un carcaño y la saqué arrastrando al patio, mas ni por esto dió muestras de tener sentido. Allí, con mirar el cielo y verme en parte ancha, se me quitó el temor, á lo menos se templó de manera, que tuve ánimo de esperar á ver en lo que paraba la ida y vuelta de aquella mala hembra, y lo que me contaba de mis sucesos.

En esto me preguntaba yo á mí mismo: ¿Quién hizo á esta mala vieja tan discreta y tan mala? ¿De dónde sabe ella cuáles son males de daño y cuáles de culpa? ¿Cómo entiende y habla tanto de Dios, y obra tanto del diablo? ¿Cómo peca tan de malicia, no excusándose con ignorancia? En estas consideraciones se pasó la noche y se vino el dia, que nos halló á los dos en mitad del patio; ella no vuelta en sí, y á mi junto á ella en cuclillas, atento mirando su espantosa y fea catadura. Acudió la gente del hospital, y viendo aquel retablo, unos decian: —Ya la bendita Cañi-

zares es muerta, mirad cuán desfigurada y flaca la tenía la penitencia.—Otros, más considerados, la tomaron el pulso, y vieron que le tenía y que no era muerta, por do se dieron á entender que estaba en éxtasis y arrobada, de puro buena; otros hubo que dijeron:—Esta puta vieja sin duda debe de ser bruja, y debe de estar untada; que nunca los santos hacen tan deshonestos arrobos, y hasta ahora, entre los que la conocemos, más fama tiene de bruja que de santa.—Curiosos hubo que se llegaron á hincarle alfileres por las carnes desde la punta hasta la cabeza; ni por eso recordaba la dormilona, ni volvió en si hasta las siete del día; y como se sintió acribada de los alfileres, y mordida de los carcañares, y magullada del arrastramiento fuera de su aposento y á vista de tantos ojos que la estaban mirando, creyó, y creyó la verdad, que yo había sido el autor de su deshonra; y así arremetió á mí, y echándome ambas manos á la garganta, procuraba ahogarme, diciendo:

—¡Oh bellaco, desagradecido, ignorante y malicioso!; y ¿es este el pago que merecen las buenas obras que á tu ma-

dre hice, y de las que te pensaba hacer á ti?—

Yo, que me vi en peligro de perder la vida entre las uñas de aquella fiera arpía, sacudíme, y asiéndola de las luengas faldas de su vientre, la zamarreé y arrastré por todo el patio, y ella daba voces, que la librasen de los dientes de aquel maligno espíritu. Con estas razones de la mala vieja creyeron los más que yo debía de ser algún demonio de los que tienen ojeriza continua con los buenos cristianos, y unos acudieron á echarme agua bendita, otros no osaban llegar á quitarme, otros daban voces que me conjurasen; la vieja gruñía, yo apretaba los dientes, crecía la confusión, y mi amo, que ya había llegado al ruído, se desesperaba, oyendo decir que yo era demonio.

Otros, que no sabían de exorcismos, acudieron á tres ó cuatro garrotes, con los cuales comenzaron á santiguarme los lomos; escocióme la burla, solté la vieja, y en tres saltos me puse en la calle, y en pocos más salí de la villa, perseguido de una infinidad de muchachos, que iban á grandes voces di-

ciendo:—Apártense, que rabia el perro sabio.—Otros decian.—No rabia, sino que es demonio en figura de perro.—

Con este molimiento, á campana herida sali del pueblo, siguiéndome muchos, que indubitablemente creyeron que era demonio, asi por las cosas que me habian visto hacer, como por las palabras que la vieja dijo cuando despertó de su maldito sueño. Dime tanta priesa á huir y á quitarme delante de sus ojos, que creyeron que me habia desaparecido como demonio; en seis horas anduve doce leguas, y llegué á un rancho de gitanos, que estaba en un campo junto á Granada. Alli me reparé un poco, porque algunos de los gitanos me conocieron por el perro sabio, y con no pequeño gozo me acogieron y escondieron en una cueva, porque no me hallasen si fuese buscado, con intención, á lo que después entendi, de ganar conmigo, como lo hacia el atambor mi amo. Veinte dias estuve con ellos, en los cuales supe y noté su vida y costumbres, que por ser notables, es forzoso que te las cuente.

CIPION.

Antes, Berganza, que pases adelante,

es bien que reparemos en lo que te dijo la bruja, y averigüemos si puede ser verdad la grande mentira á quien das crédito. Mira, Berganza; grandísimo disparate sería creer que la Camacha mudase los hombres en bestias, y que el sacristán en forma de jumento la sirviese los años que dicen que la sirvió; todas estas cosas y las semejantes son embelecos, mentiras ó apariencias del demonio; y si á nosotros nos parece ahora que tenemos algún entendimiento y razón, pues hablamos siendo verdaderamente perros, ó estando en su figura, ya hemos dicho que este es caso portentoso y jamás visto, y que aunque le tocamos con las manos, no le habemos de dar crédito hasta tanto que el suceso dél nos muestre lo que conviene que creamos. ¿Quiéreslo ver más claro? Considera en qué vanas cosas y en cuán tontos puntos dijo la Camacha que consistía nuestra restauración, y aquellas, que á ti te deben parecer profecías, no son sino palabras de consejas ó cuentos de viejas, como aquellos del caballo sin cabeza y de la varilla de virtudes, con que se entretienen al fuego las dilatadas noches del invierno;

porque, á ser otra cosa, ya estaban cumplidas, sino es que sus palabras se han de tomar en un sentido, que he oido decir se llama alegórico, el cual sentido no quiere decir lo que la letra suena, sino otra cosa que, aunque diferente, le haga semejanza; y así, decir:

> Volverán en su forma verdadera
> Cuando vieren con presta diligencia
> Derribar los soberbios levantados,
> Y alzar a los humildes abatidos,
> Con poderosa mano para hacello;

tomándolo en el sentido que he dicho, paréceme que quiere decir que cobraremos nuestra forma cuando viéremos que los que ayer estaban en la cumbre de la rueda de fortuna, hoy están hollados y abatidos á los pies de la desgracia, y tenidos en poco de aquellos que más los estimaban; y asimismo cuando viéremos que otros que no ha dos horas que no tenian deste mundo otra parte que servir en él de número que acrecentase el de las gentes, ahora están tan encumbrados sobre la buena dicha, que los perdemos de vista; y si primero no parecian por pequeños y encogidos, ahora no los po-

demos alcanzar por grandes y levantados. Y si en esto consistiera volver nosotros á la forma que dices, ya lo hemos visto y lo vemos á cada paso; por do me doy á entender que no en el sentido alegórico, sino en el literal, se han de tomar los versos de la Camacha; ni tampoco en este consiste nuestro remedio, pues muchas veces hemos visto lo que dicen, y nos estamos tan perros como ves; así que, la Camacha fué burladora falsa, y la Cañizares embustera, y la Montiela tonta, maliciosa y bellaca, con perdón sea dicho, si acaso es nuestra madre de entrambos, ó tuya, que yo no la quiero tener por madre. Digo, pues, que el verdadero sentido es un juego de bolos, donde con presta diligencia derriban los que están en pie, y vuelven á alzar los caídos, y esto por la mano de quien lo puede hacer. Mira, pues, si en el discurso de nuestra vida habremos visto jugar á los bolos, y si hemos visto por esto haber vuelto á ser hombres, si es que lo somos.

BERGANZA.

Digo que tienes razón, Cipión hermano, y que eres más discreto de lo que

pensaba, y de lo que has dicho vengo á pensar y creer que todo lo que hasta aquí hemos pasado y lo que estamos pasando, es sueño, y que somos perros, pero no por esto dejemos de gozar deste bien de la habla que tenemos, y de la excelencia tan grande de tener discurso humano todo el tiempo que pudiéremos, y así, no te canse el oirme contar lo que me pasó con los gitanos que me escondieron en la cueva.

CIPION.

De buena gana te escucho, por obligarte á que me escuches cuando te cuente, si el cielo fuere servido, los sucesos de mi vida.

BERGANZA.

Lo que tuve con los gitanos fué considerar en aquel tiempo sus muchas malicias, sus embaimientos y embustes, los hurtos en que se ejercitan, así gitanas como gitanos, desde el punto casi que salen de las mantillas y saben andar. ¿Ves la multitud que hay dellos esparcida por España? Pues todos se conocen y tienen noticia los unos de los otros, y trasiegan y trasponen los hurtos déstos en aquéllos, y los de aquéllos en

éstos; dan la obediencia mejor que á su Rey, á uno que llaman Conde, el cual, y todos los que dél suceden, tienen el sobrenombre de Maldonado; y no porque vengan del apellido deste noble linaje, sino porque un paje de un caballero deste nombre se enamoró de una gitana muy hermosa, la cual no le quiso conceder su amor si no se hacía gitano y la tomaba por mujer. Hízolo así el paje, y agradó tanto á los demás gitanos, que le alzaron por señor y le dieron la obediencia, y como en señal de vasallaje, le acuden con parte de los hurtos que hacen, como sean de importancia.

Ocúpanse, por dar color á su ociosidad, en labrar cosas de hierro, haciendo instrumentos con que facilitan sus hurtos; y así los verás siempre traer á vender por las calles tenazas, barrenas, martillos, y ellas trébedes y badiles. Todas ellas son parteras, y en esto llevan ventaja á las nuestras, porque sin costa ni adherentes sacan sus partos á la luz, y lavan las criaturas con agua fría en naciendo, y desde que nacen hasta que mueren se curten y muestran á sufrir las inclemencias y rigores

del cielo; y así verás que todos son alentados, volteadores, corredores y bailadores. Casanse siempre entre ellos, porque no salgan sus malas costumbres á ser conocidas de otros; ellas guardan el decoro á sus maridos, y pocas hay que les ofendan con otros que no sean de su generación. Cuando piden limosna, mas la sacan con invenciones y chocarrerías que con devociones; y á título que no hay quien se fie dellas, no sirven, y dan en ser holgazanas, y pocas ó ninguna vez he visto, si mal no me acuerdo, ninguna gitana al pie del altar comulgando, puesto que muchas veces he entrado en las iglesias.

Son sus pensamientos imaginar cómo han de engañar y dónde han de hurtar. Confieren sus hurtos y el modo que tuvieron de hacellos; y así un día contó un gitano delante de mí á otros un engaño y hurto que un día había hecho á un labrador, y fué que el gitano tenía un asno rabón, y en el pedazo de la cola que tenía sin cerdas le ingirió otra peluda, que parecía ser suya natural. Sacóle al mercado, compróselo un labrador por diez ducados, y en habiéndosele vendido

y cobrado el dinero, le dijo que si quería comprarle otro asno hermano del mismo, y tan bueno como el que llevaba, que se le vendería por más buen precio. Respondióle el labrador que fuese por él y le trujese, que él se lo compraría, y que en tanto que volviese llevaría el comprado á su posada. Fuése el labrador, siguióle el gitano, y sea como sea, el gitano tuvo maña de hurtar al labrador el asno que le había vendido, y al mismo instante le quitó la cola postiza y quedó con la suya pelada; mudóle la albarda y jáquima, y atrevióse á ir á buscar al labrador para que se le comprase: hallóle antes que hubiese echado menos el asno primero, y á pocos lances compró el segundo. Fuésele á pagar á la posada, donde halló menos la bestia á la bestia; y aunque lo era mucho, sospechó que el gitano se le había hurtado, y no quería pagarle. Acudió el gitano por testigos, y trujo á los que habían cobrado la alcabala del primer jumento, y juraron que el gitano había vendido al labrador un asno con una cola muy larga y muy diferente del asno segundo que vendía. A todo esto se halló presente un algua-

cil, que hizo las partes del gitano con tantas veras, que el labrador hubo de pagar el asno dos veces.

Otros muchos hurtos contaron, y todos, ó los más, de bestias, en quien son ellos graduados y en lo que más se ejercitan. Finalmente, ella es mala gente, y aunque muchos y muy prudentes jueces han salido contra ellos, no por eso se enmiendan.

Al cabo de veinte días me quisieron llevar á Murcia; pasé por Granada, donde ya estaba el capitán cuyo atambor era mi amo. Como los gitanos lo supieron, me encerraron en un aposento del mesón donde vivían. Oíles decir la causa; no me pareció bien el viaje que llevaban, y así determiné soltarme, como lo hice; y saliéndome de Granada, di en una huerta de un morisco, que me acogió de buena voluntad, y yo quedé con mejor, pareciéndome que no me querría para más de para guardarle la huerta, oficio, á mi cuenta, de menos trabajo que el de guardar ganado; y como no había allí altercar sobre tanto más, cuanto al salario, fué cosa fácil hallar el morisco criado á quien mandar, y yo amo á quien servir.

Estuve con él más de un mes, no por el gusto de la vida que tenía, sino por el que me daba saber la de mi amo, y por ella la de todos cuantos moriscos viven en España. ¡Oh, cuántas y cuáles cosas te pudiera decir, Cipión amigo, desta morisca canalla, si no temiera no poderlas dar fin en dos semanas! Y si las hubiera de particularizar, no acabara en dos meses; mas en efecto habré de decir algo, y así, oye en general lo que yo vi y noté en particular desta buena gente.

Por maravilla se hallará entre tantos uno que crea derechamente en la sagrada ley cristiana: todo su intento es acuñar y guardar dinero acuñado, y para conseguirle trabajan y no comen; en entrando el real en su poder, como no sea sencillo, le condenan á cárcel perpetua y á oscuridad eterna; de modo que ganando siempre y gastando nunca, llegan y amontonan la mayor cantidad de dinero que hay en España. Ellos son su hucha, su polilla, sus picazas y sus comadrejas; todo lo llegan, todo lo esconden y todo lo tragan. Considérese que ellos son muchos y que cada día ganan y esconden poco ó mucho, y que una calentura lenta acaba la vida

como la de un tabardillo, y como van creciendo, se van aumentando los escondedores, que crecen y han de crecer en infinito, como la experiencia lo muestra.

Entre ellos no hay castidad, ni entran en religión ellos ni ellas: todos se casan, todos multiplican, porque el vivir sobriamente aumenta las causas de la generación. No los consume la guerra, ni ejercicio que demasiadamente los trabaje. Róbannos á pie quedo, y con los frutos de nuestras propias heredades, que nos revenden, se hacen ricos, dejándonos á nosotros pobres. No tienen criados, porque todos lo son de sí mismos; no gastan con sus hijos en los estudios, porque su ciencia no es otra que la de robarnos, y ésta fácilmente la deprenden. De los doce hijos de Jacob, que he oido decir que entraron en Egipto, cuando los sacó Moisés de aquel cautiverio, salieron seiscientos mil varones sin niños y mujeres: de aquí se podrá inferir lo que multiplicarán los destos, que, sin comparación, son en mayor número.

CIPIÓN.

Buscado se ha remedio para todos los

daños que has apuntado y bosquejado en sombra; que bien sé que son más y mayores los que callas que los que cuentas. y hasta agora no se ha dado con el que conviene; pero celadores prudentísimos tiene nuestra república, que, considerando que España cría y tiene en su seno tantas víboras como moriscos, ayudados de Dios, hallarán á tanto daño cierta, presta y segura salida. Di adelante.

BERGANZA.

Como mi amo era mezquino, como lo son todos los de su casta, sustentábame con pan de mijo y con algunas sobras de zahinas, común sustento suyo; pero esta miseria me ayudó á llevar el cielo por un modo tan extraño como el que ahora oirás. Cada mañana, juntamente con el alba, amanecía sentado al pie de un granado, de muchos que en la huerta había, un mancebo, al parecer estudiante, vestido de bayeta, no tan negra ni tan peluda, que no pareciese parda y tundida.

Ocupábase en escribir en un cartapacio, y de cuando en cuando se daba palmadas en la frente y se mordía las uñas, estando mirando al cielo; y otras

veces se ponía tan imaginativo, que no movía pie ni mano, ni aun las pestañas: tal era su embelesamiento. Una vez me llegué junto á él sin que me echase de ver: oíle murmurar entre dientes, y al cabo de un buen espacio dió una gran voz, diciendo:

—Vive el Señor, que es la mejor octava que he hecho en todos los días de mi vida;—y escribiendo apriesa en su cartapacio, daba muestras de gran contento: todo lo cual me dió á entender que el desdichado era poeta. Hícele mis acostumbradas caricias, por asegurarle de mi mansedumbre; echéme á sus pies, y él, con esta seguridad, prosiguió en sus pensamientos, y tornó á rascarse la cabeza y á sus arrobos, y á volver á escribir lo que había pensado. Estando en esto, entró en la huerta otro mancebo galán y bien aderezado con unos papeles en la mano, en los cuales de cuando en cuando leía: llegó donde estaba el primero, y díjole:

—¿Habéis acabado la primera jornada?

—Ahora le di fin (respondió el poeta), lo más gallardamente que imaginarse puede.

—¿De qué manera?—preguntó el segundo.

—Desta (respondió el primero). Sale Su Santidad el Papa, vestido de pontifical, con doce Cardenales, todos vestidos de morado, porque cuando sucedió el caso que cuenta la historia de mi comedia, era tiempo de *mutatio caparum*; en el cual los Cardenales no se visten de rojo, sino de morado; y así en todas maneras conviene, para guardar la propiedad, que estos mismos Cardenales salgan de morado, y este es un punto que hace mucho al caso para la comedia; y á buen seguro dieran en él, y así hacen á cada paso mil impertinencias y disparates; yo no he podido errar en esto, porque he leído todo el ceremonial romano por sólo acertar en estos vestidos.

—Pues ¿de dónde queréis vos (replicó el otro) que tenga mi autor vestidos morados para doce Cardenales?

—Pues si me quita uno tan solo (respondió el poeta), así le daré yo mi comedia, como volar. ¡Cuerpo de tal! Esta apariencia tan grandiosa, ¿se ha de perder? Imaginad vos desde aquí lo que parecerá en un teatro un Sumo Pontífice

con doce graves Cardenales, y con otros ministros de acompañamiento que forzosamente han de traer consigo: ¡vive el cielo, que sea uno de los mayores y más altos espectáculos que se haya visto en comedia, aunque sea la del *Ramillete de Daraja!*—

Aquí acabé de entender que el uno era poeta y el otro comediante. El comediante aconsejó al poeta que cercenase algo de los cardenales, si no quería imposibilitar al autor el hacer la comedia; á lo cual dijo el poeta que le agradeciesen que no había puesto todo el conclave que se halló junto al acto memorable que pretendía traer á la memoria de las gentes en su felicísima comedia. Rióse el recitante, y dejóle en su ocupación, por irse á la suya, que era estudiar un papel de una comedia nueva.

El poeta, después de haber escrito algunas coplas de su magnífica comedia, con mucho sosiego y espacio sacó de la faltriquera algunos mendrugos de pan, y obra de veinte pasas, que, á mi parecer, entiendo que se las contó, y aun estoy en duda si eran tantas, porque juntamente con ellas hacían bulto ciertas migajas

de pan que las acompañaban. Sopló y apartó las migajas, y una á una se comió las pasas y los palillos, porque no le vi arrojar ninguno, ayudándolas con los mendrugos, que, morados con la borra de la faltriquera, parecían mohosos, y eran tan duros de condición, que aunque él procuró enternecerlos paseándolos por la boca una y muchas veces, no fué posible moverlos de su terquedad; todo lo cual redundó en mi provecho, porque me los arrojó diciendo:

—To, to, toma, que buen provecho te hagan.—

Mirad (dije entre mí) qué néctar ó ambrosía me da este poeta, de los que ellos dicen que se mantienen los dioses y su Apolo allá en el cielo. En fin, por la mayor parte, grande es la miseria de los poetas; pero mayor era mi necesidad, pues me obligó á comer lo que él desechaba.

En tanto que duró la composición de su comedia, no dejó de venir á la huerta, ni á mí me faltaron mendrugos, porque los repartía conmigo con mucha liberalidad, y luego nos íbamos á la noria, donde yo de bruces y él con un can-

jilón satisfacíamos la sed como unos monarcas. Pero faltó el poeta, y sobró en mí la hambre, tanto, que determiné dejar al morisco y entrarme en la ciudad á buscar ventura, que la halla el que se muda, particularmente si es de malo á mejor estado.

Al entrar en la ciudad, vi que salía del famoso monasterio de San Jerónimo mi poeta, que como me vió, se vino á mí con los brazos abiertos, y yo me fuí á él con nuevas muestras de regocijo por haberle hallado; luego al instante comenzó á desembaular pedazos de pan más tiernos de los que solía llevar á la huerta, y á entregarlos á mis dientes sin repasarlos por los suyos; merced que con nuevo gusto satisfizo mi hambre. Los tiernos mendrugos, y el haber visto salir á mi poeta del monasterio dicho, me pusieron en sospecha de que tenía las musas vergonzantes, como otros muchos las tienen. Encaminóse á la ciudad, y yo le seguí con determinación de tenerle por amo, si él quisiese, imaginando que de las sobras de su castillo se podía mantener mi real, porque no hay mayor ni mejor bolsa que la de la caridad, cuyas libe-

rales manos jamás están pobres ni necesitadas; y así, no estoy bien con aquel refrán que dice: «*Más da el duro que el desnudo;*» como si el duro y avaro diese algo, como lo da el liberal desnudo, que en efecto da el buen deseo, cuando más no tiene.

De lance en lance paramos en la casa de un autor de comedias, que, á lo que me acuerdo, se llamaba Angulo el Malo, por distinguirle de otro Angulo, no autor, sino representante, el más gracioso que entonces tuvieron y ahora tienen las comedias. Juntóse toda la compañía á oir la comedia de mi amo, que ya por tal le tenía, y á la mitad de la jornada primera, uno á uno y dos á dos se fueron saliendo todos, excepto el autor y yo, que servíamos de oyentes.

La comedia era tal, que, con ser yo un asno en esto de la poesía, me pareció que la habia compuesto el mismo Satanás para total ruína y perdición del mismo poeta, que ya iba tragando saliva, viendo la soledad en que el auditorio le había dejado; y no era mucho, si el alma présaga le decía allá dentro la desgracia que le estaba amenazando, que fué volver

todos los recitantes, que pasaban de doce, y sin hablar palabra, asieron de mi poeta, y si no fuera porque la autoridad del autor, llena de ruegos y voces, se puso de por medio, sin duda le mantearan. Quedé yo del caso como pasmado, el autor desabrido, los farsantes alegres y el poeta mohino, el cual, con mucha paciencia, aunque algo torcido el rostro, tomó su comedia, y encerrándosela en el seno, medio murmurando, dijo:

—No es bien echar las margaritas á los puercos.—

Y sin decir más palabra, se fué con mucho sosiego.

Yo, de corrido, ni pude ni quise seguirle; y acertélo, á causa que el autor me hizo tantas caricias, que me obligaron á que con él me quedase, y en menos de un mes salí grande entremesista y gran farsante de figuras mudas. Pusiéronme un freno de orillos, y enseñáronme á que arremetiese en el teatro á quien ellos querían, de modo que, como los entremeses solían acabar por la mayor parte en palos, en la compañía de mi amo acababan en zuzarme, y yo derribaba y atropellaba á todos, con que daba

que reir á los ignorantes, y mucha ganancia á mi dueño.

¡Oh Cipión, quién te pudiera contar lo que vi en esta y en otras dos compañías de comediantes en que anduve! Mas, por no ser posible reducirlo á narración sucinta y breve, lo habré de dejar para otro día, si es que ha de haber otro día en que nos comuniquemos. ¿Ves cuán larga ha sido mi plática? ¿Ves mis muchos y diversos sucesos? ¿Consideras mis caminos y mis amos tantos como han sido? Pues todo lo que has oído es nada, comparado á lo que te pudiera contar de lo que noté, averigüé y vi desta gente: su proceder, su vida, sus costumbres, sus ejercicios, sus trabajos, su ociosidad, su ignorancia y su agudeza, con otras infinitas cosas, unas para decirse al oído, otras para aclamallas en público, y todas para hacer memoria dellas y para desengaño de muchos que idolatran en figuras fingidas y en belleżas de artificio y de trasformación.

CIPIÓN.

Bien se me trasluce, Berganza, el largo campo que se te descubría para dila-

tar tu plática, y soy de parecer que la dejes para cuento particular y para sosiego no sobresaltado.

BERGANZA.

Sea así, y escúchame ahora un poco. Con una compañía llegué á esta ciudad de Valladolid, donde en un entremés me dieron una herida, que me llevó casi al fin de la vida; no pude vengarme por estar enfrenado entonces, y después á sangre fría no quise; que la venganza pensada arguye crueldad y mal ánimo. Cansóme aquel ejercicio, no por ser trabajoso, sino porque veía en él cosas que juntamente pedían enmienda y castigo, y como á mí estaba más el sentillo que el remediallo, acordé de no verlo, y así me acogí á sagrado, como hacen aquellos que dejan los vicios cuando no pueden ejercitallos; aunque más vale tarde que nunca.

Digo, pues, que viéndote una noche llevar la linterna con el buen cristiano de Mahudes, te consideré contento y justa y santamente ocupado; y lleno de buena envidia, quise seguir tus pasos, y con esta loable intención me puse delante de Mahudes, que luego me eligió

para tu compañero y me trujo á este hospital. Lo que en él me ha sucedido no es tan poco, que no haya menester espacio para contallo, especialmente lo que oí á cuatro enfermos que la suerte y la necesidad trujo á este hospital, y á estar todos cuatro juntos en cuatro camas apareadas. Perdóname, porque el cuento es breve y no sufre dilación, y viene aquí de molde.

CIPIÓN.

Sí perdono. Concluye presto; que, á lo que creo, no debe estar muy lejos el día.

BERGANZA.

Digo que en las cuatro camas que están al cabo desta enfermería, en la una estaba un alquimista, en la otra un poeta, en la otra un matemático, en la otra uno de los que llaman arbitristas.

CIPIÓN.

Ya me acuerdo haber visto á esa buena gente.

BERGANZA.

Digo, pues, que una siesta de las del verano pasado, estando cerradas las ventanas, y yo cogiendo el aire debajo de la cama del uno dellos, el poeta se comen-

zó á quejar lastimosamente de su fortuna, y preguntándole el matemático de qué se quejaba, respondió que de su corta suerte.

—¿Cómo, y no será razón que me queje (prosiguió), que habiendo yo guardado lo que Horacio manda en su *poética*, que no salga á la luz la obra que después de compuesta no hayan pasado diez años por ella, y que tenga yo una de veinte años de ocupación y doce de pasante, grande en el sujeto, admirable y nueva en la invención, grave en el verso, entretenida en los episodios, maravillosa en la división, porque el principio responde al medio y al fin, de manera que constituyen el poema alto, sonoro, heroico, deleitable y sustancioso, y que con todo esto, no hallo un príncipe á quien dirigille? Príncipe, digo, que sea inteligente, liberal y magnánimo. ¡Misera edad y depravado siglo nuestro!

—¿De qué trata el libro?—preguntó el alquimista.

Respondió el poeta:

—Trata de lo que dejó de escribir el Arzobispo Turpín del rey Artus, de Inglaterra, con otro suplemento de la his-

toria de la demanda del Santo Grial, y todo en verso heroico, parte en octava y parte en verso suelto; pero todo esdrújulamente; digo, que sea en esdrújulos de nombres sustantivos, sin admitir verbo alguno.

—A mí (respondió el alquimista) poco se me entiende de poesía; y así no sabré poner en su punto la desgracia de que vuesa merced se queja, puesto que, aunque fuera mayor, no se igualaba á la mía, que es que por faltarme instrumento, ó un príncipe que me apoye y me dé á la mano los requisitos que la ciencia de la alquimia pide, no estoy ahora manando en oro y con más riquezas que los Midas, que los Crasos y Cresos.

—¿Ha hecho vuesa merced (dijo á esta sazón el matemático), señor alquimista, la experiencia de sacar plata de otros metales?

—Yo (respondió el alquimista) no la he sacado hasta ahora; pero realmente sé que se saca, y á mí no me faltan dos meses para acabar la piedra filosofal con que se puede hacer plata y oro de las mismas piedras.

—Bien han exagerado vuesas merce-

des sus desgracias (dijo á esta sazón el matemático); pero al fin, el uno tiene libro que dirigir, y el otro está en potencia propincua de sacar la piedra filosofal, con que quedará tan rico como lo han quedado todos aquellos que han seguido este rumbo; mas ¿qué diré yo de la mia, que es tan sola, que no tiene donde arrimarse? Veintidos años ha que ando tras hallar el punto fijo, y aquí lo dejo y allí lo tomo, pareciéndome que ya lo he hallado, y que no se me puede escapar en ninguna manera, cuando no me cato me hallo tan lejos dél, que me admiro; lo mismo me acaece con la cuadratura del circulo, que he llegado tan al remate de hallarla, que no sé ni puedo pensar cómo no la tengo ya en la faltriquera; y asi es mi pena semejante á las de Tántalo, que está cerca del fruto y muere de hambre, y propincuo al agua y perece de sed. Por momentos pienso dar en la coyuntura de la verdad, y por minutos me hallo tan lejos della, que vuelvo á subir el monte que acabé de bajar con el canto de mi trabajo acuestas, como otro nuevo Sisifo.

Habia hasta este punto guardado si-

lencio el arbitrista, y aquí le rompió, diciendo:

—Cuatro quejosos, tales que lo pueden ser del Gran Turco, ha juntado en este hospital la pobreza, y reniego yo de oficios y ejercicios que ni entretienen ni dan de comer á sus dueños. Yo, señores, soy arbitrista, y he dado á Su Majestad, en diferentes tiempos, muchos y diferentes arbitrios, todos en provecho suyo y sin daño del reino, y ahora tengo hecho un memorial, donde le suplico me señale persona con quien comunique un nuevo arbitrio que tengo, tal, que ha de ser la total restauración de sus empeños; pero por lo que me ha sucedido con los otros memoriales, entiendo que éste también ha de parar en el carnero. Mas, porque vuesas mercedes no me tengan por mentecato, aunque mi arbitrio quede desde este punto público, le quiero decir, que es este. Hase de pedir en Cortes que todos los vasallos de Su Majestad, desde la edad de catorce á sesenta años, sean obligados á ayunar una vez en el mes á pan y agua, y esto ha de ser el día que se escogiere y señalare, y que todo el gasto que en otros condumios de fruta, carne

y pescado, vino, huevos y legumbres, se han de gastar aquel dia, se reduzca á dinero, y se dé á Su Majestad, sin defraudalle un ardite, so cargo de juramento; y con esto en veinte años queda libre de socaliñas y desempeñado, porque si se hace la cuenta, como yo la tengo hecha, bien hay en España más de tres millones de personas de la dicha edad, fuera de los enfermos ó más viejos ó más muchachos, y ninguno destos dejará de gastar, y esto contado al menorete, cada dia real y medio, y yo quiero que sea no más un real, que no puede ser menos, aunque como alholvas. Pues ¿paréceles á vuesas mercedes que seria barro tener cada mes tres millones de reales como ahechados? Y esto antes seria provecho que daño á los ayunantes, porque con el ayuno agrandarian el cielo y servirian á su Rey, y tal podria ayunar, que le fuese conveniente para su salud. Este es el arbitrio, limpio de polvo y de paja, y podriase coger por parroquias, sin costa de comisarios, que destruyen la republica.

Riyéronse todos del arbitrio y del arbitrante, y él tambien se riyó de sus disparates, y yo quedé admirado de haber-

los oído, y de ver que, por la mayor parte, los de semejantes humores venían á morir en los hospitales.

CIPIÓN.

Tienes razón, Berganza: mira si te queda más que decir.

BERGANZA.

Dos cosas no más, con que daré fin á mi plática; que ya me parece que viene el día. Yendo una noche mi mayor á pedir limosna en casa del Corregidor desta ciudad, que es un gran caballero y muy gran cristiano, hallámosle solo, y parecióme á mí tomar ocasión de aquella soledad para decille ciertos advertimientos que había oído decir á un viejo enfermo deste hospital acerca de cómo se podía remediar la perdición tan notoria de las mozas vagamundas, que por no servir dan en malas, y tan malas, que pueblan los hospitales de los perdidos que las siguen: plaga intolerable y que pedía presto y eficaz remedio. Digo que queriendo decírselo, alcé la voz, pensando que tenía habla, y en lugar de pronunciar razones concertadas, ladré con tanta priesa y con tan levantado tono, que enfadado el Corregidor, dió voces á sus cria-

dos que me echasen de la sala á palos, y un lacayo que acudió á la voz de su señor, que fuera mejor que por entonces estuviera sordo, asió de una cantimplora de cobre que le vino á la mano, y diómela tal en mis costillas, que hasta ahora guardo las reliquias de aquellos golpes.

CIPIÓN.

Y ¿quéjaste deso, Berganza?

BERGANZA.

Pues ¿no me tengo de quejar, si hasta ahora me duele, como he dicho, y si me parece que no merecía tal castigo mi buena intención?

CIPIÓN.

Mira, Berganza: nadie se ha de meter en donde no le llaman, ni ha de querer usar del oficio que por ningún caso le toca; y has de considerar que nunca el consejo del pobre, por bueno que sea, fué admitido, ni el pobre humilde ha de tener presunción de aconsejar á los grandes y á los que piensan que lo saben todo. La sabiduría en el pobre está asombrada; que la necesidad y miseria son sombras y nubes que la oscurecen: y si acaso se descubre, la juzgan por tontedad y la tratan con menosprecio.

BERGANZA.

Tienes razón, y escarmentado en mi cabeza, de aquí adelante seguiré tus consejos. Entré asimismo otra noche en casa de una señora principal, la cual tenía en los brazos una perrilla destas que llaman de falda, tan pequeña, que se pudiera esconder en el seno; la cual, cuando me vió, saltó de los brazos de su señora y arremetió á mí ladrando, y con tan gran denuedo, que no paró hasta morderme de una pierna. Volvíla á mirar con respeto y con enojo, y dije entre mí:—Si yo os cogiera, animalejo ruin, en la calle, ó no hiciera caso de vos, ó os hiciera pedazos entre los dientes.—Consideré en ella que hasta los cobardes y de poco ánimo son atrevidos é insolentes cuando son favorecidos, y se adelantan á ofender á los que valen más que ellos.

CIPIÓN.

Una muestra y señal desa verdad que dices, nos dan algunos hombrecillos, que á la sombra de sus amos se atreven á ser insolentes, y si acaso la muerte ú otro accidente de fortuna derriba el árbol donde se arriman, luego se descubre y manifiesta su poco valor, porque, en

efecto, no son de más quilates sus prendas que los que les dan sus dueños y valedores. La virtud y el buen entendimiento siempre es una y siempre es uno; desnudo ó vestido, solo ó acompañado, no ha menester apoyos ni necesita de amparos; por sí solo vale, sin que las grandes dichas le ensoberbezcan, ni las adversidades le desanimen. bien es verdad que puede padecer acerca de la estimación de las gentes, mas no en la realidad verdadera de lo que merece y vale. Y con esto pongamos fin á esta plática; que la luz que entra por estos resquicios muestra que es muy entrado el dia, y esta noche que viene, si no nos ha dejado este grande beneficio de la habla, será la mía para contarte mi vida.

BERGANZA.

Sea así, y mira que acudas á este mismo puesto; que yo fio en el cielo que nos ha de conservar el habla para decir las muchas verdades que ahora se nos quedan por falta de tiempo.»

El acabar el coloquio el Licenciado, y el despertar el Alférez, fué todo á un tiempo, y el Licenciado dijo:

—Aunque este coloquio sea fingido y nunca haya pasado, paréceme que está tan bien compuesto, que puede el señor Alférez pasar adelante con el segundo.

—Con ese parecer (respondió el Alférez) me animaré, y dispondré á escribille, sin ponerme más en disputas con vuesa merced si hablaron los perros ó no.

A lo que dijo el Licenciado:

—Señor Alférez, no volvamos más á esa disputa; yo alcanzo el artificio del coloquio y la invención, y basta. Vámonos al Espolón á recrear los ojos del cuerpo, pues ya he recreado los del entendimiento.

—Vamos en buen hora,—dijo el Alférez.

Y con esto, se fueron.

ÍNDICE.

	Págs.
Rinconete y Cortadillo.....	9
El Celoso Extremeño.....	87
El Casamiento engañoso y el Coloquio de los Perros.....	163

LIBRARY
APR
11
1984
UNIVERSITY OF

PLEASE DO NOT REM
CARDS OR SLIPS FROM THIS

UNIVERSITY OF TORONTO

PQ
6324
A2
1884
c.1
ROBA